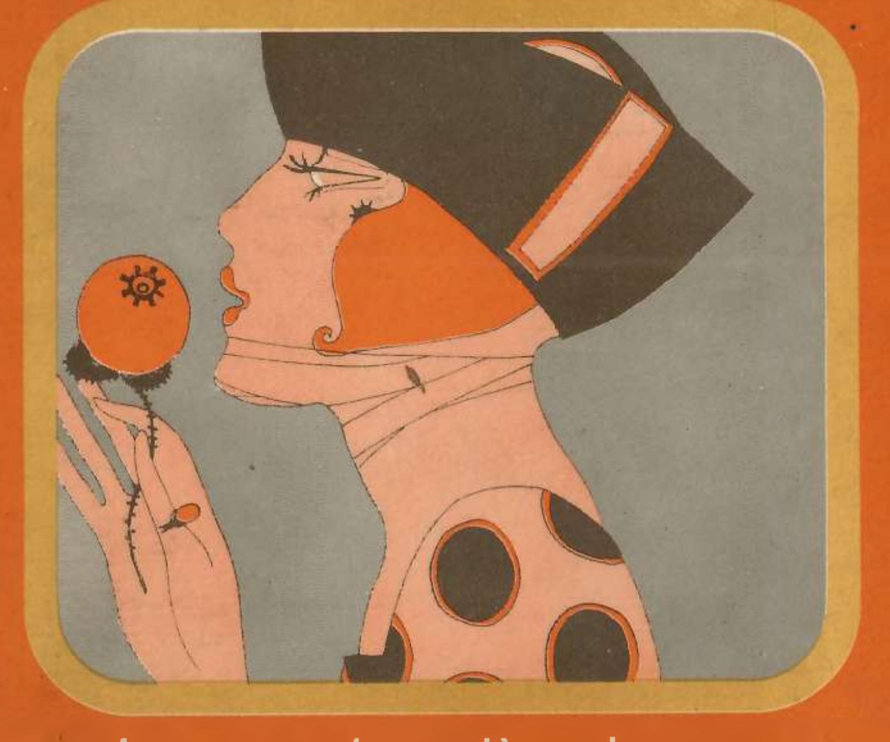
LAURA RIESCO

el truco de los ojos



editorial milla batres



El truco de los ojos es la historia en una sola secuencia narrativa de la vida rutinaria de una familia pequeño burguesa limeña, sumergida en un mundo sin sentido; sin una causa explicativa o justificada. La novela es un pretexto para urdir un vasto paño literario con la raigambre expresiva del lenguaje citadino, y también para hacer fuerzas en unas técnicas y unos procedimientos minuciosos, casi inaparentes, que permiten afianzar la prestigiosa novelística moderna del Perú. De tal forma, la autora ha realizado la increíble proeza de escribir toda su novela sin un punto aparte, sin capítulos, sin divisiones, sin ataduras formales, aboliendo la lengua convencional, sin prótesis o estereotipias, todo lo cual tiene la significación de que texto y lenguaje son verdaderamente uno solo.

LAURA RIESCO

EL TRUCO DE LOS OJOS

Editor: Carlos Milla Batres



EDITORIAL MILLA BATRES

Primera edición, febrero de 1978

Cubierta: grabado de Revista **Mundial** Nº 4, 1920.

Impreso en el PERU Printed in PERU.

¿Por qué la despertaban? ¿Por qué la abrazaban? Entre su propio olor a mantas y a vainilla de la noche anterior, le llegaba el olor a ajos y a perejil de Bigote-e-gato y de Eulalia, toda almendra, que la besaba Dios mío Virgen Santísima, mientras le tocaban la frente y el cuello y Bigote-e-gato metía las manos en las sábanas y procuraba bajarle los pantalones del piyama a pesar de que ella recogía las piernas impidiéndoselo, mejor no mejor no, para arroparla nuevamente antes de salir cuchicheando de la pieza. Trató de volver al parque de las carpas de colores que se extendía grande como un arenal y en cuya única banca había estado su prima Gloria que repetía lunahuanálunahuaná, al mismo tiempo que ella absorbía el color de tantísimas flores que a su contorno formaban rombos y triángulos. Procuró entrar otra vez en el paisaje cambiando de posición, pero no pudo y por el apenas hueco que le dejaba el brazo apoyado contra la almohada, se puso a mirar la Underwood y a intentar repetir las letras qwertyu asdfgh zxcvb y más no se acordaba. Detrás de la Underwood había un cortaplumas, un borrador de tinta, un tintero, un pedazo manchado de papel secante, una gillete que no cortaba y a la derecha las direcciones del padre cuando había trabajado ese tiempo en la importadora del inglés y que no era libro sino más bien un juguete que se presionaba al borde después de haber marcado por medio de una flecha la letra que se buscaba. En la A estaba Arana, Arce y más no se acordaba. Las paredes las sabía de un celeste muy pálido, sin un cuadro, sólo el almanaque de la fábrica de artículos plásticos El Cóndor, una pareja de indios al borde de un precipicio que daba a un río muy azul, los colores del chullo y del poncho rojos, amarillos, verdes, granates, el indio arrodillado mirando sabe Dios qué, allá hacia el monte del otro lado y la india de pie, un poco más atrás, la cara agachada y

sin un bebé colgado a la espalda, nada más que cerros blancos en el fondo y una llama casi crema contra el pasto, que el abuelo había dejado colgado en la puerta antes de irse a Chosica. En la B estaba Balbuena, Bernardito, Brodsky y más ya no. Corrió un poco el visillo a motas de las puertas del balcón y vio a la muchacha de los Olórtegui parada junto a la puerta de servicio, sin moverse, con una mano en el picaporte y no llegó a contar hasta siete porque intempestivamente había empujado la puerta tirándola fuerte tras la canasta. Antes de salir de la pieza ya sabía que apestaría a cigarros. En el jol de abajo la mesa de juego estaba sin recoger y las fichas y los naipes en desorden junto con puchos y algunas tazas de café vacías o a medio vaciar. Chilió y Margarita vino corriendo de la azotea ya vengo ya vengo qué tanto gritas y cuando estaba por meter el pan en el café con leche que es mala costumbre, llegó Carlota-diente-e-caballo a preguntar por su mamacita que ella no sabía dónde estaba y si gustaba podía pasar al jol a esperarla aunque estaba hecho un lío porque los sábados se timbeaba. Los dientes del caballo la miraban grandotes y amarillos y como siempre apretaba el bolso marrón, negro y blanco de cuero que debía oler mal pero ser suave y caliente, Carlota no se movía y no le preguntaba nada del colegio, la Margarita se había ido a su cuarto y ¿qué se hacía si se le plantaba en medio de su café con leche? Se sentó en la silla coja y casi se le cae el bolso por asustarse y de nuevo esos dientísimos iguales a los de los dibujos de la revista **Para ti**, ese réclame que tanto le gustaba de chica y donde veía a una señorita que no conseguía novio, nadie la sacaba a bailar porque tenía los dientes sucios y cuando usaba pasta de dientes, venía él con una sonrisa larga, enorme, la mitad de la cara y ya estaban contentos para siempre jamás. Ni siquiera le preguntaba por

su papá y dientes puros en el café con leche que se le enfriaba, no lo hubiera hecho nunca porque le daba rabia cuando iba a la casa de sus primas las Noriega y se hacían las grandes preguntado por la familia, pero le estaba dando calor tanto silencio sin que nadie pasara por la ventana que estaba detrás de Carlota y que daba al pasaje. Carlota se quejaba las cosas no andan bien qué le vamos a hacer suerte de su mamacita tener solamente hijas mujeres porque los hombres no valen nada dan preocupaciones y tristezas nada más. Cuántas veces en el jol apreciando los manteles a crochet con el hilo del inglés y de las manos de Carlota que para la labor las tenía de ángel, hipando ante Eulalia la porquería que son todos los hombres salvo muy raras excepciones claro se cree que por tener los pelos rubios no va a hacer nada se sienta en la mecedora que un día de estos la voy a destrozar con las manos porque el señorón tiene además buen apellido y se cansó de la mala vida y yo que raje con tanto gandul en casa. Moisés salió dando un portazo y silbando una de esas melodías rarísimas que aprendía en las clases de piano o a lo mejor se las inventaba y como en su casa no había ya piano y nunca había habido tocadiscos porque eso era una sacadera de plata que no terminaba nunca con tanto disco que salía en venta, de donde sabía ella si esa música existía o no. Hacía un tiempo, justo para la misma época en que se intoxicaron en casa, que habían aparecido las letras en la pared de los Lerner ¿A ti quién te avisó? Nadie, la Margarita que regresaba de comprar pan y al entrar en la cocina señora toda la pared de los judíos la han pintado con hojas y con flores de geranio. ¿Qué? ¿Qué era eso? ¿Quién habría sido? Adelaida abría la puerta para ver y la cerraba luego muy cuidadosamente sabe Dios Eulalia sirvergüenzas que no tienen padres a quién respetar ni honrar y que andan suel-

tos como perros en la noche tomando haciendo quién sabe qué cosas y ahora los pobres qué iban a hacer: Eulalia separaba las cortinas de gasa crema del comedor sin luz una suerte que él no esté aquí si no imagínate el lío que hubiera armado ya se las habría agarrado con medio mundo. ¿Qué iría a hacer la judía? Si no iban a saber de sobra que el geranio no salía con nada. A mí me avisó mi mamá que salió muy temprano a lo de la tía Luba y volvió antes del desayuno, Elena llevaba sandalias y entre las franjas de cuero viejo los dedos del pie, largos y pálidos se abrían y se cerraban hasta que con cualquier movimiento rápido, sin que lo pudiera prevenir algún otro gesto, los dedos en cada pie eran seis un momento, cinco en otro y nublando la vista llegaba hasta el siete. A veces llevaba esas mismas sandalias marrones con medias y Pichuza al mirarlas pasar por la vereda tan horrible como se ve esa gente no sabe vestirse Larissa anda con la moda de mi abuelita y los vellos de las piernas Elena los tenía blancos contra la luz y más tibios contra la sombra aunque tenía casi todos los dientes picados. Eulalia se aventuraba algunas veces después de que Elena se iba llorando a su casa porque la melcocha o los helados le habían hecho daño eso es cuestión racial los europeos tienen por lo general muy malos dientes amarillos y feos sí claro hay indios en la sierra no los habremos visto de chicas con unos dientes como perlas siempre y cuando no masquen coca y él qué tonterías están ustedes diciendo hay europeos con muy buenos dientes depende del agua y de la alimentación y de otros factores científicos y no menos importantes. Adelaida y Eulalia se miraban pájaros y desviaban los ojos o se volteaban silenciosas hacia otra parte. Los judíos no habían abierto su puerta todavía, la cara que iban a poner cuando vieran las letras, que llamara a Moisés para jugar matagente, pero ella no

lo iba a hacer, qué feo, sería como para mirarle la vergüenza. Sentadas en la grada de la casa de Elena, ella sostenía la pelota nueva entre las piernas, la apretaba entre los muslos para ir subiéndola otra vez y otra vez, despacio hasta las rodillas, esa, la mejor pelota de volley de la cuadra, esa, porque la otra se la habían robado el primer día que se fue a jugar con ella en la vereda y al regresar después de haber entrado para ir al baño, unos cinco minutos a lo más, había desaparecido de entre las matas de geranio donde la había dejado medio escondida, a lo mejor se la habría llevado un negro de overoles desteñidos que la había estado mirando desde la acera del frente junto al corralón mientras ella practicaba contra la pared que separaba el porche del garage. Él, esa misma tarde había vuelto del trabajo cansado y ya triste de antes pues señorita si va Ud. a ser tan descuidada con sus juguetes caros tendrá que aprender que un objeto de valor lleva consigo ciertas responsabilidades nunca más le compraré una pelota americana. Lloró y le rezó al ángel que Bigote-e-gato le había puesto en el cuarto del balcón y se arrodilló sobre unos frijoles negros que usaba para jugar quina pero la pelota no apareció más entre las matas, solo encontraba caracoles grandes y pequeños, adheridos a las hojas y a los tallos de las plantas que luego de simular inmovilidad se atrevían a sacar la cabeza con las dos antenas que iban poco a poco creciendo y ella iba sintiendo la baba dulce sobre la palma de las manos que el bicho casa y todo dejaba tras sí. Encontró nuevamente chanchitos grises después de haberlos tenido olvidados por años y se sorprendió de lo semejantes que eran a los muymuyes que buscaban en la playa de Supe y que él metía sin pena en el anzuelo aquellas mañanas arenosas de pesca, lo tímidos y tontos que eran, sin saber esconderse, replegándose contra un objeto vi-

sible y apenas protestando con las patas el que ella los pusiera en una caja vacía de fósforos El Inca, en la que había logrado hacer un agujero pequeñísimo sin romperla y en la que había ensartado un hilo que servía para jalar a los pobres en coche, pensando todo el rato que eran sus Bichitos Bucky los que atendía con tanto esmero. Encontró huevos y telas de araña que formaban diseños de diferente espesor entre los geranios y los ángulos de la base áspera de la ventana exterior de la sala. Desviaba los ojos hacia los montes preparados por las hormigas que viajaban de un lugar a otro atareadas y egoístas, acarreando migas e insectos muertos, para evitar así la tentación de ajustar la delicada bolsa transparente de los huevos y sentir en los dedos su contenido, ese líquido que se imaginaba gratamente caliente y lechoso y se alejaba de los geranios apesadumbrada por no encontrar la pelota y con una sensación de sal en la boca. Tuvieron que pasar dos meses para que él llegara de la oficina con una sorpresa para la pequeña y la pelota se sentía bien junto a los muslos, era suave y olía aún a cuero de pelota nueva. La mujer del calvito salió de su casa y ni volvió la cara hacia las palabras inmensas y verdes con rojo en las puntas. Elena se reía te apuesto que no sabe leer, pero no, no era eso sino que era muy seria y nunca les hablaba ni les preguntaba nada. Se respondía con la yema de los dedos mismos y nunca con las palmas porque entonces la pelota no rebotaba bien y el esfuerzo era mayor y uno se cansaba en vano, eso le había enseñado su prima Adriana que vivía en Magdalena. Cuántas veces no mami por favor no me hagas ir a la casa de las Noriega este domingo, Eulalia se apenaba esta chica cada vez más difícil ni que se la fueran a comer qué dirán que somos unos maleducados nunca vamos a visitarlos y el Cholo siempre pasa a darse una vuelta por aquí

siempre y tu padre es el padrino de Adrianita es solo una que otra tarde ¿acaso te estamos pidiendo que te mudes? Pichuza sí iba encantada porque se llevaba de lo mejor con Gloria que era solo un año mayor y porque los amigos de Quico, el hermano segundo, estaban generalmente en patota cerca a la plazuela de la esquina de su casa y también caminaban hasta el Brasil o el Broadway a la matiné o se iban a jugar tenis con una tía de las Noriega que venía toda vestida de blanco, almidonada y compuesta en una falda cortísima y se las llevaba para el Malecón. Tú no sabes Marcela cómo es que yo no quiero ir, en el baño del colegio, y Marcela sí ya sé ya sé como es, pero mi mami me hace que vaya de todos modos porque son parientes y hace tiempo tuvieron no sé qué desgracia · se ayudaron como hermanos Adriana tiene esta amiga que es su vecina una marimacho habla con las piernas abiertas y solamente de fútbol dice que es del Muni cuando va mi papá y les habla se pelean con él porque él les dice que la **U** es el equipo de gracia y de cerebro no se dan cuenta que él les anda bromeando y después se las agarran conmigo y me hablan pestes de los españoles y como es que Pizarro y Almagro no fueron sino unos muertos de hambre unos ignorantes que destruyeron toda una cultura por ambición todavía si no fuera su padrino cuando están juntas me jalan a una especie de despensa que tienen al fondo del terreno te quedas aquí hasta que te vengamos a buscar para el lonche ni una palabra a mi mami ni a la tuya aquí tienes una pila de **Billikenes** y de **Penecas** te presto mis tijeras si quieres puedes cortar figuritas y se matan de risa, Marcela ya sé ya sé como son, y lo peor miravé fue un domingo que fuimos todos porque era el cumpleaños de Beto que es el mayor y no sé por qué también invitaron a Marilú la vecina que te cuento y en la cocina nos sentaron a las tres a la mesa de las

muñecas y cuando llegó el arroz con pollo me toco a mí la parte de atrás casi me muero las dos adefesieras riéndose que se atoraban con la fruta de la chicha y la tía vino ¿no te gusta el pollito? y yo no gracias me fui al baño porque sabía que iba a llorar, y Marcela ya sé ya sé como es, y te acuerdas lo de abrir la boca bien grande para aguantar la pichi y las lágrimas pero no resultó encima vomité y mi mami creyó que me estaba empezando otra amigdalitis y a mi tía cholita nos tenemos que ir es seguro la garganta yo no quería regresar a la cocina las podía oír hablando tan burlonas que son yo creo que a mi tía de verdad no le gusta Marilú pero Pichuza dice que a pesar de que Gloria se da aires de librepensadora a ella y a Adriana les impresiona que Marilú vaya al Villa María Adriana es de veras una malcriada pero no contesta nunca y siempre con esto de cómoestástíitaquébiensetevequégustodeverteporaquí y dicen que sabe pasar la lustradora y que cuando vuelve del colegio los sábados sabe limpiar su cuarto y terminar sus deberes o no la dejan salir a jugar el domingo tampoco van a la iglesia como nosotros pero han hecho la Primera Comunión Pichuza antes eso es una hipocresía los librepensadores no se someten a las reglas de ninguna religión establecida todos se tienen que bautizar sin embargo hasta Marina que es protestante yo conozco a sus padrinos que tienen una fábrica de ropa los judíos no se bautizan porque ellos siempre son extranjeros. Anda pues llama a Moisés para jugar matagente, lo mejor sería hablarle a Clotilde para que les avise, si era una imbécil trabajar para ellos y no ocurrírsele decirles nada aunque no supiera leer las letras cubrían casi toda la pared desde la ventana del comedor hasta la salida del pasaje, un poco de resolana caía sobre los **judíos** mientras que el resto quedaba en la sombra. Estaban jugando volley y salió el sr. Tassa ¿qué

hacen muñecas? y al momento miren miren qué barbaridad, con su terno tan planchado y su pelo engominado, tan grande, detrás de las cortinas de gasa, cuando pasaba al ir y venir del trabajo, Eulalia y Adelaida espiándolo si es todo un argentino es Gardel tan buenmozo y con esa voz ¡y tan cumplido! Los zapatos lustrados del sr. Tassa golpeaban las losetas negro y blancas del pasaje al compás de qué-bar-ba-ri-dad y los pantalones apenas si respondían al movimiento, siempre con saco cerrado, no alcanzaban a verle nada sobre la parte alta de los muslos. Creían que se había muerto hacía muchos años en un accidente de avión en Colombia pero en realidad lo habían llevado de incógnito a los Estados Unidos, no, a Suiza, y allí lo habían remendado completamente porque del accidente había quedado destrozado. Por años con operación tras operación, moviendo pedazos de piel de un lado al otro, colocando trozos de metal para remediar aquellos huesos que habían terminado triturados, pero lo peor había sido el rostro, ese rostro generoso que era la misma imagen de su voz de chingolo que había resultado irreconocible, entorchado. Los ojos se le habían muerto y ése, ése era el verdadero milagro. En aquello no había entrado para nada la ciencia moderna. Su ceguera se había curado por una obra de la caridad del cielo, por su paciencia y sus pasos de penitente hacia la gruta de Lourdes, años y años de continuo, operación tras penitencia y luego su promesa de vivir para siempre anónimo si llegaba a recuperar la vista y por fin el momento en que tuvo que elegir el lugar donde pasaría el resto de sus días y la varita que le había dado un capuchino amigo viejo se había hundido por su propia cuenta en Lima, derritiendo el metal del enorme atlas como si hubiera sido de fuego. Por eso era en el pasaje de Angamos tan cumplido y sonriente, guardando no obstante siempre su dis-

tancia y por eso también tenía los ojos tan tristes a ratos y hablaba a pocos por temor de que reconocieran el acento de sus tangos porque lo de la voz no había sido cuestión de ciencia, quizá ni de milagro. Nadie se lo había podido explicar, era uno de aquellos misterios que huían de la inteligencia humana como huyen los gorriones del alcance de los niños. La pelota saltó de las manos de Elena y cayó con un golpe fuerte que estremeció la puerta de los Lerner. Moisés abrió ¿qué les pasa a ustedes? y Elena mordiéndose el labio había señalado con el brazo que no sostenía la pelota hacia la pared. De colorado casi no se le notaban las pecas, entró corriendo a su casa y a los pocos minutos la judía salió en bata, con los pelos sin peinar y al segundo de ver la pared se echó a llorar y a retorcer el cinturón de albornoz y a quejarse en su idioma mientras que Moisés ya mamá cállate entra y vístete ya pues mamá que vas a hacer salir a todo el mundo. La judía le ajustaba el brazo a Elena tú sabes tú sabes quién ha sido tú me dices por qué los paganos nos hacen siempre esto por qué tú me dices. Nos fuimos corriendo cuando Elena se pudo zafar y su mamá nos mandó a la cocina a comer unas pastitas que ella misma prepara y si vieras Marcela, Elena estaba toda asustada como si la judía le pudiera haber hecho daño o como si ella fuese la culpable y afuera en el pasaje seguían las dos mujeres hablando aunque a la señora Malek casi no se le oía su voz es tan baja y la judía gritaba tanto nunca la habíamos visto así, para qué Marcela, es bien buena gente aunque no sabemos si nos está diciendo en la cara paganos o peruanos viene a guardarse algunas cosas en nuestra refrigeradora y cuando estamos con calor de jugar pelota en el pasaje aunque Moisés no esté con nosotros sale a ofrecernos limonada y galletas que ella misma hace y para la Navidad le dio un corte de tela a mi

mami y hasta quería prepararle la torta para el santo de Pichuza pero mi mama le rogó que por favor no lo hiciera que no se tomara la molestia después con extranjeros uno no sabe como devolver favores. La mamá de Elena entró y las mandó a traer unos baldes que tenía en la azotea y sobre dos sillas que había cubierto con toallas puso una tabla y empezó con un cepillo a tratar de limpiar las letras rojo y verdes que no querían salir con nada. Moisés las llamó a su puerta y a Elena oye dile a tu mami que lo deje para después es sábado y no podemos limpiar dile que lo deje para más tarde y la ayudaremos, pero la señora Malek dale que dale furiosa y colorada, hablando todo el rato en checo y por momentos si serían las lágrimas o lavaza que le salpicaba, se limpiaba los ojos y los pómulos. Cuando llegó el padre de Elena, se quedó como un sonámbulo mirando lo que había pasado, las letras ya estaban más claras pero todavía se podía leer lo que decían. Trajeron sapolio y la señora de Tassa y la abuela y los Mendoza y la mujer del calvito que había vuelto, estaban parados mirándolo fregar a él ahora quién habrá sido el descarado de venir a ensuciarnos la pared cuando bien se sabe que este es un pasaje decente. Moisés seguía con su estribillo señor Malek por favor déjelo hasta más tarde y nosotros le ayudamos por favor no se moleste, pero el señor Malek era sordo de todas maneras y él también con su acento así se empieza esto es malo malo muy malo. Para la hora del almuerzo cuando el sol quemaba duro y caía sobre toda la pared, las letras apenas si se distinguían. Ella ya no quería ir otra vez al pasaje a jugar pelota, sí, la tenía ahí en la cocina de la casa de Elena, Adelaida con el índice parado ni en el pasaje la descuides porque no sabes quién te la puede robar. Ella medio aburrida a Elena vamos a tu cuarto y por las escaleras de servicio allí

estaba Larissa en el patio lavando ropa, le daba un poco de miedo porque era renegona y de mal genio, al cruzarse con ella en el pasaje Pichuza murmuraba después pelirroja insípida y sin chico y cuando ella estaba con Elena le hablaba en checo que es mala educación, no traía amigas a la casa y en la calle los muchachos del barrio apenas la veían empezaban a silbar el himno nacional o a cantar lo de **largo tiempo,** tan alta y flaca que era. El cuarto de Elena no era sólo de ella, Larissa ocupaba la mitad y la pieza chica la usaba la madre para coser, Eulalia se azoraba cómo puede esa gente vivir sin sirvienta y encima hacen todo el lavado en casa y tienen tiempo para tejer medias que regalan en las Pascuas. Larissa sabía tocar el acordeón con su papá que sordo y todo tocaba **Ojos negros** y otras canciones que ella no conocía y en las reuniones que tenían en su casa con otros checos, cantaban todos armonizando entre hombres y mujeres como si hubieran estado ensayando todo el año y la señora Malek tan seria y atareada siempre se reía hasta las lágrimas que se secaba con el dorso de la mano tapándose en seguida la boca. La misma Larissa se ponía roja y sonriente de las bromas de los tíos, qué le andarían diciendo, pero no había nada que escuchar detrás de la puerta cuando se iba con la prima grande a conversar en el cuarto porque no entendía y a Elena no le interesaba. No era como en lo de las Noriega, Adriana y ella con la oreja pegada al cuarto de Gloria, con las rodillas que a veces se le hacían baba, los susurros de Pichuza y de la otra le sentí toda la cosa mientras bailábamos el último bolero me gustaría esta posición de la página 29 con los almohadones no creo que duela todo el tiempo seguramente sólo las primeras veces en el ómnibus un tipo me metió la mano al bajar un asco así no se siente nada una tiene que estar ena-

morada en el pezón se siente de lo más rico a ver déjame ver si te han crecido las chichis sin algodones en el sostén salían volando a tomar agua y Adriana enfurruñada vamos a buscar a Marilú para comprar helados y luego cuando estaban jugando uno dos tres cuatro cinco seis siete las piernas todavía qué débiles y le daba algo raro en el bajo vientre, le tocaba salir a buscar y ampaiunadosytresmesalvo, Adriana que jadeaba tocando el ampai en el árbol tú eres una tarada contigo no se puede jugar porque andas en la luna y vamos a empezar de nuevo a ver quién sale a buscar esta vez pero juega en serio, las tres en redondela **un don din por la meca politana un camión que pasaba por España chica ven aquí no quiero venir** y Elena en su cuarto ¿quieres jugar damas? No quería jugar ni damas ni mundo, fueron más bien a sacar las varitas que tenía en un baúl verde con chapas y adornos de bronce que Adelaida a diario lustraba con una franela anaranjada porque de esto poco queda nos viene desde la época de los españoles. Tú en esa cama y yo aquí en la otra mira el techo pero tienes que concentrarte con todas tus fuerzas si piensas en otra cosa ya no vale pon la varita hacia el lado donde quieres la seña una vez con Marcela hicimos esas dos rayas y esa **v** al revés que se pueden ver allí en ese lado sobre el tocador si te pones a pensar en otra cosa hazte un blanco en la mente y traer agua o desierto a tu cabeza hasta que te puedas volver a concentrar en la señal si la varita se te mueve de lugar y tú sabes que tú misma la has movido por olvidarte de la mano o por puros nervios ya no vale tienes que empezar de nuevo si se ladea sola es magia y tienes que seguir en el lugar hacia donde apunta y aprender a descifrar el mensaje que te envía. Detrás, en la pared de las cabeceras, estaba el Corazón de Jesús que había puesto Bigote-e-gato y que hacía tiempo había es-

tado por un día en la sala hasta que él vino del trabajo saquen todas esas supercherías de mi casa no quiero venir a leer el periódico y ver una prueba de la ignorancia que tiene oprimida a la tercera parte del mundo, pero hace tiempo antes de acostarla Adelaida cada gota de su sangre es un pecado tuyo cada mentira que hablas más hondo le clavan las espinas cada pensamiento malo que tienes más fuerte es su sufrimiento y en Semana Santa Margarita se iba al cine y ella y Elena habían querido ir también a ver la película de la Pasión y cuando los judíos le clavaban las manos y los pies a la cruz él decía perdonadlos porque no saben lo que hacen ella lloraba tanto que se había tenido que arrodillar en el piso y se había cubierto la cara con los brazos, reclinándose en el asiento que olía mal y la gente chist chist y Elena oye no seas teatrera cállate y Margarita sonriéndose en la oscuridad. Los ojos los había tenido hinchados hasta la noche, Eulalia iba y venía que no vaya a saber el señor lo que ha pasado y le ponían compresas de hielo y de pepino, pero la cara de la Virgen que había visto con Margarita en otras películas mejicanas cuando pasaban las vacaciones de julio en Tarma, se le volvía a aparecer y de nuevo a los sollozos y Eulalia no empieces otra vez que tu padre llega de un momento a otro. Y ahora, a veces, todavía, entre las sábanas a lo mejor así había sufrido por mis culpas y por mis pecados aunque lo de resucitar no lo creía, mejor, así más triste sin volver a la vida para que a los que lo hicieron sufrir en la cruz les remordiera para siempre la conciencia. Hoy no sale nada vamos a jugar novios, a Elena que parecía tan mosca muerta con sus cuatro mechas rubias le gustaba mucho, sí, mucho eso de los novios, cuando su tía Luba vivía con los Malek porque todavía no encontraban casa y su primo Jorge estaba allí todo el día metiéndose el dedo en la

nariz y repasando las tablas de multiplicación que ni en checo le entraban, los tres se habían quitado los calzones detrás del tocador, asustándose cada vez que oían pasos en la escalera o en el jol de arriba y Elena le había tocado la pichula, Jorge andaba con miedo pero ellas te llevamos al cine con nosotras te compramos turrón y luego cuando lo de su Primera Comunión tan angelical va que viene con sus estampitas y su libro de Misa que no quiero ir al cine porque se besan que no quiero hablar de cosas feas, pero ella le recordaba te tienes que confesar todo todo todo lo que has hecho con tu primo y todo lo que has pensado. Elena la miraba con las pecas claras que tenía y a ella le daba placer verla mortificada, mordiéndose hasta la sangre. Eulalia qué mala costumbre la de esa chica el mejor día se le infecta el labio y se le contagia a las encías y ahí sí que pierde de golpe todos los dientes. Ella había estado vomitando tolo lo que le daban, hasta el agua de manzanilla y de gelatina y a Moisés se le ocurría pararse bajo la ventana del cuarto de Pichuza y silbar **La Polonesa,** que ésa si estaba segura que existía y sería por la debilidad o porque se aburría mirando las paredes rosadas de ese cuarto que no le gustaba, con tanto mueble grande y amenazador, la cosa era que cuando Moisés silbaba esa tonada le entraba un ajustar de oídos y las amígdalas que las tenía malas siempre se le esponjaban y aunque se hundía los dientes en las manos hasta dejarse arcos, no podía aguantar y terminaba llorando y gritando para que la Margarita saliera por la puerta de servicio oye Moisés menos bulla que allá arriba hay enfermos y no pueden descansar. Todo el mundo estaría en Misa, por eso no pasaba nadie. Carlota ya no hablaba, con los dedos largos y también amarillos, había sacado su labor y ladeaba la cabeza sin sonreír más, pero sin poder cerrar completamente los

labios. Por fin venía Margarita qué es eso de no hacer pasar a la señora a la sala porque el jol no lo he arreglado todavía y ¿adónde vas tú? Tenía la mano en el pestillo, se iba a jugar mundo afuera, no hacía frío, se podía ver un poco de sol y además tenía la chompa gruesa puesta. Margarita la empujaba sin hacer fuerza por los hombros, alejándola de la puerta, impidiéndole salir porque tú mamá me dijo que te quedas aquí porque el dr. Coromina tiene que verte. Entre la lana áspera de la chompa sentía el calor que le picaba por el cuello si acaso ella estaba enferma, acaso le dolía algo, acaso tenía fiebre, acaso retorcijones en la barriga? Margarita se debía de haber chivateado y los dientes de nuevo como cuando lo de timbear, habían caras que provocaban arañar y la de Carlota-diente-e-caballo que parecía decir pobrecita yo todo el mundo me tiene que tener lástima era peor aún, le dio vergüenza pensar y se fue arriba, de todas maneras podía leer el último **Penecas** de Isabel o un **Para ti** aunque ya lo hubiera leído. Le daba calor a veces cuando leía los **Penecas** y se acordaba que había formado un club con las iniciales L. T. C. y tenía que haber sido un secreto y nadie, ni las mismas chicas del club sabían lo que quería decir y un día por mandar papelitos en la clase, las atrapó miss Violeta y ¿qué cosa es L. T. C.? y ella que no sabía, pero con tanta adefesiera en la clase que se moría por estar en el club y una de las de adelante y otra de las de al lado y otra de más allá sí sí sí miss Violeta ella sabe miss Violeta ella tiene que saber miss porque es la jefa miss y cuando casi inaudiblemente había dicho los terribles conquistadores, miss Violeta empezó a sonreír un poco y otro poco y allí estaba a carcajada suelta y Rina al fondo saltando que se hacía la pichi de la risa. Echada de bruces en la cama pasaba las páginas sin leerlas y luego ponía la nariz so-

bre la colcha para aspirar el olor extraño que tenían esas colchas nuevas que parecían estar siempre arrugadas. Las listas azules y blancas le habían disgustado desde la primera vez que las vio estas colchas son muy feas, Eulalia las estiraba sobre las dos camas contemplándolas sin decir nada y Adelaida miren a la señorita desde cuándo sabe ser tan criticona paraquesepas que son colchas americanas y que no se tienen ni que almidonar ni planchar. El Penecas ya lo había leído dos veces y tirando la chompa en la alfombra que el compadre Alvarez les había mandado de Huancayo, se puso a contar los triángulos rosado vivo, verdes, rojos y azules que vibraban en sus ojos entre las rayas de un marrón intenso y negro a la luz del balcón, viendo como durante el rato en que Pachacútec había decidido destituir a su hijo Túpac Amaru a favor de Túpac Inca Yupanqui, por ser este mejor general y estar más capacitado para reinar sobre el imperio, Marcela, que había estado arrugándole los ojos y jalándose los nudillos de las manos, dejó caer un papel doblado cuatro veces junto a su pupitre **no creo nada de lo que me has contado, eres una copiona, ese era un cuento mío,** y así, de ver a Marcela tan incómoda, a ella terminaba haciéndosele insoportable la camiseta con el sudor del cuerpo y aunque los incas por lo general elegían al hijo de la coya siempre y cuando este fuera capaz de gobernar un reino tan grande, hubo uno que otro caso en el que surgieron pleitos y hasta guerras por la predilección mostrada al hijo de una de las princesas favorecidas. Tenemos como ejemplo a Viracocha, que permitió que los Chancas avanzasen peligrosamente hacia el centro del imperio mientras se preocupaba sobre todo de asegurarle el trono a su hijo Urco, no porque este lo mereciese, sino porque el inca amaba ciegamente a la madre de aquel. El inca Huayna Cápac asumió el poder no por el

deseo de su padre, el cual favorecía a otro príncipe, sino por la resolución, ayuda e intervención de un tío carnal. Las luchas entre Huáscar y Atahualpa, por último, son una prueba del extremo catastrófico al que llegaron las rivalidades entre hermanos. Había sonado la campana del recreo y miss Violeta respiraba hondo, no lo iba a saber ella, porque no había sido interrumpida en la mitad de la frase ya que entonces le daba vergüenza como le hubiera dando vergüenza a ella, y no iba a saberlo, se hacía la desentendida fingiendo atender cualquier cosa con las manos y no prestar atención a la rudeza de la tapa de los pupitres que caía estrepitosamente cortando su voz después de obtenida la merienda para el recreo, o la rapidez con que se alistaban para salir, haciendo gestos de alivio, dando pequeños silbidos, a veces hasta aplaudiendo. Sin hablar se habían encaminado juntas hacia la higuera que no daba fruto y ahí se habían sentado en la banca verde entre los centenares de mandiles rosados que transformaban el **playground** a la hora del recreo. Ella miraba los seis columpios y la fila de las de segundo y tercero gritando para que les dieran un turno. Cerca a la higuera, la otra fila de las más pequeñas, todavía asustadas de estar en preparatoria, y que seguían asombradas las direcciones de la inspectora que se hacía la grande a pesar de estar solo en cuarto año, para deslizarse en seguida, un tanto disforzadas al bajar, la cabeza inclinada en un hombro, los ojos bajos, apenas sonriendo, en la resbaladera una y otra vez iban levantándose para caer los subibajas y la inspectora de vez en cuando oye tú te he dicho que no hagas saltar tan fuerte que es malo para las mujeres y al otro lado donde no había pasto y el cemento se veía húmedo por el centro, jugaban al mundo unas cuantas, otras saltaban a la soga y las agrandadas caminaban del brazo haciendo aspa-

vientos y riéndose de cualquier cosa igual que las de media en los paraderos después de hablarse en los oídos sentía un dolor ahogado y no quería pasar saliva porque temía que Marcela pudiera sentirla y volviera a arañarla con las arrugas de su frente siempre allí y cuando empezaba distraídamente a observar todo a su contorno le recordaba con agudeza la presencia de la otra, porque durante los recreos en los cuales no se podía jugar mundo o yaxes, ya que el cemento estaba mojado, Marcela no importa vamos a inventar un juego en el que tengamos que saltar los charcos los charcos van a ser los Pozos del Olvido sin Colores y si alguien mete el pie en ellos tiene que volver a empezar desde un principio porque ha perdido la esencia del recuerdo y cuando se habían olvidado de traer la soga, Marcela no importa vamos a jugar con la Soga Mágica Invisible todo es cuestión de concentrarse bien en el ritmo y una dos y tres **soy la reina de los mares y tú no lo puedes ser tiro el pañuelito al suelo y lo vuelvo a recoger,** de lo mejor sin soga y después todas las copionas que hacía unos minutos habían estado saltando con la soga traída de la casa, la echaban a un lado y se proponían imitarlas en el juego pero sin Marcela no resultaba tan bien que había estado el otro de los chasquis. Marcela una mañana de junio en que el sol quemaba como de playa yo soy el inca y en cada esquina del **playground** tenemos un chasqui puesto y la primera trae un regalo o señal que se va pasando de mensajero a mensajero hasta que me llega a mí para que yo pueda comprender su signo y darle un nombre secreto y a ver quién trae la cosa más rara. Al comienzo encantadas con las cajitas de música, prendedores antiguos, postales de otros países, fotografías de las madres cuando habían sido jóvenes, revistas de 1910, trozos de huaco, flores secas y perfumadas, frascos minúsculos ya va-

cíos, anillos de promoción de 1935, artefactos pequeños de cuero repujado, pinturas en mayólica, pero poco a poco, cuantas más habían entrado en el juego, más se habían atrevido a traer, sostenes descosidos, fajas de las abuelas, dientes postizos, balas sin usar, la trenza de una sirvienta que olía a amoníaco, dos toallas higiénicas envueltas en papel de regalo y Marcela ya no me gusta el juego porque traen porquerías y lo llevan a la broma vulgarizándolo todo y ahora, cuando le había estado relatando lo ocurrido el sábado, venía con que eso era mentira, que no le había podido pasar porque, y Marcela se achinaba, eso te lo conté yo hace siglos en el cuarto rosado de tu casa una tarde en que hicimos las dos rayas en el techo con las varitas y Pichuza había salido y le revolvimos los cajones buscando su diario no lo encontraba qué caramba en esta casa uno no puede leer tranquilo el periódico uno no puede ir a servirse un vermut sin que se le pierdan las cosas por este afán de tenerlo todo en orden. Un revoloteo completo Margarita, Adelaida, Eulalia ¿dónde estará el periódico del señor dice que lo había puesto aquí junto al orejón pero no está aquí en el baño chico y él desaprobando con la cabeza qué se hará me estará fallando ya la memoria, y cuando la casa había vuelto a la calma ¿puedo ir con Elena a visitar a Anita Campos? ¿Anita Campos, esa zambita clara que se tiñe el pelo tan simpática la chica? No, no se lo teñía, toda su familia lo tenía igual, encrespado y de un castaño oscuro con mechones amarillos. Al principio a Elena no me quiero juntar con Anita porque me cae chinche una detallosa y Elena que la conocía más por Dios que es de lo más sencilla camina así derecha y con lo de atrás parado sin querer el resto de su familia es lo mismo hasta sus hermanos. A Eulalia le gustaba mucho porque siempre tenía la risa en la cara ¡qué maravilla eran

sus dientes parejos y blancos! después de terminar el pedazo de torta que les mandaban semanalmente los compadres de la pastelería **El Buen Gusto** desde Miraflores, Anita se reía con permiso y sus dedos finísimos iban recogiendo las migas que se habían quedado en el plato de espigas de trigo y en el azul oscuro de **María Auxiliadora.** Elena en el baño vamos a su casa a verla porque ella no puede salir es un secreto y le he prometido no decírselo a nadie, pero no le permiten salir porque tiene un hermano que está agonizando. Caía la garúa dale que dale sin lograr manchar las veredas y dejando gotas de agua sobre los geranios y el pasto. Adelaida se enjuagaba las manos en un apenas chorro de agua y casi sin mirarlas mientras buscaba un secador ¿y por qué no se ponen las capuchas que le mandaron de muestra a tu padre? Le había regalado una a Elena porque Eulalia el mismo día que abrieron los paquetes de las muestras hijita tú comprenderás que de alguna manera tengo que devolverle la amabilidad de las medias a su mamá, se la había ido a dar corriendo, impaciente en la puerta, hasta siempre jamás, celeste porque quedaba bien con las rubias y la de ella rojo vivo que sentaba a las de pelo oscuro. Eulalia las contemplaba en el hule **made in U S A** y ¿por dónde queda la casa de Anita Campos? Quedaba por el Palermo señora, entonces mucho cuidado de no atravesar el muladar porque a veces se podían ver cosas feas. Caminaban por la calle tratando de contener la risa, sabiendo que llamaban la atención y conscientes de que nadie usaba impermeables en Lima; hablando sin oírse cuando del balcón de su casa Moisés chillaba ¡miren no más a las gringas mírenlas no más que machiches! Pasaron por el taller donde **Se Reparan Automóviles** corriendo aunque todavía no había llegado el maestro a abrirlo, asustadas de que el mastín que cuidaba la propiedad pudiera estar

desatado y les destrozara las pantorillas y al llegar a la tienda de los chinos donde antes compraba arroz inflado, pero ahora ya no desde que Gladys Llosa le había dicho que lo pegaban con moco en el cucurucho, decidieron de todos modos cortar camino. Ese sábado el muladar se veía desierto, solo una pareja de indios con un bebé en kipicho que rebuscaba entre las pilas que no habían sido quemadas todavía. Anduvieron una cuadra más procurando mantenerse serias y chocándose con las muchachas que venían del mercado de Jesús María. Elena tenía el papelito de la dirección en la mano allí a la derecha tenía que haber sido el número 248. De repente todo el negro y gris se había perdido al plantar los ojos sobre el muro de la jardinera. Dentro de la propiedad los lirios, tulipanes, dogos, gladiolos, pajaritos, azucenas, no-me-olvides, dalias, relucían como un arco iris en las páginas del libro de **Natural Science**. Al fondo se distinguía la casa entre tres enormes olivos, blanca y como una torta rectangular de bodas; la reja de hierro les había cubierto la vista ¿estás segura que Anita vive aquí? Sí, claro y se jalaba los pellejos del labio inferior que empezaba a sangrarle cuando un tipo alto y aguileño con pinta de extranjero ¿qué es lo que desean? La voz de Elena apenas si recortaba el aire ¿está Anita? y el tipo por la nariz ¿Anita qué? Anita Campos, no, en esa casa no vivía ninguna Anita Campos, debía de ser una equivocación. Lejos allá en la puerta de la casona apareció ella parecidísima a Rita Hayworth ¿quién es Julián?, no era nadie señorita, por los dedos, se han equivocado de lugar, pero la otra movía los brazos no qué ocurrencia, déjelas pasar mírelas ¡qué ricas si son iguales a los enanitos de Blanca Nieves! En medio del jardín de las flores raras que nunca habían visto empezó la música y sin más, luego del ruido de la reja al cerrarse, se encontraron en

la puerta de la mansión. Rita sonreía pasen pasen yo me llamo Ana María, tan hermosa con su traje largo de lamé, el pelo castaño rojizo hasta los hombros, unas zapatillas doradas y una boquilla de marfil en la mano izquierda. El jol de la entrada era inmenso, un salón en sí, con espejos y mesas labradas que sostenían jarrones chinos más grandes que ellas. A la izquierda, un salón que daba a otro salón a su vez más y más chico, decorado de la misma manera pero cada uno de un color diferente, siendo la tonalidad más oscura a medida que iban avanzando entre las alfombras, las porcelanas, los cuadros de marco dorado y los muebles de satén y terciopelo. Al entrar había visto a la derecha una pequeña sala de recibo con un escritorio antiquísimo frente a una chimenea que a pesar del calor, porque dentro de la casa hacía sol, tenía unos troncos encendidos. Todo se lo hizo ver a ellas así podían jugar a los escondidos sin hacer trampas. La escalera de mármol no era recta como en su casa sino que daba una vuelta y al fondo un comedor muy grande cuyo lado principal, enteramente de vidrio, daba a un jardín con árboles exóticos y pájaros de colores que volaban pero que no se oían a causa de la música. A la izquierda, poco antes de llegar al comedor, una puerta abierta conducía a un patio árabe lleno de arcos y bancas y fuentes de mosaicos y azulejos por donde se paseaban mujeres en anchos pantalones de gasa, con la cara cubierta por un velo y el torso casi totalmente desnudo. Marcela, que no la miraba, que fijaba los ojos en la resbaladera, se tragaba las lágrimas ya sé ya sé arriba les mostró solamente un cuarto donde tenía a su bebe que se llamaba Roxana y que dormía en una cuna de tules que bordeaban entre el lila y el rosa. La habitación estaba en una penumbra violácea porque los visillos estaban corridos y una lámpara en forma de tetera proyecta-

ba esa luz desconocida hasta entonces para ellas. Habían hecho bulla al entrar pero la bebe*no se había movido y Ana María con un gesto tímido y torpe iba meciendo la cuna de un lado al otro y cantaba susurrando **San José que es carpintero a mi niña le hará una**. En las paredes unas bailarinas de ballet se movían delicadamente mientras otras se amarraban las zapatillas de punta entre los pequeños saltos de Bambi y Tambor y los balidos de una oveja tierna en los brazos del Santo Pastorcito. Bajaron las escaleras sin tocar los peldaños con los pies en un vuelo que rimaba con la música que de pronto se había puesto alegre. Ana María levantó de una mesita una campanilla de cristal y al sonar el tintineo vino una mujer grande, tétrica, las dos trenzas levantadas en la cabeza bajo la cofia blanca y tiesa mis amigas se quedan a tomar té y la otra con un acento desagradable ¿en el repostero? Rita se reía sacudiendo los hombros de una manera que no parecía que el resto del cuerpo se sacudiera con ellos no no ¡qué idea! que sirviera en el comedor. Las había llevado de la mano a un baño de tintes azules y Marcela ya sé ya sé, entre dientes, todavía negándose a mirarla, los caños eran cisnes ¿no es cierto? ¿no era así? cisnes con un ala para el agua fría y la otra para el agua caliente, luego habían pasado al comedor donde la alfombra persa se podía pisar con los zapatos porque no era mágica y donde los aparadores dolían por la luz que les llegaba del ventanal. La música ahora era solamente el acompañamiento de un piano que permitía escuchar el choque de las alas de los pájaros contra los vidrios. Fue allí en el comedor donde nos dimos cuenta que Rita nos quería decir algo sus ojos cuidaban la puerta por la que se iba a la cocina sus movimientos contraídos delataban sus nervios y su temor y cambiaba rápidamente su postura de gato listo a saltar, por una conversación de niños

y una sonrisa exagerada que hasta la ponía fea, cada vez que se acercaba la alemana con el té y el panetón. Un bocado y se encontraron en el jardín de los pájaros sin canto. En medio del alboroto del recreo, ahora buscaba los ojos de la otra, que la reconociera, que la escuchara también con las pestañas, ya no podía seguir así, te juro que fue como te cuento y tú nunca me lo contaste a mí, no pudiste haberlo hecho, dos veces se agachó para murmurar algo pero el mayordomo pasaba muy seco con el alpiste o la regadera, doblándose hasta la altura de ellas, pequeñísimas en la enormidad del jardín, cubriéndolas que por poco no las iría a hacer desaparecer en la oscuridad de su sombra y mirándolas por el ángulo del ojo, en ese instante de susto, Rita nos dijo que siempre y cuando no hallasen al pájaro azul, Roxana dormiría por toda la eternidad el sueño de los no nacidos, iba a seguir hablándonos, pero la figura del mayordomo asumía entonces proporciones en que el gris daba saltos repitiéndose hasta el negro, y abarcaba con su cuerpo la senda de los ladrillos amarillos y los mismos árboles con sus ramas caprichosas y cargadas de manzanas, parecían entonces solamente pintados al fondo. Escondida en uno de los closets el corazón le latía hasta la yema de los dedos porque sabía que así no tenía que haber sido. El jol de la casa de Anita Campos era diminuto y sin luz, desde la entrada habían sentido ambas como un golpe el olor a alcohol y a desinfectante, les había abierto una sirvienta de trenzas castañas apenas mayor que ellas y con una voz muy chica voy a ver si está, de la puerta habían divisado la soledad polvorienta y angustiosa del jol que antes de terminar en otra entrada que debía ser la del comedor, se extendía unos pasos más, ampliándose en la pretensión de un pequeño lugar de recibo, con sus dos sillas viejas de mimbre frente al radio demasiado

grande para la mesita de revistas que estaba repleta por los dos lados, las había hecho pasar a la sala y sentadas habían esperado que Anita bajase, observando los pisillos a crochet raídos sobre el sofá y la mesa ovalada, casi blanca del polvo que se acumulaba alrededor de un retrato de bodas, y en las paredes despintadas y mohosas, la Dolorosa en cobre y plata y el Corazón de Jesús de cartón y en colores. Ella con deseos de irse pero de quedarse, de quedarse pero de irse, acongojada por el olor que la devolvía al cuarto del balcón, aquella vez que le había dado sarampióndobleconbronconeumonía y Eulalia cuántas tardes después creí que se me moría que mi tortura volvía a comenzar otra vez si supieras que después de tres días y cuatro noches de una fiebre altísima no reconocía y nos temíamos ya una meningitis. El tío Germán, serio, fruncido, no se reía ni le hacía bromas al examinarla, le preguntaba cosas tontas que quería responder pero la boca no le obedecía y la lengua le llenaba todo el paladar como una esponja pesada y extraña; sudaba hasta mojar las sábanas, agobiada por el calor y rogándoles sin poder expresarlo, que no la tocaran, cambiaran, talquearan, que le dejaran cerrar los ojos desnuda entre sus propias sensaciones, flotando en esa agua de olas mansas y tibias hasta que comenzaba a calentarse más y más y más y la respiración le fallaba porque los tumbos grandes la cubrían sin que ella pudiera remediarlo y era en medio del ahogo que abría los ojos para rescatarse de esa hondura y se daba en pleno con los de Eulalia, enormes y tranquilos, penetrándola agudamente, pasando al otro lado hasta ausentarse, jugando tal vez al truco de los ojos pero logrando justamente el efecto contrario e intensificando la dirección, quieta frente a ella mientras que Adelaida, Pichuza y el tío Germán se acercaban presurosos y la sentaban en la cama y entonces le llegaban de cer-

ca los vapores con aroma del agua de eucalipto que el tío Miguel levantaba con cuidado a la altura de su rostro. Al poco rato castañeteaba los dientes muriéndose de frío y le palpaban la frente y en susurros está que vuela de fiebre mejor sería llevarla a la clínica de una vez qué hacemos si le empiezan las convulsiones. Eulalia, erguida como en uno de esos retratos de antes, movía la cabeza no aquí está mejor y se sentaba en la silla que había arrimado del escritorio con la Underwood junto a la cama, sosteniéndole la mano para jalársela muy suave hacia su propia cara, esa piel como la de Pichuza, siempre fresca, siempre salida de una ducha fría o del agua del mar. Ella quería sin embargo zafarse, retener su mano y así colocarla debajo de ella misma, dentro del piyamas, entre las piernas, bajo las nalgas, como fuera, solamente para ver si se le calentaban de alguna forma las puntas de los dedos que sacaron como si fuera a soplarse la nariz, el pañuelito rociado de colonia que le ponía Bigote-e-gato antes de salir en la cartera o en el bolsillo del traje o de la chompa, para ver si respiraba mejor y Anita estaba muy distinta sin el uniforme anda arriba Isabel ¿qué miras así? ¡no te quedes parada como una imbécil! ¿qué esperas? anda arriba puede estar necesitándote mi mamá y a ellas encogiéndose de hombros nuestra muchacha se fue para las Pascuas y no volvió esta es una pobre que tiene que ayudar a su madre pero así tan humilde como parece se da unos aires porque sabe leer y escribir y dice que canta en inglés la loca. El mayordomo y el ama de llaves alemanes se entendían sin hablarse. Con tanto recuerdo se olvidó lo que le había prometido a Elena y ¿está mejor tu hermano? Ana María palmoteaba como una niña ¡ya te encontré ya te encontré ahora te toca a ti buscar! Así tenía que haber sido: Anita acusando a Elena con aceros, encarándosele con una mue-

ca que habría durado menos de un segundo y ante la sangre que empezaba a mancharle el labio que no importaba, que ya no importaba, que seguía mal, que le habían pedido a la Virgen el milagro de su recuperación, pero las esperanzas se perdían aunque no la fe y ahora por lo menos rogaban que no sufriera y ella había escuchado dentro de sus silbidos al pecho que los podía presentir junto a sus sollozos porque la oscuridad del closet echaba a cobrar formas y a asustarla el nombre de la letra es lo que se da a cada uno de los sonidos o articulaciones que contribuyen a crear una lengua **my name is Zoraida but I prefer to be called Pichuza very pleased to meet you I do want to be your friend** las plantas se componen de diferentes órganos que son las hojas las flores la raíz el tronco y los frutos los órganos de conservación son la raíz el tallo las ramas y las hojas porque sirven para alimentar y hacer crecer a la planta la flor y el fruto llevan a cabo las funciones de reproducción Inglaterra su capital Londres estado libre de Irlanda su capital Dublín Bélgica su capital Bruselas Dinamarca su capital Copenhague. Lima capital del Perú bajo el paralelo doce. Creo en Dios Padre Todopoderoso el hierro es el más importante de todos los metales que emplea el hombre y después le sigue en orden de uso el cobre enquerepenquerepufinesabidisabididominé. Así tenía que haber sido, pero ya le habían dicho cuántas veces con el índice cuando la atrapaban escuchando detrás de las puertas o entre las cortinas que la curiosidad mataba al gato y Anita aceradamente continuaba está muy mal del pecho desde chico tenía los pulmones débiles y siempre mi mamá cuidándolo tanto pero empezó la universidad y cambió sus buenas costumbres y cayó en cama después de los Carnavales. Yo me quería ir, por Dios que yo me quería ir pero Ana María que jugásemos otro juego de escondites y Elena va a ser difícil salir sin que nos noten

antes de las cinco y media y yo ya estaba por llorar porque no quería quedarme hasta el final y con el primer corte que haya salimos volando con la música de **Amado mío** y nos olvidamos las capuchas. Elena no quería volver para averiguar si las encontraban y ella sola regresó enfrentándose con el uniformado en la taquilla que le dijo sin pestañear que no habían hallado ninguna clase de impermeables, que de haberlos encontrado los habrían traído allí mismo a la taquilla y que no se hiciera la tonta que cuando las cosas se perdían, se perdían y nada más. En el momento en que se agachaba para prender un cigarrillo, ahuecando las mejillas para aspirar con fuerza la primera bocanada, era fácil ver a Coromina llegando a La Quinta hacía ya mucho tiempo, esa vez del santo de la tía Cornelia. Volvía muy quemado de Tarma porque la facultad estaba meses en huelga y Eulalia que se había reunido con él a la entrada ¡ay hijito que bien se te ve con el bigote! Era solo para adularlo, contra la piel dorada los bigotes más claros que el pelo apenas si se le notaban gracias tía y mirando disimuladamente sobre el hombro de Eulalia a través del claustro abierto hacia las puertas de los salones que quedaban justamentne al frente del final de las escaleras ¡caramba cuánta gente hay! Ella caminaba junto a Eulalia quien la tenía fuertemente de la mano disculpándose que esa chica era de lo más asustadiza, que cuando se le iría a quitar el vértigo de altura, y Coromina caminaba al otro lado, acortando sus pasos y con esa sonrisa de displicencia que ya había visto en los muchachos para las fiestas de primavera o de Año Nuevo, echando una ojeada de vez en cuando al patio del primer piso completamente vacío a esas horas y doblándose con exageración al llegar a los salones para oír a Eulalia a causa de la bulla de la orquesta y porque de tanto mundo no le dejaban escuchar nada. Silbaba

sorprendido resoplando ¡cuánta cara nueva! Ahí está Pichucita señalaba Bigote-e-gato, ahí bailando con un cadete de la marina y Coromina, porque hacía por lo menos dos años que no había venido al santo de la tía Cornelia seguía pasmado ¡qué barbaridad para haber gente! Y el tío ¿no venía? Yo no vuelvo a poner los pies en La Quinta renegaba él, tú sabes que me atolondro entre tantos cuerpos y Eulalia buscaba con los ojos avergonzados a Bigote-e-gato qué mal nos haces Gitanito como si no fueras de la familia yendo nosotras solas no creas que se ve tan bien, pero ella prefería que no fuera, le tomaban el pelo por ser serio y no saber divertirse como los otros; no bailaba esto del baile es una hipocresía es solo un abrazo en disfraz y la mamá de Adriana no me vengas Gitano a decir que cuando bailo con el Choclito nos estamos banqueteando y se reían a carcajadas todos, hasta el mismo Choclito que medía solamente un metro cincuentidos, pero que sabía hacer unos pasos divinos que la misma Pichuza, puntillosa como era en escoger con quien bailaba oye Choclito no me hagas sufrir pues sácame a esta guachafa. Antes, cuando el tío Miguel había sido más joven y ella todavía una bebe de pañales en las fiestas de 28 de julio cerraban las puertas y no había forma de hallar las llaves. La orquesta seguía a puro trago y café y unos bestias Marcela quién lo diría del tío Miguel con dos amigos a mi papi lo agarraron y tapándole la nariz le obligaron a tragar whisky antes de morirnos tenemos que ver a este Gitano tomado pero mi papá que tiene mal genio de la pura rabia le dio como un ataque y se soltó para luego llorar dicen y el tío Miguel que me quería desde que era chiquita un día no le dio la gana de soltarme estando borracho hasta que Casimiro lo engañó con no se qué cuento de un telegrama de Francia y entonces me puso en los brazos de mi mamá que me escondió en un cuarto.

Marcela achinaba los ojos deverdad deverdad qué cantidad de gente seguía Coromina y otra vez el tío ¿no quiere venir? Adelaida entonaba lo de siempre tú sabes hijito como es él de terco, se ponía a discutir dale que dale contra las costumbres desastrosas de los criollos, eso de botar la casa en el licor y de no tener conciencia del mañana, esa despreocupación total hacia el trabajo; les daba a todos la contra también en política y ellos con la sonrísita qué se iba a hacer si ese loco era medio comunista; él se enfurecía es solo cuestión de ser justos de no aprovecharse uds. para reunirse a hablar y a hablar todo el tiempo con que el Apra aquí y el Apra allá muy bien no obstante en la vida diaria ¿qué hacen ustedes que logre afectar en lo más mínimo no diríamos la estructura del país pero por lo menos la condición de vida de los que trabajan para ustedes? ¿cómo tratan a los operarios en las fincas o sin ir muy lejos qué les dan de comer a las criadas en sus casas? Eulalia enrojecía porque en silencio el grupo la culpaba y poco a poco iban dejándolo después de haberlo hecho rezongar, uno tras otro salían a buscar un trago o a hablar con alguien que acababa de entrar y se iba quedando así sin nadie al contorno, en algún rincón del salón, apoyando el codo en el brazo del asiento y con la barbilla escondida bajo los dedos de la mano derecha, trayendo en esos instantes una ráfaga de Pichuza que físicamente no se le parecía pero que solía ponerse a pensar de la misma manera, planeando él tal vez esas otras reuniones que le gustaba tener en casa, todos sentados alrededor de la mesa del comedor sin luz, el mejor vino chileno y Gitanito ¡qué grosería de servir tanto pollo estas piezas son muy grandes! Desde la mañana él insistía en meterse a ayudar a Margarita en la cocina, ahí se peleaban como casados, igual que casados, según Adelaida que era la encargada del cebi-

che mientras Eulalia suspiraba colocando una rosa talismán en cada copa a ti te gustará la abundancia a mí lo bonito y salía a relucir el limoges de la abuela y el servicio de plata esterlina que no se usaba sino de vez en cuando y los cristales que ella tenía terror de respirar sobre ellos tantas veces le habían dicho de chica que cada copa de vino valía más que sus dos ojos puestos juntos. Alrededor de la mesa se hablaba y se bromeaba dejándole a él contar sus chistes pero esquivando las conversaciones de peso, más bien a veces que es mucho esto que no no deberían servir tanto, qué quería hacerles creer el ilustre. Antes Margarita señora va a haber mucho desperdicio y las otras asentían y ponían los ojos en blanco qué se va a hacer es él quien decide, para que luego se fueran convenciendo con el tiempo que a la hora de recoger los platos pacientemente el trozo de pollo se había reducido a un montón de huesos limpios y con aire soñoliento pasaban a la sala a tomar el cafecito con el coñac y era esa precisamente la hora en que a él le hubiera gustado discutir de tantos asuntos que no se llegaban nunca a tocar porque bostezaban y añoraban la siesta. Al irse los convidados a eso de las cinco, Adelaida se encaminaba a su cuarto a descansar y Eulalia luego de haber lavado ella misma las copas, le decía vamos a echarnos una media horita. Era entonces cuando ella sentía como agarrotado el pecho de verlo con un mandil de flores desteñidas amarrado a la cintura sobre el pantalón azul no que la chica tiene mucho trabajo y voy a ayudarla un rato. Ella se adelantaba yo también papi y recogía cuidadosamente las flores olvidadas para arreglarlas en un florero pequeño y pasaba los platos del comedor a la mesa de diario en la cocina. El sonreía ya te dije muchacha que no iba a sobrar nada y se ponían los tres a escoger los panes intactos para llevarlos al corra-

lón del frente, comentando que a lo mejor esa gente se iba a desilusionar, que a lo mejor esperaba más, que tal vez pudieran agregar una yapita de algo de la refrigeradora. Cuántas veces Adelaida oye tú estás botando muchos soles en la comida y más de la mitad se va después al corralón. Margarita se defendía el señor me ha dicho que a diario cocine bastante por si cae alguien a la hora de almuerzo, que claro, tenían que admitirlo se salía con mucha prosa del apuro porque siempre había suficiente que ofrecer aunque eso de alimentar a los once hijos de la gorda del corralón ya era demasiado. Coromina y Pichuza bailaban separados **que poseo un rico y hermoso cafetal,** Coromina cantaba las palabras **pero no sabiendo que yo soy un hombre** que es mala educación y Pichuza le sonreía cada vez que daban una vuelta al cadete que comía la causa soplando para adentro porque las Chinas que venían de la sierra para los santos y las fiestas, no hacían caso y se les pasaba cada vez la mano en el ají. Ella estaba sin hablarse con Adriana que ahora recostada en los cojines mullidos del sofá azul dormitaba sobresaltándose cuando sonaban fuerte los platillos de la orquesta o en las últimas notas de los bailes cuando hacían sonar el **tan tan** con un ruido atroz. Los Noriega llegaron a La Quinta mucho después que ellas, la tía la besaba con cariño qué bonito el vestido de tu hija oye Eulalia ¿dónde compraste la tela? Eulalia muy joven y cambiada esa noche en la importadora del inglés tienen retazos de muestra y ella y Adriana se compraban los vestidos, lo parecidos que eran, ese cuello de bebe, los botones forrados en la espalda, el lazo enorme en la cintura y seguramente el mismo fuste almidonado para hacer resaltar el vuelo de la falda; zapatos iguales de charol negro con hebilla al lado y medias cortas y blancas, nuevas para que no se vieran desbocadas; guantes también blancos

made in Argentina y una cartera pequeña colgada del hombro en la cual, no cabía duda, Adriana tendría un pañuelito bordado, regalo de alguna Pascua al que se habría echado olor poco antes de salir de la casa. Mucho rato así en el salón sin moverse, sentadas en una silla de mimbre lo bastante amplia para las dos y mirando a los mayores. Todos esos hijos que antes habían venido a presentar a las novias y que ahora regresaban con las señoras, mostrando las fotos del primogénito o al primogénito en los brazos del ama, y los suegros y parientes de la otra familia que se habían introducido de año en año en La Quinta. En el costado del salón donde estaban las poltronas, Adriana y ella miraban a su gusto sin que nadie no fijes los ojos que es mala costumbre, los peinados de tantas y tantas tías, las cabezas de rizos cortos e inmóviles a fuerza de laca, el maquillaje en la piel del rostro que era muchas veces más claro que el cuello, y en las manos, que se movían trazando dibujos en el aire o que descansaban sobre las faldas o que sostenían un vaso, las uñas, demasiado largas, demasiado rojas, eran por momentos flores grotescas y por otros bosquejos de crueles mandarines chinos. En dos ocasiones la señora de Iduarte le había hecho bajar los ojos y a ella le había empezado a dar comezón en el pecho, pero se sentía nuevamente atraída a contemplarla, a examinar el lunar pintado en el lado derecho de la boca, el rouge casi anaranjado, el cabello negrísimo y esas pestañas que eran patas de araña tan largas y espesas de rimel. De chica la soñaba porque Pichuza le había dicho es una gran bruja y todavía le daba fastidio el acercarse a besarla a causa de la fragancia del perfume con el aliento a cigarrillos le daba náuseas y él cuántas veces esa mujer no vale nada todo el dinero del hogar en sus porquerías de oro y en gastárselo en póquer jugando con ustedes sa-

biendo las penurias que pasan en su casa. Eulalia no respondía y Bigote-e-gato qué quieres que hagamos ella se averigua cuando son aquí las reuniones de juego y yo no voy a decirle que se vaya cuando está ya en la puerta lo que no le perdono es abusar de la ebriedad de Miguel para sacarle dinero con esas cosas de que tu ahijado necesita esto y el otro que le han pedido los padres en el colegio como si no supiéramos que el nieto le importa a ella un comino y además imagínate portarse como se portó con la Mariscala tan decente como es la prima queriéndose reunir con la Consuelo Iduarte porque pensó que se habían conocido de chicas en Ancash y nos invita a tomar té y la Consuelo que no que por esos años ni soñar en Ancash tú bien sabes el genio que se gasta nuestra prima no ha hecho sino mirarla de arriba a abajo sí señora de Iduarte debo de haberme equivocado qué mujer la Consuelo para loca viene al día siguiente a lloriquearme a la casa oye Lala qué cosa he ido yo a hacer ayer en el lonche de tu prima con lo derecha que es ella pero cada uno tiene sus cosas y mi edad no la saben ni mis hijos ir yo a confesar delante de todas que la había conocido en esa época y con lo avejentada que está era dejar que medio mundo se enterase de mi edad ¡qué te parece esa loca! El se atragantaba en medio de la comida renegando las mujeres en Lima estaban chifladas, qué bendito remedio contra los años lo de quitarse la edad, a ese paso las hijas solteronas de las amigas iban a venir a jugar con la más pequeña, y ante su enojo, Eulalia no decía nada y su silencio se quedaba como siempre con una textura de florero o de cuadro entre ellos cada vez que él tocaba en algo a sus amistades o a su parentela. Adriana le jalaba del brazo vamos no seas floja vamos a buscar una Coca Cola y cuando regresaron Pichuza y Gloria apretadas la una contra la otra quien se

fue a Barranco perdió su banco y habían tenido que ir a sentarse cerca de las señoras miren qué horror como pueden crecer tanto estas chicas de año en año no se les reconoce, para luego enfocar todas los ojos en ella y comentar lo flaquita que es esta chica oye Eulalia y por qué no le das avena para el desayuno y Eulalia con aire fastidiado se lo damos a diario si no en el desayuno para la hora del lonche pero no hay cómo hacerla subir de peso y ella tirándole de la falda mentira no me dan avena sino cuáquer, para que todas se rieran en coro eso te pasa Lala por mandarlas al María Alvarado hasta el castellano se les está olvidando, si Lalita no sé cómo puedes haberte dejado convencer por tu marido con esas ideas raras que tiene y eso de permitir a tu hija mayor irse a los Estados Unidos becada por gringas protestantes a ese país prima de bárbaros ignorantes que carecen de refinamiento y de cultura, sí y donde he oído decir que en la media y en las universidades no estudian sino lo que quieren y los pasan sin que hagan ningun esfuerzo que algunos se gradúan de la media sin haber asistido a un solo curso de historia, sí claro yo también he escuchado lo mismo de un primo de mi marido que fue allá para especializarse en ingeniería eléctrica que por supuesto es otra cosa en cuestiones prácticas o de materias aplicadas es muy distinto pero no me vas a decir Lala que no hay un mundo de diferencia entre los gringos y los europeos. Eulalia muda y otra te ha cambiado tanto tu Gitano no vas a misa tus hijas no se han confirmado más bien ahora la Pichucita parece que está entrando en razón el desarrollo le ha sentado se ha calmado mucho, si Lala esa mala impresión que solía causar hablando mal del papa de la iglesia y de los curas y leyendo esos libros tan pesados ahora sí parece que se ha normalizado miranomás lo linda que está si la dejas se te casa apenas

termine el quinto año, y otra una suerte de tener solamente hijas lo que es los varones no dan sino problemas ya se sabe lo que son los hombres y aunque a una le salgan serios y estudiosos claro está la política y las huelgas en la universidad y esto de que no puedan hallar un puesto sino mediante padrinos y luego cuando menos se piensa meten la pata con cualquier cholita y se encuentra una en la vejez criando otro hijo cuando una ya se ha roto la espalda criando a los propios, sí claro sí pues y ¿qué sabes tú Ñata de los Jiménez? ¿Ya había tenido su bebe la Rosita Luz? Hacía tiempo que no los había visto pero ya debía estar por tenerlo pobrecita la chica esa y tan joven, pero una de más allá que no vinieron con cuentos, que bien sabían que le quitaban la edad y que habían oído decir que la madre era una loba, que se aprovecharon del teniente ese ¿teniente? sí pues se apellida Fernández se arreglaron para que tuviera que casarse con la chica que con tutores y ofreciendo dinero en todas las kermeses del Belén no la aprobaban, ah sí yo también he oído que es muy tonta pero qué bonita la muchacha con esos ojazos verdes y su piel mate, sí claro que a quién se los habrá sacado y se reían con malicia. La Ñata se molestaba ustedes para rajar de la gente no pierden el tiempo ¡qué grupo para chismoso el que hacen! Otra de un lunar plateado en el pelo que había visto muy pocas veces la calmaba no era eso Ñatita ya se sabía que si no daba una lugar a habladurías nadie tenía que decir nada sobre la vida de una, pero la Ñata con su pinta de gallo bravo me voy a buscar otro pisco sour y entonces un gran murmullo oye esa muchacha también es media loca ¿qué está pensando todos estos años? Ya se estaba pasando y no querer casarse y teniendo enamorados como si tuviera dieciocho años sin formalizar nada. Eulalia se encaraba con las otras no sean injustas con la Ñata

la mala suerte que ha tenido con los hombres la pobre, sí pues, y una de vestido de terciopelo carmelita el primero la dejó con los crespos hechos ¿verdad? y otra, sí dicen que tenía familia en Trujillo y la dejó plantada el día de la boda ¿no es cierto? ¿y cómo fue el lío del segundo? ¿no se acordaban? cuatro años de noviazgo si las tenía a todas tan asombradas con lo correcto con lo caballero que era el mozo y viene a recibir la noticia por un anónimo mandado todavía al colegio en el que enseña la pobre Ñata dándole la sorpresa que el fulano es maricón y la Ñata que no se amilana fácilmente comienza a investigar y se encuentra con que es cierto con que el fulano se vivía con su primo decía de unos dieciseis años a lo más y el mundo decaía ante las dos que tomaban Virgen Santísima a sorbitos la Coca Cola, qué se hará una en esta tierra, para que les durara más rato, evitando mirarse porque Adriana levantaba las cejas haciendo muecas y poniéndose bizca y tenían ambas miedo de llamar la atención o peor de atorarse y manchar el vestido. Vamos a jugar vamos al cuartito de los juguetes, pero ella estaba allí tan cómoda, borrada de los ojos de Eulalia y de Bigote-e-gato que movía como un títere la cabeza asegurando que no vendrían hoy el ministro con la prima que no tendrían cara para presentarse con todos los apristas que se había traído Miguel a la Quinta y ¿habían visto a eso de las nueve y media a Amelia Fríz del Castillo? Un revuelo que la dislocó de los dedos fuertes de Adriana. ¡Qué! ¿Había venido? Sí hija, y muy temprano disculpándose que tenía otro compromiso al que había prometido mucho antes asistir esbelta y buenamoza como de costumbre por esa mujer no pasan los años se le ve como si no hubiera tenido siete hijos ¿y cómo así vino? sí pues así son las cosas ahora que Miguel está con la locura del partido la señora ya no tilda a nadie

de provincianos ni de serranos le han visto al pobre pinta de buena presa con la mano abierta que es ya verás que no tardan en dar el zarpazo apenas puedan y ella sin perderse una sola de las palabras de los mayores que en las fiestas no reparaban en la mala educación y qué se iba a imaginar entonces en el santo aquel de la tía Cornelia que solamente dos semanas después, parte de ese mundo quedaría trastornado. Eulalia y él se habían ido al cine, Margarita escuchaba el radio. Pichuza estaba en la casa de una amiga estudiando y ella en el comedor dibujando en tinta china el mapa de Loreto. El timbre la había hecho saltar y si no hubiera sido por el papel secante que lo tenía justo en la mano, los bordes del mapa y el río Amazonas que le habían salido tan bien se hubieran echado a perder y hubiera tenido que recomenzar a trazar el marco con lo difícil que era y a dibujar nuevamente el mapa. Margarita no se movió del asiento y fue necesario que ella dejara el cuaderno y la pluma aún con tinta ya voy ya voy porque el timbre sonaba una y otra vez. Al abrir la puerta allí estaba el papá de Ursula Friz del Castillo con los ojos redondos y envuelto en dos frazadas de diferentes colores. ¿Están tus papás? No, y la había empujado para entrar cerrando rápidamente la puerta. Allí fue Marcela, cuando vi que las manos le temblaban, Margarita como en trance no sabía qué hacer la muy tonta pase señor tome asiento al otro que muy pálido seguía de pie con sus dos mantas encima. ¿Tu tía Adelaida? había salido a jugar canasta. ¿Había alguien más en casa? No señor, y sí, por supuesto la azotea estaba desocupada, entonces allí se iba y que no dieran aviso a nadie, por nada del mundo de que él estaba arriba, solo cuando vinieran los señores les avisaran a ellos nada más y esto si es que no venían acompañados. A mí el estómago me había comenzado a doler y él ha-

bía partido a la carrera hacia arriba por la puerta de servicio y la Margarita preocupada ese señor se va a meter a mi cuarto porque el otro la señorita Adelaida lo tenía con llave. Marcela achinándose toda ¿el otro donde tienen a tu hermano loco? No sabía si era loco, por Dios, qué mala boca podía tener Marcela, ella nunca lo había visto y podía ser solamente anormal o con algún defecto. Cuando llegaron mis papis yo me atoraba para contarles lo ocurrido y Margarita me interrumpía y ellos no entendían nada hasta que mi papa subió y bajó con el señor Friz del Castillo que seguramente del susto se había sudado todo venía chorreando hasta por los zapatos y como no había venido sino con lo puesto fueron a buscarle una muda de ropa y Eulalia lo llevó al baño de arriba a darse una buena ducha y a calmarse Eduardito para que después bajes a tomar un trago y nos cuentes lo que pasa. Como a un niño lo habían hecho subir y a mí me llevaron a la cocina tú ni palabra de esto a nadie porque es muy serio ya sabes a nadie ni en el colegio ni el pasaje ni a ninguna de tus amigas ni maestras aunque te hagan preguntas. ¿Ni a Ursula podía contarle? No ni a Ursula porque a lo mejor no te cree y luego lo repite sin pensar y la cosa está ahora que hierve. La mandaron a la cama, Eulalia que sabía de las molestias de la camiseta la ayudó a lavarse y en el cuarto del balcón la había arrullado como a una bebe, gozando ella de su olor y la tersura de su piel a pesar de la vergüenza, ya tan grande, le había cantado en voz que casi no se oía unas canciones de antes que no las oía nunca sino de Eulalia, hasta que la respiración se le había normalizado y el pecho lo sentía suave y sin más picos. Cuando vino Pichuza el señor Friz del Castillo debe de haberse echado a volar las escaleras de servicio porque oí pasos que subían de tres en tres en el cemento y al minuto que bajaban lentamente cuando

no es nada Eduardo te pones demasiado nervioso es solo Pichuza que viene de estudiar de la casa de Teresita Ramírez. A Pichuza también la mandaron a acostarse y porque quería enterarse de cómo había llegado el papá de Amelita, ella logró convencerla que durmieran juntas en el cuarto del balcón. Pichuza en medio de la casi oscuridad ¡uy! si supieran las chicas qué dirían con la prosa que siempre se han echado las Friz del Castillo ¿te acuerdas cuando ese día vinieron a pasar el domingo aquí en casa y también vinieron de visita los compadres Nagasaki y papá nos quisó mandar a todas a la matiné y las dos detallosas que mi mami no nos deja salir con chinos y tantos aspavientos que vienen de la mejor familia del norte cuando todo el mundo sabe que el apellido se lo han compuesto ellos mismos y tan subiditas que mamá dice que la señora Amelia no contesta el saludo sino cuando le conviene y para hablando pestes de los serranos. Pero había terminado por adormecerse. Recogía visiones antiguas, Úrsula y ella en una foto en que tenían unos cuatro años, las dos haciendo pucheros, sentadas torpemente en una fuente del Parque de la Reserva, y más tarde los primeros días de la preparatoria cuando apenas se habían hablado sencillamente por conocerse de antes, disforzándose más por esa razón, y luego, los diferentes intentos de ser amigas, el prestarse los crayones, el convidarse galletas de vainilla, el pedir turno juntas para repartir los cuadernos o colocarse una al lado de la otra en las filas de los recreos y después la presencia de Marcela que pared se interponía directa o indirectamente para evitárselo y por último esa tarde de setiembre en el primer año, cuando caminaban ambas de regreso del colegio porque era viernes y esa noche se iban a pasar el fin de semana a Chosica. Venían sin apuro en la tarde caliente, encogida ahora dentro de las frazadas, sentía

la voz bien timbrada de Úrsula quejándose de que se moría de sed entre el olor intenso a hierba recién cortada que se mezclaba con el pan de las calles Talara y General Garzón. Vio nuevamente al heladero que salía de uno de los caminos del rosedal del Campo de Marte, rumbo a ellas y contaron rebuscando en las cartucheras las pesetas que tenían, tirando por la vereda a **Dick and Jane** la gramática, la libreta de **Spelling** y alegrándose que les alcanzara para un Buen Humor y un chupete. El heladero les sonreía con una nubecilla en el ojo derecho, les sonreía abiertamente mientras le pedían los helados y oía aún como es que había comenzado a hablar con un dejo desconocido y ligero, tan extraño que no le entendían nada. De donde estaban podía divisar ya el balcón de la casa, pero Úrsula muy fresca se reía oye chuncho háblame claro y entonces el otro había escupido en su mano derecha y estirándosela la levantó hacia la cara de su amiga huele niña. Ella le jalaba de la chompa azul vámonos Úrsula en mi casa tengo plata vamos al Capri, y Úrsula nada, allí parada como si estuviera peleando con alguna chica en el patio del colegio, la mano en la cintura y el torso adelantado, alzando la voz pronto tarado danos los helados. Todavía ahora no podía saber cómo es que se habían hallado mirando el sexo enorme del heladero que apuntaba hacia ellas y que salía y se escondía tras el pellejo dirigido por los dedos. Echaron a correr y cuando habían llegado a la esquina de la casa lo podían ver aún inmóvil en el mismo lugar donde Angamos se ondeaba hacia la derecha frente el Campo de Marte, el carrito amarillo y el uniforme blanco contra el gris de la pista. Eulalia mandó a buscar el patrullero del coronel García y Adelaida las acribilló de preguntas, pero nunca más lo volvieron a ver. Adriana le sacudía el brazo no seas sonsa vamos a jugar con las muñecas, aunque bien sabía que Adriana nunca jugaba a la casa, que

al contrario, se burlaba antes de ella las pocas veces que había sugerido hacerlo. Era solo para desarreglar el cuarto siempre tan quedo dentro del mismo orden y el mismo olor rancio y el mismo polvo que era lo único que parecía cambiar de color. Mira el juego de té tan pequeño y de porcelana amarillo vivo con azul eléctrico mira la jarrita de crema azucarera tetera y cucharitas, no toques Adriana por favor no toques, si rompía algo tendrían que confesar que habían venido allí sin permiso y las manos de Adriana iban furiosamente de un lado al otro, tocándolo todo, moviéndolo todo, sacando un plato de su lugar y colocando un pocillo, echando de espaldas las sillas y las mesas de filigrana, poniendo de cabeza los bancos, trastornando las muñecas y los cojines, solamente al chumbeque, tirando en cualquier rincón como de costumbre, lo habían dejado en paz. Cuando volvió a descansar los ojos en el muñeco negro, una silla de filigrana, más pequeña que un dedal, cayó al suelo entre las piernas de Adriana y la prima sonriendo era broma no me la iba a llevar era solo broma, pero no, era cierto, Hermelinda Bocanegra había ido al **Lost and Found** a recoger sus lápices de color **Mephisto** y los usaba delante de ella en clase de dibujo con toda tranquilidad a pesar de que tenían sus propias iniciales grabadas con la navaja que Adelaida usaba en la cocina, esos colores eran de ella, que mirara nomás las iniciales, y Hermelinda me los encontré en la calle y lo que se encuentra en la calle ya no es de nadie, pero era mentira, mentira porque los había dejado olvidados esa mañana bajo la higuera que no da fruto y le voy a avisar a miss Violeta que no fuera tonta le sonreía Hermelinda con todas las pequeñas cicatrices de su cara, era solamente por gusto y de nuevo a retornar sabe Dios cuántos años a Tarma, la primera vez que se habían mudado para siempre a Lima, allí estaba Elsita

Callido empuñando en la mano las fichas de la quina cuando hacía un rato nada más ella había estado guardando los juegos de Pichuza desparramados por el suelo y al volver del baño Elsita le mostraba la mano te vendo estas fichas por un sol, pero si las fichas eran suyas, eran de su hermana y la otra que continuaba sin moverse con el brazo horizontal sin soltarlas, empuñándolas más fuerte, te las vendo por un sol me las encontré botadas en la huerta. Ya estaba por salir a llamar a Eulalia cuando qué sonsa eres si es por broma por jugar solamente y Adriana ponía con cuidado la silla junto al resto del juego de sala y sin apagar la luz dejaban el cuarto para no hablarse más esa noche y porque a Pichuza también le había dado sueño y no le hacía más preguntas. El doctor Coromina no era un señor lo que se llama señor, era más o menos primo de alguien que era familia de ellos y no era médico como decía Margarita sino solo estudiante y no de medicina propiamente porque había oído decir que estaba haciendo su práctica en Larco Herrera donde vivían los locos. Si hasta ahora se acordaba de él paseando en su bicicleta con Hugo Rosales que había sido enamorado de Pichuza un verano. Estaba sentado en el sofá y sonreía qué tal gordita cuánto tiempo sin verte qué me cuentas pues. Ella miraba su zapato marrón del colegio porque tenía la suela suave y se podía jugar bien al mundo. Le estaba dando calor, la camiseta le picaba en la espalda y dentro de un rato le iba a dar ese malestar tan feo que viene de la picazón y que le hacía sentir cólico en el estómago, el aire de la casa le permitía respirar solo a medias, se sentía embodegado, a cigarro y la Margarita no abría nunca las ventanas sin permiso porque después si ella se resfriaba le echaban la culpa. Las tres mujeres estaban medio desnudas, las tapaba un velo crema que les cubría parte de los senos y un poco de la cin-

tura y las piernas. Estaban junto a un río y una de ellas tenía un cántaro en la hierba y se estaba agachando, la otra estaba parada esperando a la tercera que recién había llegado y las tres tenían el pelo castaño y recogido por unas diminutas flores celestes. El perfil de la del cántaro era igual al de las figuras griegas del libro de Historia Universal en inglés y la recién llegada estaba contenta porque eran sus amigas, tenía algo que contárles y después se bañarían en el río. No había nadie más al contorno, ni se veían casas, ni ciervos, ni pájaros. Del pasaje no salía un alma. A su izquierda mirando de frente estaban las ventanas del comedor y su madre se quejaba qué poca luz tenemos en este comedor no hay como aquellos que dan a un jardín interior. Las cortinas de la sala estaban corridas pero la gasa no le dejaba ver la calle. Abrió el vidrio de la puerta del jol y Coromina pegando un salto ¿a dónde vas? Tenía calor y estaba bien. Las mellizas Olórtegui estaban afuera, las oía sentada en el banquito de cuero que es nada más para poner los pies. Eran grandazas, mucho más que todas las de su salón, exceptuando a Iris Bacardi que era gigante. Nadie podía distinguirlas, aunque si uno se fijaba con cuidado, Rosa tenía un lado de la cara un poco torcido como diciendo siempre a mí que me importa. Eran de lo más lisureras y Eulalia no quería que jugase con ellas porque llevaban los trajes muy cortos y se les veía el calzón sucio en el verano cuando se subían el pelo se les notaba la carca en el cuello y Eulalia al pasarle con cuidado antes de acostarla la toallita empapada de jabón Palmolive a la gente limpia se le conoce por el cuello. Además hacían trampas hasta entre ellas mismas y vociferaban y se empujaban y se decían pestes y las dos al poco rato muy tranquilas sentadas en la grada de su puerta comiendo un chupete que se lo prestaban de boca a boca y murién-

dose de risa cada vez que pasaban chicas al regresar del colegio. Cuando acababan de mudarse a Angamos, le daba vergüenza tener que caminar por la vereda de las mellizas porque le gritaban ahí viene la flacuchenta que si no camina se la lleva el viento. Todos los días con la misma cantaleta y ella se acaloraba y se hacía la desentendida revisando su maleta que la traía colgada del hombro como si se le hubiera perdido algo, para disimular lo mucho que le molestaba. Ahora no le decían nada, pero sospechaba que se burlaban de ella cuando estaban solas, más fuera, la ventaja que tenían las otras, eso de tener una hermana de la misma edad, exactas casi y ni siquiera tener que ir al colegio. Por qué no iban al colegio no sabía. Cuando les había preguntado su mamá, se habían alzado de hombros que es mala costumbre. ¿Y qué hiciste ayer? Coromina le sonreía. Nada, había jugado y había leído. El otro seguía ¿por qué no me quieres conversar? Ella desviaba los ojos hacia las flores que eran rosadas, rojas y azules y estaban al contorno y al medio. Si las pisaba al venir del comedor o al entrar del jol se iba a sacar malas notas. Nunca ponía el pie sobre ellas y se chocaba por saltar contra el banquito de cuero, Eulalia se quejaba esta niña es peor que un varón, pero él déjala que los niños necesitan ejercicio. Había una guirnalda rectangular y el Mar Rojo al centro que era hondo y salado y caliente y de chica cuántas veces no había estado por ahogarse pero trataba y se concentraba y alcanzaba por fin las algas verdes y los lirios azules que eran mágicos y que la sacaban chorreando de sal antes de que se convirtiera en una estatua. Las tres mujeres inmóviles siempre, para siempre, con algo que tener que contarse y la del cántaro estaba seria porque era la única que tenía que hacer todo el trabajo. Coromina esperaba y ella fui a la casa de Isabel por la tarde y jugué allí has-

ta el lonche. Coromina tenía tres granitos en la frente, tres estrellas, tres Marías, tres hermanas, el Padre el Hijo y el Espíritu Santo la costa la sierra y la montaña la regla del tres y los tres lados del triángulo la prueba de una adición se obtiene fácilmente con una segunda operación hecha con el propósito de comprobar la exactitud de la primera se llama polinomio aritmético una sucesión de adiciones o substracciones todas posibles el kilogramo es la masa del patrón internacional de platino iridiado depositado en el pabellón de Breteuil de Sévres. Estaba fumando y ahora iba a apestar peor. Dentro de la camiseta ¿qué le importaba a él lo que habían jugado? Isabel antes iba a su colegio, pero por cuestiones de beca o líos ahora se quedaba en su casa y Eulalia le daba todos los libros que ella ya no usaba y algún día, si eso era posible, Isabel daría exámenes para poder seguir pasando de año y no repetir a la madre que siempre había sido sirvienta. Eulalia empaquetaba esmeradamente los libros ayudándole a borrar uno que otro subrayado pobre chica qué culpa tendrá ella tan inteligente de no poder ir al colegio por ser pobre tú no sabes cómo serán las escuelas fiscales yo hacía lo mismo prefería que no fuera pobrecita quedarse en ese cuarto donde vive todo el día haciendo de madre porque eso es lo que viene a ser para el bebe. El otropobrecriatura se les había muerto el año pasado, cuando Raimunda vino a la media noche llorando, se habían prestado el patrullero del coronel García que para algo serviría y lo habían llevado al Hospital del Niño aunque de todas maneras se había muerto. Tenía deseos de rascarse el tobillo y no sabía como hacerlo sin llamar la atención de Coromina. La cantidad de veces que le habrían dicho que no fuera al otro cuarto vacío en la azotea y ante sus preguntas qué chica para curiosa esta queriendo averiguar lo de aquí y lo de allá, y entonces ¿por-

qué lo tenían con llave? Adelaida ¿y se puede saber por qué es que no lo podemos tener con llave y a nombre de quién tantas preguntas? y ya te ando advirtiendo que el mejor día por curiosa te vas a llevar un susto. Alguna vez se olvidarían de tenerlo con llave, y se iba de buena cara a soplar globos de jabón a la azotea cuando el abuelo ocupaba el cuarto del balcón y si Margarita no estaba en casa, entraba a su cuarto y le abría los cajones para ver qué cosas raras podía tener. Margarita siempre muy pulcra. Le habían enseñado desde hacía años, recién bajada de la sierra, a bañarse todos los días y a cambiarse de ropa interior a menudo. Sus faldas las tenía dobladas con cuidado en uno de los cajones de la cómoda porque el cuarto no tenía ropero. En otro cajón, las blusas y dos chompas, y en el primero encontró pañuelos bordados, cartas amarradas con una cinta de regalo, un pomo de goma, pintura de uñas, tres navajas de afeitarse nuevas, sobres y papel de carta, aguja e hilos de diferentes colores, y de lo más extraño, boletos ya usados de ómnibus, de tranvía y de cine. Le gustaba mirarle sus cancioneros que Margarita no los prestaba así nomás. Cuando andaba tras ella rogándole a veces accedía bueno pues te presto uno por uno y anda a la mesa del comedor y copia los cantos que quieras y cuando me lo devuelves entonces te presto otro. En un cancionero de tangos había encontrado la letra de **nació de ti buscando una canción que nos uniera**... y que de chica le había gustado tanto que cuando lo escuchaba en el radio terminaba por hacerla llorar. Iba luego a secarse las lágrimas donde Eulalia o Adelaida o Pichuza, hasta donde la hermana mayor que en esa época había vivido todavía en casa, pidiéndoles cántame eso de **fantoche herido del dolor** y le ponían mala cara ¿de qué estás hablando ahora? o bien esas cosas locas que saca esta niña por no poder salir a jugar como

todos los niños afuera déjame en paz ¿no ves que estoy cocinando estudiando tratando de medirle la basta a esta falda? Isabel tenía **Penecas** que su padrino le traía puntualmente todas las semanas. El padre no quería que ella leyera revistas sino solamente libros porque de otro modo se acostumbran a las figuritas y crecen sin saber nada de nada que lo mejor de la vida y la sabiduría de los años y la historia se halla en las páginas de un libro. Adelaida compraba **Para ti**, a veces traía **Vanidades** y lo que Eulalia no permitía en casa eran los **Cuéntames** que últimamente Pichuza leía escondiéndolos entre las hojas de una carpeta. Un día él había quemado cuatro novelitas de Corín Tellado y Pichuza lloraba en el baño porque ni siquiera eran de ella y ¿cómo iba a explicarles a sus amigas que tenía un padre maníatico? El sábado ayer había estado chispas, con bastante sol y con una brisa que había empezado a soplar desde la mañana. Este día sin embargo, había llegado espeso y con muy poca luz. Ese era el clima triste y nublado de Lima que lo deprimía a él muchas veces y era también la causa de que ella se encontrara tan enfermiza. Afuera las mellizas continuaban jugando volley, si fijaba la oreja escuchaba los saques firmes de Rosa seguidos del salto y del grito frustrado de la otra. Cuando jugaban matagente tiraban la pelota tan fuerte que si le caía en la pierna se le formaba como nada un morado y en el estómago peor, eso ya era peligroso, Carolina Cáceres había vomitado en el colegio por un pelotazo en la mitad de la clase de geografía, un mapa amarillo y verde con montecitos crema y ríos qué asco los granitos de Coromina ¿qué hiciste ayer con Isabelita? Habían jugado hasta la hora del lonche. Se puso de pie porque quería estar segura si era volley lo que jugaban las mellizas. Coromina ¿oye adónde vas? Tenía calor y estaba bien, iba solo a abrir un poco más la puer-

ta porque el cuarto de los retratos no tenía ventanas y la única luz que entraba era una apenas luz y el pesado allí frente a ella con su aire preocupón mirando incómodamente las sillas tapizadas en vino oscuro y los retratos en las paredes de flores desteñidas que casi no contrastaban con las sombras de ese salón. Coromina se inclinaba hacia ella a que este cuarto te da miedo gordita. Ella le argüía con rabia que no, que venía siempre a jugar precisamente en ese cuarto. ¿Era posible que tan pelusa y que no tuviera miedo de nada? Y de nuevo te apuesto que hay un montón de cosas que te asustan. Antes con Pichuza, si lograban evadirse de Bigote-e-gato, se dirigían a la cocina de la tuerta María después de la comida, en puntas de pie a la cocina de la Quinta que era muy pequeña y negra. Para los cumpleaños o las fiestas grandes, venían las Chinas del centro a ayudar en los preparativos porque nadie cocinaba como ellas y andaban refunfuñando y chocándose entre las tres por no haber espacio suficiente en donde moverse. Al llegar a ese hueco a Pichuza se le encogía la nariz porque odiaba el olor a cocina y aquí era peor puesto que no había ventilación de ninguna clase y la estufa que tenían era una de carbón de la época de la mamá de la tía Cornelia, renegrida por la suciedad y por el tiempo. Solamente se veía un caño y un lavatorio chico que habían agregado hacía unos diez años y donde el sobrino de Casimiro enjuagaba cada plato para secarlo al momento sin haber usado agua caliente y jabón. El se quejaba, con lo quisquilloso que era para esas cosas. Desde esa vez que en un restaurante en Barranca se había equivocado entrando a la cocina en lugar del baño, se le había quedado la costumbre de hacerse el disimulado para ir a investigar el estado de limpieza en que se hallaba el sitio donde iban a comer. Ese día en Barranca salió de allá al fondo con mala cara aquí no

podemos almorzar y Eulalia mortificada pero Gitanito si ya hemos pedido del menú, pero nada aquí no comemos, nos vamos a otra parte la cocina está repleta de moscas y porquerías y con mugre en el delantal y en las uñas, se sentaban en dos banquitos que tenía la María bajo la mesa y Pichuza anda pues Maricucha cuéntanos cuentos de ánimas. La cocinera al abrir la boca soltaba sus dientes pequeños y torcidos, con los colmillos puntiagudos y más grandes que el resto que se adelantaban a marcar el labio inferior no niña ¿acaso son cuentos? son la verdad que así como hay Virgencita y hay Dios también existen las ánimas, los santos, los ángeles y también existe el diablo para tentarnos el pellejo y hacernos sufrir. Pichuza en esa época yo no creo ni en Dios ni el diablo porque soy librepensadora y tengo conocimiento de que el hombre es un organismo evolucionado y tengo fe en él y si vengo a escuchar estos cuentos es porque me divierten y porque allí están jugando póquer y tomando y como no hay baile estamos aburridas sabe Dios a qué hora vamos a volver a casa anda pues cuéntanos algo. El ojo izquierdo lo tenía cerrado totalmente. Adelaida dicen que se le hizo una infección cuando era chica y lo perdió en unos días y entonces tuvieron que coserselo. La María se acomodaba en su silla vieja en mi pueblo niñas, como a cuatro cuadras de donde yo me crié, había una finca de gente decente, unas personas de Huancayo. Una vez, al día siguiente de las Pascuas, porque los sirvientes todavía no habían regresado del baile en el pueblo y no los esperaban sino hasta muy tarde, la patrona mandó a uno de sus hijos a comprar carne para el almuerzo y el hijo estaba rabioso de tener que hacer compras como mujer y salió maldiciendo a la familia y a Dios y a la Virgen. Quién les dice que el carnicero muy amable le toma los soles y le dice ha venido usted con suerte, mi primo se ha sacado el premio gordo de la lotería en Lima y yo ha-

bía prometido a San Cristóbal, mi santo patroncito, que a las diez personas que vinieran a comprarme después de que yo supiera la noticia de haber ganado, les iba a dar doble de carne por el mismo dinero. El chico sin dar las gracias, todavía malhumorado salió para ir a su casa, pateando las piedritas del camino y maldiciendo sin cesar. Quién les dice que se encuentra con un indio viejo que estaba sentado a la sombra de un moye con un niño medio dormido en los brazos y que le dice patroncito usted trae en la cara la buena suerte, viene de donde el carnicero con harta carne en los brazos, regáleme un poquito para mi niño que se muere de hambre, si lo hace Dios le recompensará con creces y su mamacita nunca se dará cuenta por un poco de falta, y aunque lo supiera es caridad para los pobres mendigantes del camino. Entonces el muchacho, de rabioso que estaba, ha abierto el paquete y sacando dos buenos trozos de carne sin hueso, se los ha tirado a unos gatos que andaban rondándole por el olor a vianda y así silbando y pateando piedritas ha venido a su casa. Esa noche, niñas, sus padres del chico han escuchado gritos en su cuarto y han subido rápido a ver qué pasa y en la cama sangrando han visto al muchacho con los ojos de horror y a tres gatos negros que se escapaban por la ventana. Los brazos del niño estaban hasta el hueso sin carne y sus manos horribles y oliendo a azufre. Le han llevado a Lima, el padre se ha endeudado para hacerle viajar al extranjero, pero siempre del codo para abajo, vacíos de carne, el hueso no más roído, hasta que hace unos años le amputaron los dos brazos en Lima y dicen que lo tienen en un cuartito en la azotea escondido, que nadie le visita porque el pobre quedó loco, y a los padres les da pena y les da vergüenza, y hasta dicen que los huesos y las manos le crecen y ya ni amputárselas quieren porque de todas maneras el hueso

pelado vuelve a crecer. Pichuza se molestaba eso es pura mentira solo supersticiones si a uno le amputan el hueso no le puede crecer y ella con una voz muy chica sí pero si es milagro. Pichuza voy a avisarle a papá que crees en milagros los milagros no existen es para que la gente espere y espere y esté mientras tanto satisfecha con lo poco que tiene todo es dicen y dicen y nadie te puede probar los milagros. La María sin ojo reía sacudiendo el vientre redondo bajo el mandil mugriento esta niña habla a lo loco como masón el mejor día va a recibir su castigo del cielo igual que ese niño ciego de Jesús María hace poco no han leído en **El Comercio** que ha perdido la vista por malo y por no creer lo que la Margarita le había contado ella había dejado sus planes de conversar con Marcela toda la mañana y se había ido ese sábado con Margarita al mercado y esta paraquesepas que es cierto cerca al mercado en una esquina ahora han puesto flores blancas y también imágenes de la Virgen en esa ventana vasavertú. Había ido impaciente olvidándose hasta de no pisar rayas, con catarro y todo, el Vick Vaporub que le picaba en el cuello bajo una chalina marrón de lana, brincándole los latidos en el pecho mientras la Margarita oiga casera rebájeme un poco estos tomates porqué están tan caros si yo siempre le compro, no caserita cómpreme estos pepinos que ahorita los han traído en camión, y ella prendida de la canasta, sintiendo los jalones de la muchacha que camina más rápido qué andas colgada de la canasta. El temor de perderse entre tanta gente que casera, caserita, cómpreme, véndame, y la música de algún altoparlante y de los monitos y los borrachos que salían de las bodegas escupiendo y trastabillando, y tanto lío le gustaba y la ofuscaba. Cuántas veces no había soñado que se perdía y se la llevaban al Bajo el Puente y no la devolvían nunca a su casa y ella

lloraba hasta que se le iba toda el agua del cuerpo y se moría y la enterraban en un patio sucio y más tarde Eulalia ya vieja se enteraba de lo sucedido porque un hombre que de niño había sido testigo de su muerte iba a contárselo con el corazón lleno de pena y Eulalia, viejísima para entonces, con el pelo blanco y sola, porque todos se habían muerto o se habían ido a los Estados Unidos donde Pichuza que vivía en Nueva York con un gringo de esposo y cuatro niños varones, iba Eulalia como una loca al patio que ahora era un parque de niños lisiados y con las uñas escarbaba la tierra y encontraba un montón de huesos pequeños y un bulto de plomo en forma de corazón. Ese día ni siquiera le había pedido oye Margarita no seas mala llévame a ver los pollitos y los conejos, ni tampoco cómprame un globo con el vuelto, ni vamos allá a los puestos donde venden telas. La Margarita tenía una comadre injerta que vendía moldes, tijeras, hilos, percalas, aprenda a coser y ahorre, y casi siempre, después de hacer las compras se iba a charlar con ella, dejaba la canasta y la bolsa en el suelo o la ponían detrás del mostrador y la comadre le daba caramelos y las dos se ponían a conversar y ella a mirarlo todo, a sentir dulce los empujones, los gritos el olor a fruta, a pescado y a gente en la mañana. Más bien ese día apúrate Margarita qué tanto compras apúrate enséñame la ventana donde hacía unos días un niño que no había querido ir a misa y había pasado el rosario por el excusado, cuando la abuelita de buena que era le había servido huevos para el desayuno, el chico los había tirado con cólera contra la ventana, diciendo malas palabras sobre la Virgen y en la ventana con los huevos que se deslizaban sin prisa sobre el vidrio, la abuelita había visto muy claro la imagen de Nuestro Señor Jesucristo con su corona de espinas y los ojos tristes y cuando el niño había querido desviar la

vista de la imagen había gritado cubriéndose los ojos con las manos porque no podía ver nada. Más tarde había venido el sacerdote de la iglesia de Jesús María que no la terminaban hacía cuánto tiempo de construír y había bendecido la ventana y se había él mismo arrodillado. Estas cosas le contaban a Margarita las otras muchachas que ese día habían hecho la plaza. Aún en los periódicos había salido, pero ella no pudo ver nada porque había un grupo de personas empujando y rezando y las viejas apestaban y chillaban denme a mí espacio no tiren codazos yo estaba aquí la primera vez que te encuentre de ahora en adelante, recriminaba Pichuza, caminando al colegio, contando mentiras de esta clase le cuento a mamá y te vuelven a meter en el closet de arriba por toda la tarde hasta que te quedes dormida igual que ese sábado que viniste con no sé qué cuento de que te habías ido a la casa de Anita Campos a visitarla porque su hermano estaba mal y ella no podía salir y se habían ido tú y Elena al Palermo sin permiso a ver una película de mayores ya sabes te acuso a papá también que no quiere que creamos en milagros ni supersticiones ni tonterías porque las ánimas no existen. Ella sabía, escupiendo cuando la hermana miraba de frente entre las rayas de la vereda, que Pichuza le hablaba así nada más que porque andaba mal en los cursos y estando solas en la mañana, gozaba en resondrarla. No iba a saber que ya hacía tiempo Pichuza se callaba si sus amigas o las tías o las primas mencionaban milagros o cualquier asunto relacionado a la religión. Ella estaba, no obstante, atolondrada con la cuestión ¿y lo que dicen de Juanita Carrasco? eso también era mentira, continuaba Pichuza, Juanita Carrasco se había muerto porque tenía un tumor congénito en el cerebro y se acabó. Ella ya no sabía que pensar. Nunca se había fijado en Juanita Carraso aunque caminaba

por General Garzón para ir a su casa y ella a veces también tomaba ese camino. Marcela no podía verla porque era mandamás y se cree la muy linda por tener el pelo claro cree que cuando es inspectora puede ir y gritar a su gusto a medio mundo. Un día no vino al colegio y las de cuarto año salieron del salón muy silenciosas hacia el patio, algunas lloraban en el hombro de otras y decían no puede ser, pero ya les habían dado la noticia que Juanita Carrasco se había muerto en el Hospital del Niño después de haber estado allí apenas el fin de semana y antes de que los padres pudieran cambiarla a una clínica decente. Al poco tiempo empezaron las historias que de noche siento su voz que me dice ustedes eran malas conmigo no me podían pasar cuando yo hacía solo mi deber y era una inspectora estricta y a mí peor porque un día en el baño me dijo cuando me muera te voy a rascar en los pies y vas a saber que soy yo y a mí qué te cuento juntas habíamos hecho un pacto que si una de ellas se moría antes que la otra haríamos señales desde la otra vida y a mí peor porque yo me sentaba junto a ella y cuando miro su carpeta vacía a veces oigo que cruje como si ella se agachara a sacar los libros del cajón y Marcela yo he oído a dos del cuarto año que en el recreo estaban hablando cerca a la fila de los columpios y una de ellas Catalina la flaca que era su mejor amiga decía que la sueña todas las noches y que la araña en sueños porque a los muertos no les deja nunca de crecer el pelo y las uñas y que sus padres han dicho que si sigue con pesadillas la van a tener que llevar al médico. Marcela tampoco creía pero no como Pichuza, a Marcela, especialmente en ese tiempo la había tenido muy seria el mareo que sintió una vez que iba en taxi a la casa de Marina ese día que se habían divertido jugando a los novios con los muñecos que hacían las tías. Al principio

Marcela no quiso jugar y creyeron que se estaba haciendo la trágica. El mentón le temblaba y tenía los ojos velados quiero irme a mi casa no quiero jugar hoy me siento mal. Entre Marina y ella la habían convencido que al rato se sentiría bien, que a lo mejor se trataba solamente de náuseas porque los taxis a veces huelen a cuero podrido y a gasolina y Marcela no tiene nada que ver con eso es que me ha pasado una cosa rara y ahora me siento con ganas de irme a mi casa. Por más que procuraron indagar sobre lo ocurrido no habían podido sacarle una palabra y poco a poco, siendo Marcela la que inventaba los juegos y se adentraba en ellos completamente, había empezado a cambiar de gesto y las tres se habían compenetrado a la larga en el plan bastante complejo de jugar a los mayores con los juguetes. Toda esa semana y también la otra sin embargo, ella detrás de Marcela ¿qué te pasa? ¿qué tienes? Marcela la miraba fuerte sin descansar los ojos que daba miedo y luego cruzaba los brazos sobre la carpeta y reclinaba la cabeza como si estuviera castigada y haciendo **heads down** en preparatoria. Dos o tres veces miss Violeta Marcela ¿qué ocurre? ¿te sientes mal? La otra no respondía y el resto de las chicas en el salón odiándola porque se daba aires dramáticos. Cuando sería, ni por qué, que en el cuartito de las escobas del segundo piso cerca a la biblioteca del colegio, se habían escondido para terminar un paquete de maní antes de devolver unos libros. Ambas riéndose porque estaba muy oscuro con la puerta cerrada y porque no encontraban dónde poner las piernas sin que tuvieran que rozarse, arreglándose por fin pierna sobre pierna, cosquilleándose sin querer y con los nervios que don César viniera a buscar un trapo o un balde y las hallara ahí a las dos. Marcela si no le cuentas a nadie júrame júrame, te juro, te voy a contar lo que me pasó cuando estaba

en el taxi ese sábado. A Marcela que nunca le faltaban las palabras, se las andaba copiando de los libros y le gustaba leer el diccionario, se le cortaba la voz y no podía explicarse bien. Le vino un trauma raro sin premeditarlo ni fijándolo de la forma más leve antes de que ocurriera por su propia cuenta. En el taxi estaba muy contenta pensando que iba a pasar la tarde con Marina y no le importaba que el tránsito estuviera más lento que nunca en la Bolognesi ya que su mamá quien la estaba llevando no tenía apuro esa tarde, cuando de pronto pensó que Marina en su casa estaría pensando en ella y estaría sintiéndose a su vez contenta por el hecho que sus amigas llegarían en cualquier momento y que esa mañana, cuando Marcela se había levantado de la cama, aún antes, cuando recién se había despertado y había pensado, rodeada de su olor y el de las frazadas, igual allá en su casa, Marina, aunque no fuera a la misma hora, también se había despertado pensando y había sentido su propio olor y el de sus frazadas. Y qué, ¿y qué de malo había en eso? todo el mundo se despierta y piensa, pero Marcela movía la cabeza en la oscuridad si ya sé ya sé solo que cuando te lo digo no sale como cuando lo pensé esa tarde ni como lo siento ahora y de todas maneras ya no soy la misma vieras he cambiado mucho por eso. Volvieron sin mirarse a la clase, incómodas la una con la presencia de la otra. Ella reñía mejor no me lo hubieras dicho Marcela te está pesando el haber hablado y así no vale. No era la primera vez que no la comprendía y que dejaban algo a la mitad sin intentar de llegar a un acuerdo que las dejase tranquilas a las dos. La otra vez, en segundo, Carolina Cáceres, sabe Dios por qué, una tarde que vino como de costumbre a su casa a esperar que su mamá saliera del trabajo, le llevó su colección de platinas que era la mejor y la más cuidada de la clase.

Ella contemplaba el libro viejo de historia del Perú, las páginas amarillas con los dibujos huachafos y descentrados y las platinas brillantes y sin una arruga, una platina entre cada dos páginas y le preguntaba pero por qué, por qué? Carolina feliz se sonreía no sé me cansé de ellas y como siempre he sabido que te gustaban tanto ahora mismo en el camino a tu casa qué te cuento aquí mismo casi en la esquina decidí que te las iba a regalar. Estuvieron contentas como locas esa tarde, riéndose de cualquier cosa, imitando a las **teachers,** jugando a los cuentos y a las películas. Durante la semana había pensado sobre la almohada hasta que el sueño le obligaba a cerra los ojos en lo que podría ofrecerle por las platinas. Llegado el viernes tenía la caja de música envuelta en un papel de regalo que había ido ella misma a comprar a la librería **El Estudiante**. Detrás del sofá de la sala le entregó el paquete y Carolina lo abría ¿acaso es mi santo? y ¿qué cosa es esto? El lunes, Carolina había llevado la caja de música al colegio y las chicas encantadas escuchando una y otra vez el Danubio Azul. Marcela se fruncía desaprobando y en el recreo ponía una cara de burla, mirándola de reojo y sin querer acercarse a ella. En un comienzo había pensado que tal vez estaría celosa, pero algo le decía que no era eso y después de preguntarle varias veces y a ti ¿qué bicho te picó? la otra le había contestado sube y baja los brazos eres de lo más ni siquiera sé cómo llamarte qué tenías tú que hacerle un regalo ¿por qué tienes que devolver retornar comerciar? ¿no se te ocurre que estás borrándole el regalo a ella? Tampoco esa vez se habían hablado o mirado de vuelta a las clases y nunca más habían comentado la caja de música, todavía, sin embargo, si escuchaba que alguien silbaba el Danubio Azul o si le llegaba del radio o en el arranque de las fiestas, le daba comezón el recordar la

actitud de la otra. Coromina le hacía dibujitos en el aire con los dedos y ella se rascaba el tobillo con la suela del zapato oye peque te estás distrayendo todo el rato dime pues ¿qué te da miedo? No le daba miedo nada, y el otro y ¿cómo Pichuza me contó que eras una maricona para la altura? Ahora ya no, hacía tiempo, se iba con Elena a la azotea a ver quien duraba más rato con los ojos cerrados, paradas sobre el muro que apenas tendría treinta centímetros, tan angosto que no podían poner los dos pies juntos, sino uno delante del otro. Ella pensó nunca poder lograrlo porque era el tercer piso y hasta del balcón cuando iba a soplar globos de jabón, le daba miedo recostarse en los barrotes de hierro. Elena que había hecho su Primera Comunión hacía unas semanas, le aseguraba que si decía el Credo mientras te paras no te caes y si te caes lo haces para el suelo de la azotea. Elena lo había hecho al primer intento, una dos y tres, sin cerrar los ojos, y a ella de verla el susto le estaba por reventar las orejas. La segunda vez Elena había vuelto a pararse en el muro con los ojos cerrados y los brazos elevados como si fuera a echarse a volar, recitando el Credo en voz alta, y entonces ella por no quedarse atrás, recordando al Angel de la Guarda de su cuarto, decidió subirse y una vez con los dos pies seguros y sin zapatos, por su cuenta el miedo había cesado, no miró de frente hacia abajo, se puso al contrario, a mirar la azotea de los ingleses, cuya casa no era parte del pasaje, el piso muy limpio y barrido, sin el boxer que generalmente les ladraba porque se lo habían llevado a Chaclacayo, y un poco más allá alguna ropa blanca tendida en unos cordeles de nilón. Poco a poco se fue atreviendo a más. Volteaba la cabeza, ayudada por los brazos, rogando que no pasara nadie y gritara desde la vereda, y miraba en dirección al Campo de Marte, distinguiendo el Obelisco

y casi le parecía divisar algunos edificios de la avenida Wilson. Entusiasmadas ensayaron otras cosas. Los muros que dividían las casas del pasaje eran como de un medio metro de grosor y abrazándose, pegando el cuerpo entero a ellos, pasando con cuidado una pierna y luego la otra, llegaban a ir de azotea en azotea hasta la casa del fondo y averiguaban lo que los otros tenían en los cuartos de las muchachas, o bien se reían de la ropa que encontraban secándose al viento de las tardes. Subían con la excusa de que se iban a jugar mundo porque transitaba mucha gente en la acera o diciendo que soplarían burbujas de jabón. Nerviosas y en silencio dibujaban los cajones con un trozo de tiza o bien derretían el Ivory con paciencia en el baño, y con cuidado enrollaban un papel de cuaderno a rayas, para después descartar el mundo bien trazado y el vaso con jaboncillo ya listo, midiendo calladas el tiempo, dos idas al cielo y una venida, cinco pompas cada una, y acordando con los ojos corrían a los muros. El juego de las azoteas por un tiempo fue el favorito porque eran esclavas del Sultán de los Arboles Negros y estaban por fin escapando una suerte horrible oprimidas rompían la ominosa cadena y se iban en busca de la libertad hasta que un día que huían de los perros alados de colmillos diamantinos, se dieron con la abuela de los Tassa que se encargaba a veces de hacer el lavado, aunque según sus propios cálculos, no le tocaba ese día antes de empezar el juego habían revisado el horario que tenían preparado para cada una de las familias, y que las vio de la escalera de servicio cuando subía con la canasta de ropa para tender. Ahora iban a ver esas muchachitas endemoniadas, Bigote-e-gato les tiraba de la oreja, ahora van a ver ustedes malagradecidas perversas aquí se pasa una la vida criándolas con cuidado preocupándose de lo que comen de lo que no comen de lo

que llevan puesto de las gripes y las indigestiones de lo que escucharán en la calle de que no vayan a contagiarse de que no anden solas en lo oscuro quedándose una a media noche con los ojos abiertos sin poder dormir pensando y qué sucedería si mañana hay un terremoto como el del cuarenta de día y las pilla en el camino al colegio y siempre una con el corazón en la boca de que pueda ocurrirles quién sabe que desgracia y ustedes dos como palomillas sin familia arriesgando la vida que es regalo de Dios y yendo a fastidiar a los vecinos. Elena comenzó yo no quería hacerlo, y ella tú sabes tía que me da vértigo la altura Elena me enseñó, y la otra abriendo la boca como si estuviera escuchando lisuras ¿quién? ¿yo? mentirosa mentirosa tú me enseñaste con tus cuentos del sultán y con las cosas que aprendes de Marcela. El padre no estaba en casa y Eulalia optó por no encerrarla, prohibiéndole en todo caso que fuera a la matiné ese fin de semana vio con Adriana una película de Turhan Bey y María Montez. Margarita vino con la noticia el sábado después del almuerzo de que uno de los bebes de la mujer del calvito en el pasaje se había muerto. ¿Qué? ¿Qué decía? Eulalia se tapaba la boca con una mano y con la otra emblanquecía los nudillos sobre el respaldar de la silla coja y Adelaida le pasaba el brazo sobre los hombros no te emociones que te va a hacer daño. Ella de pie en la puerta que daba al comedor las observaba a las tres con la chompa que la ahogaba. Margarita dejaba la bolsa de las compras sobre la mesa que aún no había sido recogida desde la hora del desayuno dicen que estaba lavando en el patio y tenía agua hervida con lavaza y dicen que ha escuchado al bebe chiquito que lloraba en el dormitorio y ha puesto entonces la lavaza hirviendo en el piso y dicen que mientras que ha subido a darle el chupón al otro bebe en lo que ha regresado no más él de

un año y tres meses se ha metido cayéndose en la batea lo han llevado en ambulancia pero esa misma noche se había muerto. Eulalia la encontró allí escuchando tú qué haces oyéndolo todo anda arriba a leer o a dibujar te impresionas de lo que sea y luego te silba el pecho. Adelaida esa tarde la había llevado de compras al centro, de arriba a abajo en el jirón de la Unión, ni siquiera un helado en la botica Francesa, y el domingo muy temprano se fue con ella tomando el ómnibus porque no encontraban taxi en la avenida Brasil, rezongando entre dientes esos sinvergüenzas están durmiendo la borrachera de ayer y ahora tenemos que ir en ómnibus porque no nos queda otro remedio pero no subimos a menos que haya asiento libre ya les he dicho a ti y a tu hermana veinte mil veces que en esta tierra andan hombres sucios de intereses cochinos que se aprovechan de las niñas se van esta tarde a la matiné del Brasil, la mamá de Adriana le quitaba la chompa besándola y apretándola contra sí, no había ningún problema, Adrianita se iba a poner de lo más contenta de tener con quien jugar y luego de decirle a ella que se fuera al jardín interior a ver si Adriana andaba con la pelota por allí, parada en el corredor detrás de unas cortinas verdes las voces susurrando, piqueteando y cómo lo ha tomado Eulalia pobre mujer qué recuerdos y no estar él en casa, qué se va a hacer es buen marido pero para ganarse el pan tiene que viajar tanto, pobre Eulalia deberías haberle dicho que viniera a pasarse el domingo conmigo para qué estamos nosotros, y Bigote-e-gato ya sé cholita no lo iremos a saber pero más bien lo ha tomado con calma, se ha ido ayer a La Quinta con Pichuza porque de paso tenían que comprar la tela para los uniformes en el centro y hoy se reunen en casa con el grupo de la Ñata a jugar póquer. Oye peque no te duermas, Coromina se veía encogido en el inmenso sillón oscuro

este cuarto es medio tétrico ¿no se cómo pueden los tíos avenirse a vivir aquí atinotedamiedo? No le daba, y el otro oye peque ¿tú sabes quiénes son estos cómicos en las paredes? miren no más las delanteras que se gastaban las señoras de esa época qué bien papeadas que estaban, y se iba de un lado al otro contemplando de cerca a las mujeres de moño, guante y sombrilla y a los hombres de barba y bigote, erguidos en sus bastones. Oye peque cuéntame pues ya que eres tan valiente dime lo que hiciste ayer por la tarde. Al seguir a Coromina por el salón a veces tenía que rozarse con la pintura del niño que hacía tanto tiempo le había gustado. Aun cuando quería entretenerse mirando otra cosa, la figura la acarreaba con los ojos. Coromina se dio cuenta fíjate no más esta chiquita sabe Dios de que época se te parece miranomás tiene tus ojos exactos y el corte de cara no puede ser más parecido. Al niño del pasaje lo habían sacado en un cajón blanco. Margarita había visto todo desde la ventana del cuarto rosado y a Pichuza casi no había gente porque ellos no son de aquí dicen que son de Piura y qué van a tener plata los parientes para venir a acompañar de tan lejos cuando aquí estamos viendo que estos no tienen nada ni muebles siquiera y el señor Ponce que viene a cobrar el alquiler le ha dicho el otro día a tu mamá que van a tener que sacarlos que hace tres meses que no pagan el arrendamiento y ojalá que cuando se tuvieran que ir no se vengasen destrozando paredes, caños, losetas, cordones eléctricos y cosas por el estilo que rompía la gente cuando la obligaban a irse. Ese niño y el del cuadro muertos para siempre, eso de siempre, cada vez que le cruzaba por la mente le hincaba en todas partes, la empujaba a querer hacerse un ovillo, para siempre uno estaría polvo y el otro igual. Pichuza los cadáveres se van pudriendo poco a poco y ella con qué de-

sesperación pero si el cajón es limpio y está completamente cerrado ¿cómo van a entrar gusanos? En las noches cuando los padres se iban a la vermut y la tía Adelaida no estaba en casa o andaría tal vez por la azotea, las tres en la cocina alrededor de la mesa de diario pasaban un rato antes de que se fueran a dormir. Margarita sonsa los gusanos salen de tu mismo cuerpo y te comen primero los ojos la lengua el hígado los riñones y el corazón. Pichuza por momentos se hartaba y tú de dónde sabes tanto ¿acaso te has muerto alguna vez? Se reían y en realidad esas dos se llevaban muy bien contra ella, no pero había visto a los carneros y ovejas enfermas que se habían quedado al borde del camino y aunque no vinieran gallinazos, las moscas empezaban por esos sitios, entonces lo de uno mismo por allí también empezaría. Ella insistía ¿en los niños también? Pichuza le hacía muecas ya te estás ahogando por tonta en una taza de té contigo no se puede hablar de nada que ya estás haciendo tragedias no andes después repitiéndole a mamá lo que escuchas y asustándote de noche y metiéndote a mi cama. Claro que a los niños también ¿o ella se creía que la carne de los niños era diferente a la de los mayores? Fingiendo indiferencia recalcaba que le habían dicho que antes de los siete años un niño no tiene noción del pecado y que por lo tanto era incorruptible, pero Pichuza eso es distinto eso es lo que cree alguna gente porque piensa en el pecado y no sé en qué otras tonterías, entonces la Margarita se enojaba porque Margarita si creía en los pecados y no faltaba nunca a misa los domingos. Ella no podía aún ceder y cómo es que cuando fui a la casa de Marcela tenían un retrato de un hombre que ella al verlo había pensado que era una tía y que se llamaba Paramansa Yogananda y Marcela cuando el gurú se muera pondrán su cadáver para que

se exhiba y aunque pasen los años su cuerpo quedará intacto bajo la tapa de vidrio de su cajón. Pichuza esas son pamplinas que te están dando como a bebe el cuerpo es esto, y se tocaba el muslo levantándose hasta el borde del calzón el fuste y la falda azul del colegio porque Pichuza ya no tenía que cambiarse a ropa de casa después de las clases ya que era según Adelaida tan nítida esa chica, esto es el cuerpo y en el aula la voz de miss Violeta la respiración es la función por medio de la cual se operan los intercambios gaseosos entre un ser y el medio en que vive. Punto seguido. El ser vivo mediante esta función absorbe oxígeno y elimina ácido carbónico y vapor de agua. Punto seguido. El aparato respiratorio comprende la traquearteria, coma, los bronquios y los pulmones. Punto seguido. Las vías anteriores a la traquearteria son la cavidad de la nariz, coma, la boca, coma, la faringe, coma, la laringe, coma, y subrayaba en su cuaderno los nombres con tinta roja para acordarse mejor que las ramificaciones de los bronquios los terminan en unas cavidades cerradas. Pichuza ¿notedije? ¿yavés? ya empezaste a toser contigo no se puede hablar ni en serio ni en broma que terminas enfermándote. Al volver del cuarto de los juguetes al salón, se dió cuenta de que no podía respirar. La puerta enorme como era, la tenían abierta de par en par, no había suficiente aire sin embargo y el humo y la gente que bailaba se había usado todo el oxígeno y como no vio a Eulalia entre las parejas o las señoras y a Adriana no le molestaba el humo ya que se había sentado acurrucada en un lado del sillón, recostando la cabeza de sueño, salió para ver si encontraba a su madre en el cuarto de la tía Cornelia que más de las doce ya no aguantaba la pobrecita ya estarás cansada tiíta quieres una agüita de manzanilla ya van a venir a despedirse de ti los sobrinos y te vamos a llevar a

que descanses avísanos tiíta si algo te hace falta o si te llega el ruido de la orquesta. Empujaban su silla de ruedas con cuidado permiso permisito la tía Cornelia ya tiene sueño tan amorcito la tía Cornelia, tan querida, tan sencilla con todos y un aleteo de pasos, de brazos empulserados con cadenas de oro, de dedos blancos y morenos ensortijados buenas noches tiíta que duermas bien tiíta que amanezcas mejor tiíta. El cuarto de la tía Cornelia como siempre olía a apenumbrado. De la puerta vio a la enfermera y a una mujer que no se acordaba quién era que dormitaba en la mecedora junto a la gran cama en donde solo alcanzaba a divisar un poco de pelo rojizo entre el edredón y los almohadones. Eulalia estaría ya de vuelta en el salón y continuó buscándola, pegándose contra la pared a pesar de que no podía ver ni las rejas ni el patio de abajo a esas horas sin luz, y al pasar por el escritorio, allí estaban los dos, Eulalia y el tío Miguel, parados cerca de una pequeña mesa de tres patas delgadas, moviendo los labios porque a través del vidrio no se escuchaba, con la misma cara de pena que en retrato de bodas, cuántas veces tía Adelaida ¿y por qué está tan triste mi mami en el día de sus bodas? Bigote-e-gato qué tonterías muchacha no está triste sino que en un día tan importante en la vida de una mujer no se va a poner a carcajearse delante del fotógrafo además era tan jovencita tu madre se casó tan niña en tantas maneras no es por nada pero qué habría sido de ella a no ser por mí que me sacrifiqué y me avine a vivir con ellos desde que nació Zeidita. Adelaida también hacía labor y Carlota escuchaba puros dientes en el jol cuando venía a traer los manteles bordados o a crochet que le encargaba Eulalia para ayudarla y cuando ésta había salido la esperaban las dos conversando tú sabes Carlota que apenas tenía unos diecinueve años cuando se casó y que hu-

biera podido escoger allá en el centro o acá en Lima a quien hubiera querido hermosísima a pesar de su timidez, y Carlota ¿pero no dicen que de chica era muy sosa y que rehuía a la gente? Esos son cuentos, Bigote-e-gato arqueando las cejas y raspándose toda, cuentos porque era la más dada al estudio si qué cosa se crió como si todavía estuviéramos en la época de las vacas gordas con tutores y tuvo desde los seis años lecciones de arpa y más tarde de dibujo y de canto y leía francés y el abuelo que la favorecía cuántas veces a no comprarnos juguetes y macanitas telas y álbunes que de chicas nos hubieran dado placer no siempre acordándose de Lala libros aquí cuadros allá recitaba divino y de memoria una cantidad de poemas larguísimos y se quedaba con una vela o con la luna leyendo a Víctor Hugo aunque lo que más tenía era esa facilidad para el arpa dicen que cuando la trajeron a Lima al Conservatorio una vez que mi padre tuvo que bajar por cuestiones de los operarios y no sé qué ley los maestros se asombraron de lo mucho que sabía de música y en las fiestas con la cara larga eso es muy cierto a cuanto pretendiente se le acercaba le hacía el hielo mi madre pero ¿qué mejor partido vas a encontrar que con Luisito Peralta? adinerados buenmozos educados finos viejos y jóvenes detrás de la Lala y ella me cargan me aburren son unos adefesieros y Carlota bajaba los ojos a la labor con Miguel si se llevaba bien ¿verdad? De las escaleras sobre el jol sentía la raspadura de Adelaida pues claro más fuera habiéndose criado juntos él solamente un año mayor que ella y locos los dos por los caballos Casimiro que en ese tiempo no arrastraba los pies los llevaba de un lado al otro en potro cuando aún no podían andar y cuando Miguel ya más crecido subía a la hacienda para las vacaciones Eulalia feliz de tener un compañero para montar por los campos porque

tú sabrás bien a nosotras las mayores nos prohibieron los caballos pero como Lala era tan engreída y vino tan tarde se le permitía todo y en todo era buena menos en seguir los consejos de nuestra madre para que aceptara pretendientes que no me gustan que no tienen sesos y ya ves cómo es el destino viene el Gitano del otro lado del mundo sin un centavo a su nombre pero con unos ojazos enormes y ese acento tan bonito y que también le gustan a él los librotes y que él sabe cantar como un jilguero y de la mañana a la noche me caso que me quiero casar y a Eulalia a esas alturas no se le decía no si la señorita se quiere casar pues se casa y en menos de dos meses a pesar del terror que tenía mi madre de las habladurías se casó sin hacer noviazgo como se debe y claro al Gitano le fue muy bien en la compañía de los gringos hablaba inglés y con su empuje y ya ves que fue lejos aún así no sé y no es por nada qué se hubiera hecho la Lala sin mí tú sabes a las mayores nos había tocado aprender algo de la cocina y habíamos visto cómo criaban a los más pequeños pero la Lala una inútil hasta ahora no sabe distinguir entre el culantro y la hierba buena y Carlota con cara de pena ¿ya no toca? Adelaida suspiraba qué va con los años y los hijos esas cosas se olvidaban y peor después de su desgracia no quería saber nada de música, apenas bailaba de vez en cuando en las reuniones y eso que era ella la que tenía más gracia que todas sus amigas le decían al ver el retrato de bodas cuando les enseñaba la pieza estilo Luis XV de sus padres ¿esa es tu mami? qué linda qué jovencita parece que estuviera haciendo la Primera Comunión ¿y por qué está tan triste? y ella con lo del día importante que en el fondo no se lo creía, qué andaba en realidad pensando Eulalia con el misal de marfil y el rosario en las manos y los ojos allá lejos, los lablos sin moverse, sumida

en tanto blanco, el vestido cerrado hasta el cuello y la mantilla que se desprendía de la corona de azahares cubriéndole los lados de la cara y los hombros del tío Miguel casi la rozaban, detrás del vidrio los contemplaba azorada y por no saber qué hacer tocó la luna de la puerta y Eulalia al instante cambió a su expresión de jol y de escaleras ¿qué andaba ella haciendo por ahí? El tío Miguel sacaba un cigarrillo y lo prendía con aplicación, sin mirarla caminaba junto a ellas y en el salón donde el bullicio había cesado porque la orquesta estaba tomando unos tragos y secándose el sudor con sus pañuelos blancos, Eulalia la acomodó en el mismo sillón en el que dormía ahora profundamente Adriana, las piernas cubiertas con el chal de una de las tías. Se iba adormeciendo cuando escuchó que la gente palmeaba con la orquesta en las primeras notas de la marinera y varias parejas mayores salieron a bailar mientras la gente joven se replegaba sonriendo cerca a las sillas para que hubiera más espacio y vio entre las parejas el vestido azul escotado de Eulalia que se movía rítmicamente **en Trujillo nació Dios,** con el brazo alto y el pañuelo haciendo ondas, mirando sin pestañear al tío Miguel que se agachaba para hacer los pases, jugando con el pañuelo como para distraer a Eulalia, como diciéndole no seas así, sin deshacerse sin embargo, de la cara del escritorio, aún cuando el resto de las parejas fue haciéndoles ronda y solamente quedaron ellos entre las voces y a ella se le atascaban las amígdalas con unas ganas de llorar mientras que buscaba a Pichuza con los ojos en anhelo de complicidad, pero Pichuza movía los hombros riéndose, procurando llevar el ritmo con las manos sin equivocarse porque el cadete de la Marina lo hacía muy bien y ella no iba a saber que Pichuza detestaba la música criolla. Una pelea a diario con la Margarita que cambiaba a su esta-

ción preferida en los ratos de limpieza y Pichuza oye Margarita que tú no eres la única que tiene oídos en esta casa me tienes harta con tus Morochucos y tus lo que se llamen de la canción criolla. A Pichuza le gustaba hacerse las uñas escuchando los sábados después del almuerzo el programa en inglés de Miraflores **Cry when you're feeling blue** y con sus amigas ¡uy! mira no más este nuevo disco de Frank Sinatra, en el cuarto rosado con un picap portatil que le habían traído a Teresita Ramírez de Miami, se ponían a cantar en inglés y a ella siempre le había gustado **My blue heaven,** tanto que en el colegio sin darse cuenta a veces lo cantaba en voz muy baja cuando hacía fila para regresar del recreo hacia los salones hasta que Aurora García una mañana miren a la señorita yanqui donkey terca ya no solo habla inglés sino que tiene que cantarlo. Una vergüenza que todas las chicas le hicieran burla repitiendo señorita yanquidonkeyterca y ella a Aurora peor tú que eres una agrandada. A la otra ni mella que le hacía, se alzaba de hombros torciendo la cara igual que a miss Violeta una vez para preparación de un programa que iban a tener las del coro en el salón, miss Violeta no quiero que se hagan las disforzadas y que cada una de las que llame venga aquí adelante de la clase a cantarme algo que sepan bien para ver qué cosa podemos planear para el Día de la Madre. Ella no había querido, pero Rina le clavaba la regla en la espalda y con los ojos al techo cantó **Allá en el rancho grande** que lo sabía de chica sin tener miedo a olvidarse de las palabras. Aurora, cuando le llegó el turno, se paró junto a la oarpeta de la maestra y luego se sentó en ella alzando la mano derecha como si sostuviera un micrófono, cruzando las piernas para modular **Sin ti no podré vivir jamás** y se había puesto a caminar por la clase moviendo las caderas y con el micrófono en la ma-

no. Miss Violeta, fastidiada está bien es suficiente, antes de que terminara la canción y Aurora le había torcido cara. Marina que tenía linda voz y sabía de música y de ballet entonó **un canto de amistad de buena vecindad** y resultó elegida para cantar **Hogar, dulce hogar**. En el cuarto rosado las grandes se encerraban a escuchar discos americanos fumar y a leer las cartas de la otra hermana que estaba en los Estados Unidos miravé, Pichuza mostraba entusiasmada, fíjense en esta foto que me ha mandado hace poco miren al churro que está con ella y Teresita quién es ¿su boyfriend? Qué iba a ser, era solo su cita y se mataban de risa citacitacita como en el Embassy, en los salones de belleza, lo que sería en los Estados Unidos dice que tiene invitaciones casi todos los fines de semana sale en carro sola con el muchacho y no solo con uno sino con otro y otro y que a veces se besan sin que la cosa se ponga seria o tenga que formalizarse mirenpues lo atrasadas que estamos aquí, si claro esto es una mierda. Oía la voz de Teresita Pichuza tú no deberías quejarte porque te dejan salir con buenas o malas notas a mí con que tengo que tener un promedio de catorce para ir al cine y a las fiestas y tú regresas con quien quieras y a mí ya lo saben mi papa viene a buscarme en punto a las doce se planta con lo bajito que es en medio del baile como un Napoleón con el brazo dentro del saco aunque le ruegues que no lo haga con lo tarde que empiezan las jaranas, y otra no hija yo creo que tiene que ver con la mugre que va al colegio aceptan a lo peorcito y en las fiestas donde uno debería divertirse sin preocupaciones ni humillando a nadie una se encuentra metida con medio Chongoyape y serranos de todas partes. Pichuza afilaba la voz qué de malo tienen los serranos mi familia viene del centro, ay pues Pichuza si es muy diferente tu papi es extranjero y ¿eso qué? mi mamá vie-

ne de la sierra y paraquesepas que en su casa en Chinche que ni siquiera era donde vivían todo el año mi bisabuelo tenía una orquesta de músicos italianos que se trajo después de haber ido a llevarle un cofre de piedras preciosas al Papa quien le dio una bula perdonándole los pecados a él y a su familia, ¿deveras deveras?, deveras pregúntenle si quieren a mi tía aquí en Lima la gente cree que si uno no es de la costa entonces ya no vale nada para qué que pueden ser antipáticos me revientan a veces, sí Pichuza pero ni tu mami ni tu tía tienen dejo de la sierra no es lo mismo con las cholitranquis que tenemos en el colegio, Pichuza claro que no, en todo caso molesta con gente aquí y allá que no tiene donde caerse muerta y que echa por los suelos a la gente bien de la sierra. Detrás de la cómoda después de haber revisado todos los recortes que tenía Marcela en la cartera y terminando el helado que habían comprado en el Capri, ella mi bisabuelo venía de una familia decente pero sin dinero y dicen que una vez colérico porque mi abuela le había contestado de mala manera delante de los hijos mayores, tiró una patada a la cocina de barro que tenían en ese tiempo ¿y adivinen lo que encontró? Marcela qué sé yo un niño muerto, y ella se impacientaba esa boca que tienes tú, no, lo que encontró fue una vasija de barro y ya la iba a romper sin moverla del lugar cuando se vino a dar cuenta de que pesaba una enormidad, y cuando por fin logró sacarla del todo, se encontró con que estaba repleta de doblones de oro del tiempo de los españoles. ¿Deveras, deveras? por supuesto, sino que le preguntaran a su tía Adelaida. Elena empezaba a su turno mi mamá dice que en la primera casa que tuvieron en Checoeslovaquia, cuando fue a mirar lo que podía guardar en la buhardilla, se encontró varios uniformes de una guerra de hacía siglos y catorce rifles cargados y las cartas de la

mujer de un soldado. Marcela ¿tú las has leído? Elena nunca las había visto, era una de las historias de familia que había escuchado de chica en la Argentina. Marcela, sonriendo bueno pues, lo más importante en mi familia ocurrió hace ya mucho tiempo no sé en dónde porque prefiero que haya algo de misterio en lugar de andar haciendo preguntas, mi padre regresaba de una cacería y en medio del camino le dio un sueño que le impedía mover las piernas; se echó así bajo un nogal a descansar y cuando despertó vio un sapo pequeño y muy verde que se le había trepado a la rodilla y que lo observaba muy seriamente, entonces mi papa supo exactamente lo que tenía que hacer y le susurró sobre una hoja y una nuez las palabras escogidas y el sapo al instante se convirtió en mí. La codeaban por gusto nos haces escuchar siempre terminas haciendo un chiste o cambiando las cosas el otro día a mí me contaste en el colegio lo mismo pero un poco distinto y sin lo del sapo más bien con una ardilla y tu padre había tenido que enterrar las palabras para que nacieras tú. Marcela se encogía de hombros da lo mismo de todas maneras. En sus cuadernos Minerva, con un lapicero de tinta que rayaba en el morado, escribía cuentos de hadas, de niñas como ellas o de animales, eran cuentos estrambóticos e inconsistentes, personas, castillos, casas, alas, batallas, muertes, todo un lío de palabras. Ella no quería que la tarde se echara a perder en ese silencio y volvió en mi familia hubo una tragedia poco antes que yo naciera. Elena y Marcela se inclinaban hacia ella dejando súbitamente los pellejos y los nudillos. Sí, Pichuza le había contado que tenían un hermano más o menos tres años mayor que ella que se llamaba Esteban y que era parecidísimo al padre, ojos inmensos y color granadillla, travieso e intranquilo desde su nacimiento. La tía Adelaida lo había visto darse una vuel-

ta en la cama a la segunda semana de nacido y más tarde se metía en todas partes gateando, trepando como un mono y peor todavía, cuando había empezado a caminar era imposible saber donde estaba a menos que el ama no lo perdiera de vista ni por un minuto o lo tuviera en brazos que era algo que al niño no le agradaba. Pichuza me contó esto pero es un secreto y Elena tú no lo repitas especialmente si mi mami está por ahí, dicen que el día de asueto del ama, la tía Adelaida había puesto la lavaza hirviendo porque el niño había estado enfermo y había ensuciado demasiados pañales y se iban a encontrar sin ellos antes de que regresara el ama y entonces le dijo a mi mami que cuidara al chiquito mientras ella subía del patio a los dormitorios de la casa que teníamos en Tarma, subía a ver que es lo que tenía Pichuza que estaba todavía chiquita y que chillaba tanto en ese momento, dejó a mi mami tocando su arpa y con el niño que jugaba a sus pies con una pelota de colores, la sacó de su concentración en la música el grito que pegó la tía que lo acababa de encontrar al pobre en la batea de lavaza hirviendo, lo llevaron a Chulec que queda cerca de la Oroya y donde había médicos americanos, llenas de apuro, la tía llorando a gritos con Pichuza en los brazos y cuentan que mi mami como si estuviera alejada de lo que sucedía, no hablaba ni veía nada, dicen que el niño no sobrevivió la noche. No habían tenido nada que hacer y después del helado no les gustaba ir en la alfombra voladora porque ella se enfermaba y contagiaba a las otras. Se fueron al pasaje a sentarse en la grada de la casa de Elena de donde se veía mejor la tapa quebrada del desagüe por el cual de vez en cuando se asomaban ratas grises y la que grita o se mueve pierde. Estuvieron sentadas esperando y esperando. En dos ocasiones había escuchado un ruido de agua y un desliz, pero por mala suerte la mamá

de Elena pidió permiso para hablarle seguidamente algo en su idioma resondrándola y Elena ya vuelvo me olvidé que tenía que pelar las papas para la sopa. La otra vez Oscar pasó silbando **Frenesí** y se detuvo frente a ellas qué hacen mis chicas parecen monjitas tan quietas no me digan que están rezando por mí. Elena tenía aún las manos rojas del agua fría, con lo blanca que era, claro Oscar por quién va a ser si no por ti ven siéntate a conversar con nosotras, una vergüenza horrible Marcela, quién lo creyera de Elena con sus cuatro mechas rubias lo fresca que es para esas cosas había que tener paciencia. Solamente tres veces en todo el tiempo que vivía en el pasaje había visto salir ratas del mismo sitio. El señor Mendoza pasó habrá que llamar a alguien para que arreglen esto es un peligro el otro día Robertito corriendo no se fijó y se hizo un corte desastroso en la pierna ustedes chicas no deberían estar sentadas aquí se van a pegar un susto muy feo. Una de las mellizas chillaba quédate ahí que voy a recogerla, escuchaba la pelota que rebotaba unos segundos en la pista y luego los pasos que se acercaban para luego alejarse a grandes zancadas. Coromina ¿y por qué te dejan ir a jugar con esa chica si vive en un callejón? A él qué le importaba, su papá le daba permiso. Aunque él cuántas veces nunca llegaré a comprender la sicología de esas mujeres tener un hijo por engaño una vez se entiende pero otra vez y otra vez y no aprender que con cada uno de esos desgraciados va a ser lo mismo por Dios qué es lo que tienen en la cabeza las deberían esterilizar después del primer niño. Eulalia se sobresaltaba mira lo que estás diciendo delante de las chicas pobre mujer ¿acaso será culpa suya de haber nacido mujer y de ser ignorante? ¿crees tú que a ella le gusta ir a trabajar de sirvienta todos los días y dejar a los niños solos en ese cuartucho

en el que viven? ¡a qué madre le puede gustar eso! El padre continuaba pero mujer no me vas a decir que no tienen descuidos imperdonables que hay acciones que ya no tienen nombre dejar a ese chico hasta lo último con pulmonía antes de venir a avisar es una falta de sentido común intolerable es una prueba que en algún recodo del camino se le ha atrofiado la inteligencia de un instinto maternal básico ¡es ya el colmo de los colmos! y Bigotee-gato y qué iba a hacer la pobre si estaba en el trabajo y no podía echarse al hijo a la espalda y si no va a cocinar no le pagan y si no le pagan con qué comen. El movía la cabeza haciendo predicciones de mal augurio el mejor día de estos le vuelve a suceder lo mismo con el pequeñuelo o peor todavía con la hija que debe ya de estar grandecita además agraciada y por consiguiente expuesta a peligros. Eulalia se le enfrentaba yalovés tutambién entonces ¿por qué insistes que la nuestra vaya a jugar allá? Por principio lo hacía y porque cuando iba no era sino por un rato y de haberse demorado más del tiempo justo se le buscaba y entonces no encontraba el problema. Seguían arguyendo hasta que ella se cansaba de quedarse detrás de la pared que dividía en forma de arco la sala y el comedor. Ahora podía oír los ajetreos de Margarita que estaría enjuagando recién las cosas del desayuno. Otra vez Coromina ¿nunca has tenido una amiga que se te ha accidentado? No quería contestar. Iba con la punta del pie alrededor del banquito de cuero por la pared de la azotea creoenDiosPadreTodopoderosoCreadordelcieloydelatierra divisando el camino hacia el colegio por Angamos no pasaban tantos carros como por la General Garzón y Silvia Ramos que era del año de Pichuza aunque no se juntaban, ese día le había dicho que caminaría con ellas por el Campo de Marte. Pichuza espera y espera en la esquina del colegio aguantando con

un gesto de aburrimiento las groserías de los choferes que pasaban por la 28 de Julio, y después de unos quince minutos se cansó y caminó con ella es la última vez que le habló a esa tarada, ¿quién se creerá que es ella? Silvia Ramos se había reunido con las Olazábal que eran sus íntimas y se fue por General Garzón dejando a Pichuza plantada esperándola. Más tarde Pichuza creo que hasta Angamos sonó el choque porque yo oí un ruido atroz cuando ya estaba por llegar a casa. Un lío al día siguiente en el colegio que Silvia Ramos se murió, no que no se murió pero que está agonizando, que pobre que está viva pero dicen que mejor se hubiera muerto porque ha quedado deforme, no deforme sino paralítica de la cintura para abajo, que está ciega, que se le han roto las dos piernas, que le van a amputar los brazos desde el codo, que mandaron ya a que le dieran los Santo Oficios, mentira que solamente ha perdido un ojo, que no que lo que había perdido era al novio que con Silvia en ese estado no se acercaría más. El escándalo se armó cuando las teachers reunieron a toda la media en el auditorio para decirles que en el hospital cuando Silvia había estado bajo anestesia, había empleado un lenguaje desapropiado para una señorita y que los médicos, las enfermeras y las monjas se habían horrorizado de las palabras, sacrilegios y barbaridades que decía. Reunieron igualmente por la tarde a las de primaria que esto desprestigia en mucho a este plantel donde nosotras y las profesoras peruanas estamos deseando hacer una labor cristiana con ustedes sin prejuicios de color de religión o de clase pero ahora nos urge saber **right away girls** de dónde es que surgen y cómo se van diseminando esas malas palabras y ese vocabulario vulgar y por eso cuando regresen a su salón tendrán una hoja en limpio para que en ella escriban cuantas cosas malas sepan y no tienen que firmar su

nombre eso sí deben hacernos saber de quién y en qué circunstancias han aprendido aquello **that's all for now girls go quietly to your classrooms and may God forgive you**. Las judías se reían oye Sarah tú mejor pide dos papeles voy a preguntarle a la **teacher** si tengo que escribir en **yiddish** y ella observando a Rina que como si nada, caminaba al salón ensortijándose los rulos que los tenía todos a un lado del cuello, y a Aurora y Consuelo Cortínez que hablaban de otras cosas que te espero a las cuatro y media en punto en mi **locker** y te acompaño a hacer las compras. Frente a ella el papel blanco y doblado la agobiaba ¿qué cosas tenía que poner? ¿Lo del primo de Elena? ¿Solo las palabras o lo que había hecho o lo que había pensado de noche yéndose a la vermut con Oscar que me aguarda en la esquina del Arequipa y me pasa el brazo sobre los hombros y nos vamos a la lateral del fondo y me besa el cuello lentamente, presionándome la cintura para decirme que eso había querido desde que nos conocimos, desde la primera vez, aunque ya entonces había sabido que nuestro amor estaba prohibido por el cielo y la tierra, que habría oposición y a pesar de que sabía que nuestro amor no tenía remedio y que continuaríamos de vereda a vereda, de balcón a balcón, mirándonos a los ojos, sufriendo en silencio y con amargura, viviendo con pena ese amor que lo había destinado la vida, entregados el uno al otro sin condición ni tiempo, con los brazos los lazos que los atarían, escondiéndose, no obstante entre las sombras, rehuyéndonos delante de todos los ojos estaban fijos en los papeles. En un principio nadie se puso a escribir, un aire de pensar y de concentrarse, de suspirar y aclararse la garganta como en exámenes. Poco a poco comenzaban a agacharse sobre el papel. El ruido de varios lados puta cojudo mierda eso es todo lo que puso y al igual que mu-

chas se cruzó de brazos. Marcela con la hoja en blanco achinando los ojos para luego a la hora de la salida ella yo te vi que no pusiste nada, y la otra ¿y qué querías que pusiera? No iba a saber que Marcela leía el diccionario y que tenía que haberse encontrado con palabrotas. Marcela nada, sonriéndole ¿y tú que pusiste? En la oreja tragando antes con ruido la saliva putacojudomierda. Ah, Marcela casi había puesto lo mismo, agregándole otras cosas, pero al momento había pensado que ya le sonaba a malo porque una tarde que se suponía había ido de visita donde una amiga y se había ido a otra parte, la habían castigado por dos horas en un closet y del hastío, después de repasar algunas lecciones, había empezado a repetir todas las palabras malas que sabía y ahora ya no me suenan a nada. Era igual decir atup, adujoc y adriem, y adriem hasta sonaba bonito, y también lo mismo decir taup y jucoda, que estaba segura debía de ser un apellido japonés. Uno de esos días le iba a enseñar lo que tenía en un cuaderno, eso en todo caso no lo había tenido que escribir porque por lo pronto era solamente de ella, especialmente con el colegio no tenía que ver nada. Las manos de Marcela abrían una libreta de las que usaban para **Spelling**, con cuidado, como si se le fuera a romper el índice señalaba ciclotrón, cicuta, cocar, coime, fausto, fámula, fleje, gachona, gárgola, gasoducto, genuflexión, jifa, jostrado, lopista, lomudo, lunanco, mitósico, molusco, ojerudo, pagro, pernoctar, pilongo, ralea, rancajo, rascona, redopelo, sitibundo, somorgujo, telofase, teste, turíbulo, uvarovita, vestugo, viratón, vulturno, xunce, zampucar, zoclo. Ella protestaba yo sé lo que quiere decir molusco lo estudiamos a principios del año pasado y qué de malo tiene. Marcela cerraba el cuadernito y sin mirarlo ¿te gustaría que te dijeran ven aquí es necesario que te inspeccione el molusco? No, claro que no le gus-

taría. Le apostaba, sin embargo, que todas esas palabras no existían, y Marcela que sí, que por supuesto que existían pero nunca había querido enterarse del significado que daban en el diccionario porque entonces el juego se echaba a perder. Marcela le había puesto los labios húmedos en la oreja ¿te gustaría que te dijesen en un sitibundo bajo el redopelo te voy a zampuzar la ralea hasta el somorgujo y ella poniéndose colorada admitía que no le gustaba, que a quién le iba a gustar. ¿No tienes palabras bonitas en algún otro cuaderno? Marcela cerraba la carpeta que parecía de juguete, asegurándose que la tapa no había cogido alguna hoja. Sí, tenía una libreta especial que no se la podía mostrar porque en ella había reunido palabras que emplearía más tarde para sus poemas. Volteando la cara de perfil hacia la luz que se medía contra los visillos espesos de la puerta del balcón, ella le recordaba, intentando un tono ligero, que no se las podía inventar, que tal vez sería una buena idea seguir los consejos de miss Violeta ¿y por qué metes estas tonterías en tus versos a ratos tan lindos los destruyes por gusto por caprichosa porque no te disciplinas y quieres hacer siempre tu voluntad acuérdate Marcela acuérdate que la lengua es sagrada es lo que define al hombre es lo que lo diferencia de los animales y tú con tus salidas insólitas sin pensar en los demás sin emplear lo que con tan buena fe te sugiero ¿no te das cuenta que es por eso que nunca ganas un solo concurso de primavera o del Día del Indio o de la Madre? ¿Por qué es que Marcela no escuchaba lo que con tan buena fe le sugería, palabras como diáfano, matutino, esplendoroso, idílico, resplandeciente, subyugadora, deslumbrador, pero Marcela no hacía caso y así no iba a llegar a ninguna parte. La otra se quedaba parada como una estatua sin moverse con la última composición que tampoco era precisamen-

te una composición, que no era por otra parte cuento, solo unas líneas sobre una tal Martina Campos, muy pequeña aún, que en una pintura de cierto tiempo atrás, contemplaba llena de temor o de asombro la grama al contorno de sus pies. Miss Violeta daba pequeños golpes sobre la mesa ¿y qué tiene que ver esto con nada? El resto de las chicas guardaba silencio, pendientes de lo que podía suceder, de lo que a Marcela se le ocurriría responder, los rostros adelantados, algunas mascando el chicle con menos disimulo, observando entretenidas la función. Marcela, ahí sin contestar, haciendo quizá el truco de los ojos, dando, para las que querían, la impresión de estar compungida cuando en realidad, ella lo sabía bien, estaba nublando los alrededores. La mente se le volaba hacia otras cosas y Coromina con su tonillo de conferencista, explicándole que en todas partes sucedían atracos y accidentes, no solamente en Lima. Se desabotonaba el segundo ojal de la camisa es más que nada porque la gente no tiene educación y también porque hay mucho loco suelto claro de dónde iban a conseguir plata para tenerlos a todos los desamparados que andaban desvariando por las calles en Larco Herrera. No se preocupen señoritas y el dentista, hacía ya qué tiempo, había separado su cortina raída de lino celeste para mirar por la ventana y llamando a Pichuza con el índice acérquese por favor a la ventana señorita dígame usted ¿es ese gordo que está parado frente al poste? No, no era ése. Pichuza apenas si se atrevía a asomarse por la abertura que el dentista dejaba y en un soplo, como si pudieran oírla de la calle mirevé es ese otro de terno marrón oscuro y él, quitándose el camisón blanco no se preocupen ustedes quédense aquí esperando yo voy a averiguar lo que pasa. Las dejó solas en la salita de espera con seis sillas viejas y Pichuza no te sientes en el sillón que está

de grasa y da asco. Se habían puesto a hojear unas revistas amarillentas y deshojadas, ya te imaginas Marcela yo podía ver que Pichuza estaba asustada creo que era la primera vez que le pasaba y a mí también. Adelaida no había podido acompañarlas porque estaba con jaqueca y además Pichuza insistía en que ella sabía el camino y prometía que no se metería en el Cocharcas de estar al tope y que esperarían otro y otro hasta que encontraran uno con asientos libres. Adelaida, sentada en el repostero, en una de las sillas a las que no llegaba la luz porque lo impedía la refrigeradora ensombreciendo todo el lado de una pared, sorbía un té de hierbas y se le veía cómica con un pañuelo verde de diseños grises amarrado en la cabeza, ajustándole las sienes doloridas. Habían dejado la casa con flojera hacia la mañana que estaba plomiza y cargada de olores. Al doblar la primera esquina de Talara, de la casa vecina a la del Coronel García, había salido un hombre que no habían visto nunca antes, sin siquiera mirarlas de frente, al contrario, en el momento del choque de ojos, él bajó los suyos casi con timidez y a ella le dio pena tan grande y todavía con vergüenza. Cuando esperaban en el paradero del ómnibus y dejaron pasar el primero que se detuvo lleno de personas, el hombre de marrón tampoco lo tomó. Se quedó a cierta distancia de ellas desviando a menudo la vista hacia los carros o las casas cada vez que ella lo observaba disimulando también por su parte. Subieron al ómnibus mucho después y él subio tras ellas, pero no se sentó cerca aún habiendo un asiento vacío adelante, sino que se encaminó a los últimos asientos del final, en los que Bigote-e-gato cuántas veces ustedes no se deben sentar allí nunca porque el motor está justo por ese lado y hace mucho calor y especialmente en el centro es peligrosísimo porque tú que no pesas nada sales volando

hasta sabe Dios dónde si el chofer es un bruto o si de veras tiene que frenar de golpe por otro bruto de esos que no sé cómo les dan brevete para manejar con tanta gente inocente que va en los omnibuses. Al descender continuaron caminando y el hombre siempre a espaldas de ellas, bajando los ojos cada vez que ella se daba la vuelta para comprobar si allí está Pichuza te digo que nos está siguiendo pero la otra no creía, en todo caso que no se estuviera volteando así le iba a llamar más la atención y peor le daría a pensar que se estaban insinuando. A lo mejor sería mi idea, Marcela tú bien sabes lo que es la imaginación sin embargo hubiera jurado que el hombre me miraba a mí y no a Pichuza, ella siendo grande y todo. Pichuza fingía arreglarse la pulsera y sacudía el brazo deshaciéndose de su mano que con angustia procuraba tocar a la hermana, ¿qué le pasaba ahora? ¿qué podría ocurrir con toda esa gente al contorno? Había mujeres con niños yendo de compras y señalando las vitrinas de las tiendas. Tenían todavía cinco cuadras que andar ¿y Pichuza está allí? Sí, allí estaba. Entraron a una panadería cómprame un chancay aunque sea y Pichuza por hacer tiempo aunque llegaran tarde al dentista se compró un milhojas con crema para ella y comieron adentro, despacio, masticando cuidadosamente y fastidiadas con las muchachas que venían a comprar y que atropellaban sin reparo con sus bolsas y canastas. Pichuza le ponía la mano levemente en el hombro ahora sal y rapidol dorado nos vamos sin darnos la vuelta hasta el dentista. Habían volado las tres cuadras que les quedaba pero al abrir la puerta de la sala de recibo, y mirar ambas allá a unos pasos estaba el otro fijando en ellas unos ojos azorados. Pichuza cuchicheaba ¡uy qué raro! ¿no? ni siquiera es cholo es un señor ¿te has dado cuenta de que tiene los ojos un poco claros? El dentista regresaba y disculpen,

se ponía nuevamente el camisón blanco dice el tipo que ustedes deben de haberse equivocado que él tiene que venir en el Cocharcas a ver a su cuñado que vive por aquí ustedes por favor a no pensar más en ello ya le he dicho que si sigue parado en la esquina cuando ustedes estén por salir llamo a la policía. Incómoda en una silla había esperado su turno rogando Dios mío por favor que no me pase la máquina esa en la muela, aunque él, con toda suavidad no amiga pues abre la boca bien grande no te va a doler nada y déjame que inspeccione como están tus muelas no me muerdas, riéndose es preferible cuidarte ahora porque de mayor es más difícil y así creas que soy un dentista mañoso y que te estoy metiendo cuento de mayor duele más porque los nervios están más desarrollados. Unos dedos suaves y lampiños que olían a desinfectante le urdían dentro de la boca y él se agachaba para mirar por dentro sin cambio de expresión en la cara mientras que ella contenía la respiración y se daba en pleno con la barbilla del otro, los agujeros de su nariz, los poros abiertos en la parte superior de las mejillas, las pestañas negras y largas. Los dedos continuaban manipulando, se apoyaban en la lengua masa carnosa densa músculo que presenta en su superficie numerosas eminencias que se llaman papilas linguales caliciformes fungiformes filiformes y hemisféricas y junto a las cuales están los corpúsculos gustativos cientos de ellos los cuales a su vez están formados por células sensoriales y de sostén y la lengua recibe el sabor en las papilas caliciformes que comunican con el nervio glosofaríngeo y el nervio lingual en su cama escuchando el repasar de Pichuza y en la mesa de la cocina ¿qué carne es ésta? Adelaida es lengüita de vaca prueba verás que rica la hemos preparado con la receta de tu papá y ella yo no quiero comer lengua casi vomita ¿y qué vamos a hacer

por Dios Santo con la chica esta que no quiere comer carne ni pollo ni pescado lo que pasa es que se llena con los helados del Capri su papá debería cortarle la propina qué mal hace en darle semanalmente plata para que con puros helados de fresa se llene la barriga y en la casa esto no me gusta esto qué es y lo otro ¿de dónde vienen ustedes? mirándola en los ojos un segundo mientras se tenía que agachar a investigar con el aparato dentro de la boca. Escupió sin sangre en Angamos. El dentista muy sorprendido ¿el Angamos de Miraflores? Ella negaba con la cabeza. Ah bueno pues, el iba a cerrar de todos modos y por si acaso las llevaba, le parecía que la hermana mayor estaba media asustada todavía y para qué son los amigos, sonriendo parejamente. En su carrito que era de esos ñatos chinches que a ella no le gustaban, prendió el radio para luego apagarlo porque no podían hablar y ¿qué saben ustedes de Beto Noriega? Pichuza con su gesto de muchachos porque el dentista era joven no sé ahora pero mi tía dice que no va a tener problemas de encontrar trabajo en Colombia. Eso le pasaba por inmiscuirse en la política, lo bien que hubiera estado continuando la carrera de odontólogo con recomendaciones y un buen localito, ya tendría su clientela y estaría muy tranquilo, claro claro, eso es precisamente lo que dice mi tío pero Gloria que siempre andaba defendiendo a su hermano lo hace por desinteresado por generoso por idealista porque quiere que mejore la condición del país. El dentista con la cabeza qué van a poder unos cuantos cambiar nada y ahora con los cachacos en el poder sabe uno lo que va a suceder siempre va a marchar esto lo mismo para qué hacerse mala sangre y andarse matando exilando corriendo peligro si después de todo con los unos y con los otros se está igual a mí que me dejen tranquilo con mi profesión y acaso uno no

se jaranea de la misma forma y no faltan buenos lomos, mirando a una gorda de falda al tubo por la ventanilla del carro, y después de todo uno se va a morir de viejo si Dios quiere o peor todavía de infección al hígado. Pichuza reía y miraba también por la ventanilla junto al dentista yo tengo un tío que exilaron a Chile pero dicen que él quiso que lo volaran a otro país porque aquí no iba ni para adelante ni para atrás. Y ella mentira mentira el tío Miguel era abogado y muy bueno. Pichuza le daba de costado con la rodilla tú no interrumpas para meter la cuchara en asuntos que no te interesan. El dentista apresurándose y de reojo ¿y era viejo? Claro, como su mamá más o menos, gracias a Dios que no tenía ni hijos ni esposa porque entonces eran ellos los que sufrían las consecuencias más ahora eran las Friz del Castillo. Pichuzachismechismosa, dale y dale con que en el colegio se les bajaron los humos y ella con miedo de que soltaría el secreto de que el señor Eduardo había estado dos semanas en el cuarto de la Margarita no señora no hay problema yo traigo mi colchón al cuarto de costura, que no tuviera cuidado la señora, que ella estaría muy cómoda y sube y baja colchones y camas y a darle una buena limpieza al cuartito de la muchacha que estaba muy limpio pero tenía un olor particular que Eulalia temía le fuera desagradable al señor. Pichuza tarareaba se les quitó toda la prosa ahora que el papá está en el extranjero ya sin tanto echarle a una en la cara su abolengo y sus cosas Úrsula que está en el mismo año que esta flaca dice que el perro que tienen es un cachorro de Lassie. El dentista sacaba el brazo para torcer una esquina y a la vez echaba una risotada que a su pesar la reunía a ella en la risa con los otros dos. Por el vidrio contemplaba a las amas que llevaban de la mano a los niños pequeños por el Paseo Colón y de repente se le empañaron las flores

rojas y las veredas y las personas porque vio al tío Miguel **y en Laredo nací yo,** tan serio y como distraído, y más tarde esa misma noche, entre el calor de su cuerpo y el de Eulalia que la sostenía, que cedía después de un ligero forcejeo a dejarla en los brazos fuertes del tío Miguel mientras que la voz de Eulalia déjamela Miguel si la cargo a menudo y no pesa nada. El tío Miguel, sin embargo, la cargaba sin responder y ella adivinaba que el estrecharla con más fuerza correspondía al agacharse para recoger una chompa que alguien le había puesto sobre las piernas al rato de haberse quedado dormida en el sofá. A través de la camisa y de la colonia que siempre usaba el tío Miguel, oía su voz por primera vez en un susurro ¿y qué me queda? estoy harto ya de todo. Eulalia caminaba muy cerca Miguel por favor no seas tan terco escúchame estás haciendo una tontería por favor no te vayas Miguel y nuevamente la otra voz encolerizada ¿y tú me lo pides? ya te he dicho que estoy harto aburrido desilusionado y tú allá lejos y la niña que no viene como venía antes. Eulalia gemía es que tú tienes que comprender que no puedo, que Adelaida se mortifica y que ella ya no es una bebe ¿cómo crees que me siento yo? Quizá los habría soñado hablando junto al portón de la calle al terminar el descenso suave de la escalera de mármol que daba una vuelta y ni siquiera hasta pronto, adiós, hasta luego, chau, nada. Se había encontrado en el auto de los Noriega que frecuentemente se ofrecían a llevarlos a casa cuando el padre no venía, escuchando ahora el pecho tieso de Eulalia que no decía nada y no respondía a lo que le preguntaban sino una sola vez con un hilo de voz lo siento he tomado mucho y estoy un poco mareada. Llegaban a la casa donde las esperaba Adelaida que se había regresado temprano esa noche y cambiaba a los otros brazos firmes y bajo los sonidos que

raspaban Lala ¿qué tienes, qué te pasa, te has enfermado? Eulalia estoy cansadísima y era Bigote-e-gato ese casi amanecer quien la había arropado poniéndole el piyama, trayendo del baño un pañito de agua tibia para limpiarle cuidadosamente la cara Dios mío Dios mío qué barbaridad ¿qué habra ido a hacer esa muchacha loca? Pichuza le tiraba un codazo oye tú qué tienes. No tenía nada y el dentista sin mirar los carros que venían de todas partes ¿te duele la muela que te arreglé? No le dolía nada y torcía el cuello cuanto podía hacia la ventanilla para que no pudieran verle sino el pelo. Pichuza se disculpaba es media rara ahí donde la ve, riéndose, qué de flaca ya apenas se le ve a esta pelusa le dan sus humores y se distrae pensando en mil cosas que se inventa y es mentirosa que da miedo. Procuraba al instante pasarle el brazo y atraerla hacia sí con esa ternura inesperada que solía tener su hermana oye pues tú no te pongas a llorar ¿acaso no te puedes dar cuenta que estoy hablando en broma? El dentista inclinándose para ver si la alcanzaba más allá de la cabeza de Pichuza que estaba al medio, a lo mejor es del susto del hombre de marrón. Pichuza se arrimaba hacia el respaldar ah sí tal vez porque también sufre del pecho y cualquier cosita la afecta mucho y de la impresión hasta fiebre le ha dado. De vuelta a escuchar lo difícil que se estaba poniendo la vida en el Perú, uno necesitaba un platal para comprar los instrumentos y las máquinas que llegaban de los Estados Unidos y de Alemania, y para hacerles la competencia a los que ya estaban bien establecidos era duro, había que ser recio y guardar serenidad, claro que al paso que iba y aunque no se podía quejar, iba a tardar unos cuantos años en hacerse una buena clientela y asegurarse un porvenir. Por eso le daba, no sabía cómo expresarse, no era exactamente rencor o rabia, pero algo así, el hecho

de que muchachos como Beto que tenían buenas relaciones y que eran de buena familia, empezando ya con un poco de dinero y con la certeza que aun si las cosas no fueran del todo bien tendrían en donde caerse, echaran a perder un buen futuro por puras ideas cuando los sesos, porque era cuestión de pensar las cosas como se debía, los sesos tendrían que hacerles confrontarse con esa verdad, esa ley de pueblos como aquel, donde nada ni nadie movería un ápice de nada para nadie sino para sí mismo. Pichuza asentía con la cabeza y entornaba los ojos sí ya sé eso es lo que dicen en su casa no tanto su mamá que trabaja en el museo de Pueblo Libre y como se junta con poetas y escritores tiene ideas un poco estrafalarias pero el tío no sé si usted sabe que es él nuestro pariente el tío está furioso con el lío de cambiarse el disfraz para salir a jugar afuera con agua, y el apuro ya que Adriana gritándole desde la puerta apenas entreabierta que se apresurara, sentía que el pecho le estaba por ronrronear y Adriana qué sonsa que eres sácate esa falda larga y ponte lo que sea porque así no vas a poder correr. Esos carnavales había hecho más calor que de costumbre y la tía Adelaida intentaba pacientemente convencerla de que fuera a divertirse a la casa de los Noriega, que allá tenían un buen grupo para jugar de día y de noche Gloria y Quico tenían su fiestecita y cuando trajeran a Pichuza de vuelta, la podían traer a ella o si quería, porqué no, le daban permiso de quedarse a dormir con Adrianita. Había ido de mala gana sobándose los brazos y los muslos de antemano porque Adriana podía ser sin querer muy tosca y en el asiento trasero del taxi, mareada con el humo del chofer negro que cada vez que tenía que detenerse, tamborileaba los dedos de la mano izquierda sobre el lado exterior de la puerta del carro y con la derecha fumaba un cigarro inmenso, pensaba ella

en los vecinos de Adriana, en todos aquellos que gozarían en tirarle con fuerza globos de agua sabiendo que ella detestaba esos juegos llenos de barbarie y resentimiento social como solía llamarlos el padre. En la casa había tratado de deshacer la situación alegando que era posible que cogiera un resfrío que como un rayo se le podía convertir en una neumonía. Eulalia se reía y le besaba la punta de la nariz no seas cobarde amorcito está haciendo un calor atroz es lo mismo que si te fueras a mojar en la playa. Le habían puesto, a insistencias de Adelaida, un disfraz que le habían traído de la Argentina, que en verdad a ella no le gustaba mucho, eso de ser una gallega no tenía gracia y además la falda le llegaba casi hasta los tobillos, siendo ese un detalle falso en el disfraz, y la blusa le bailaba en el cuerpo de lo ancha que le estaba. En una bolsa Adelaida le había doblado una muda completa de ropa mientras rezongaba ya la señorita está con la cara larga porque no le parece bonito el disfraz con lo caro que debe de haber costado si mira no más qué fina es la tela ¿y de dónde piensas tú que te íbamos a poder conseguir un disfraz de libélula como del que te has antojado? Adriana la apuraba anda pues cámbiate de una vez que ya hay gente en la vereda y en la plazuela deben de estar jugando regio no seas tan remolona fíjate que ya los estoy oyendo. Volvió empapada a la casa tía no me siento bien tengo frío. Afuera seguían echando globos a los carros que pasaban por Cusco o por Independencia, a las muchachas que forzosamente habían tenido que salir y que se reían pegando de gritos al tiempo que trataban de evadirse de la puntería de los que jugaban, y solamente se escapaban los muy viejos que atravesaban las pistas para esquivar un tiro accidental, regañando entre dientes. Ella no había podido tirar un solo globo con agua. Se le resbalaban

de las manos y se sentía atacada por los cuatro costados cuando se arrodillaba en el cemento para llenarlos en el grifo. Temblaba en el baño con el pelo que le chorreaba y la tía ven aquí cholita a secarte no estas acostumbrada a estas cosas con los bronquios malos te tienen que cuidar mucho. Arropada y con un té caliente se pasó la tarde leyendo **Billikenes** y terminó por quedarse dormida. Por la noche a Adriana se le cerraban los ojos y daba cabezazos de sueño a un lado y al otro sentada en una silla, al mismo tiempo que ella se desprendía completamente abierta y lúcida hacia los piratas, dominós, enfermeras, gitanas, marineros que **mambo que rico mambo** agitaban las caderas como locos. Adelaida cuántas veces mirando a Pichuza que bailaba sola en el jol las épocas habrán cambiado pues para mí esto que haces se ve feo y sucio hacen que las chicas parezcan mujeres de la calle. No había visto a Beto toda la noche. Al comienzo lo había buscado entre las parejas que bailaban porque le gustaba su rostro oscuro, ese tono oliva en la barba cerrada, sus labios gruesos y la mirada rápida, o a lo mejor insolente como había dicho alguna vez Eulalia. Bromeaba con ella electrizándola de arriba a abajo oye pelusa crece para casarnos y acuérdate de mí no dejes nunca que toda esta tira te pise el poncho. En el baño esa noche, cuando por los altos parlantes de la sala se oía **anda camina camina Juan pescao,** Beto sostenía un revólver en la mano sobre el lavatorio y se volvía hacia ella, con los ojos asombrados de que hubiera podido abrir la puerta porque el pestillo, se cercioró rápidamente, estaba allí aún en posición de cerrar, pero al presionar la manija y empujar con el cuerpo, la puerta había cedido **anda no seas no seas desgraciao**. Se abalanzó para echar el cerrojo, cubriendo el lavatorio con una toalla amarilla. Por la camisa abierta, junto al cuello

se le veían los vellos oscuros y profusos anda sal y no digas una palabra de que me has visto ya sabes nada y a Pichuza de nada señorita no tiene por qué ha sido un placer y la otra a lo grande ¿no le gustaría pasar un rato a tomar un refresco? El dentista, reclinado sobre el espaldar del asiento de su carro, bajaba la cabeza para poder hablarle, no, lo sentía mucho pero tenía que almorzar y abrir la oficina otra vez, a lo mejor otro día y se iba con su ruido de carcocha vieja. Estarían arreglando el motor de algún carro en el taller del costado o en el corralón del frente. Coromina por favor préstame tu baño ¿dónde está? Se lo mostró poniéndose de pie en el arco que separaba la sala del jol de la entrada y él procurando un gesto de cariño le pasó los dedos sobre la cabeza usted señorita me espera aquí mismo que tengo que hablarle no se me vaya a mover y se le ocurra escaparse a la calle. De vuelta a la sala a ennublarse a su antojo para constatar que las mujeres habían ido a recoger agua ese día. Debían llevar a cabo muy pronto los preparativos para recibir al padre que vendría de un largo viaje en el que se había ausentado por meses debido al naufragio de su barco y aunque la menor era la más buena, pobrecita haciendo todo el trabajo de una mujer ella sola, era casualmente por su culpa que el padre vendría cabizbajo, roto el corazón de la pena, ya que tenía que cumplir la promesa de entregarle su hija menor al Sheik de la Alhambra, su preferida y por la cual se había atrevido a entrar en el jardín de las rosas prohibidas del Sheik, para escoger el botón que respirara risas al amanecer. Las otras dos hermanas pedían siempre joyas labradas por jorobados enlutados y vestidos finísimos que vinieran del otro lado del mar y que no tuvieran réplica en ningún lugar de la ciudad en la que vivían, las otras dos sufrirían con el tiempo al notar que las ro-

sas que ellas tocaban y que acercaban a sus labios despedían un olor nauseabundo a viejo, a podrido y a mil suerte de pesadillas surgían entonces de sus propios pasos en el corredor la hicieron saltar y allí estaba Coromina sin darse cuenta de nada ¡ajá! te pillé escabulléndote a la vereda ¿tú eres la que garabatea allí esos números para jugar mundo? Sí, y a diario tenía que ordenar cada cuadrado con la tiza que se traía a escondidas del colegio y tenía que dibujar los números con cuidado para que le salieran parejos aunque supiera que apenas el trabajo le proporcionaría resultados por solo un día ya que las personas que caminaban en la acera, sin darse cuenta las unas y otras al propósito, le borraban los signos con las suelas del zapato y al día siguiente había que recomenzar y borrar del todo lo que estaba ya mutilado y a medio desaparecer. Margarita por fin en el arco del comedor secándose las manos en el delantal de tocuyo blanco ¿al señor no se le ofrecía nada? ¿un tecito con limón? ¿un cafecito o un cinzano? Coromina bostezaba estirando los brazos que es mala educación ah qué bien pues te acepto un cinzano, y por el ángulo del ojo miraba el reloj del abuelo que ya era una buena hora para el aperitivo. Margarita colocándose cerca y sin mirarla ¿y tú qué quieres? ¿te hago un jugo o vas a comer una fruta? No quería nada todavía estaba llena del desayuno. Coromina apuntaba hacia su sillón acusándola con el dedo por eso estás tan flaquita el jugo te hace mucho bien te da fuerza lo mismo que la Ovomaltina y dirigiéndose a Margarita ¿no le dan Ovomaltina? Sí, pero esta no quería comer nada qué le vamos a hacer, se quejaba Eulalia te vas a enfermar y el mejor día nos vuelves a pegar un susto como con el sarampión tan malo que te dio en diciembre y encima complicársete con una neumonía y con el pecho débil que tienes debes cui-

darte y no hacernos sufrir. Se aburría frente al arroz que para el momento en que se decidía a probarlo ya estaba frío, y el saltado y la ensalada conpocovinagreybienaceitada que era lo que con más gusto comía. Pichuza suspiraba hondo dejando caer los hombros eres una egoísta porque hay miles de niños pobres aquí no más en el Perú que a diario se mueren de hambre porque no tienen un mísero mendrugo de pan que llevarse a la boca y en la India es peor porque la gente camina por Calcuta pisando cadáveres de niños que se han privado y muerto de hambre en plena calle. ¡Jesús! se persignaba Adelaida, eso no podía ser cierto. Pichuza, sin embargo, leía **Life** y si vieras tenían un artículo entero con fotos y todo lo que decían y contaban no le daba a ella nada de pena, al contrario, a fin de cuentas le quitaba más aún el apetito. Pichuza también cuántas veces quejándose que ya no era posible ir a la Botica Francesa o al Crem Rica porque no podían controlar a los mendigos harapientos y en medio del **Banana Split** se les plantaban mostrando a sus hijos carachosos o estirando el muñón del brazo ¿y quién por más recio que fuera podía comer en esas condiciones? El padre siempre a su favor no se preocupen ustedes hacen mucha alaraca con la pequeñuela habrá salido a mí que de chico era más flaco que un piolín y sólo con los años se me lleno el esqueleto, era cuestión de la edad y apenas entrase a la pubertad iba a desarrollarse y entonces el organismo mismo iba a pedirle más sustancias nutritivas y ya verían como se normalizaba. El no lo hubiera aprobado, por eso no se lo contaban en casa y ni se imaginaba que el tío Germán traía unos golpes vitamínicos que Eulalia le daba a beber después del almuerzo, haciéndola dormir hasta el día siguiente sin poder despertarse para el lonche o la comida. La primera vez Bigote-e-Gato asustadísima y el tío

Germán echándose a reír eso le hace bien es el cuerpo que necesita descanso para asimilar la dosis aunque hay que confesar aquí entrenós que Eulalia se preocupa mucho por esta pelusa si no andara con el corazón en la boca cuidándola tanto no estaría tan enfermiza, si no quería comer que la mandaran de interna por un tiempo al colegio y ahí como nadie le iba a aguantar las boberías ya iban a ver como se arreglaba. Le habían estado una época que te vamos a meter de interna ya vas a ver y vas a extrañar tu casa tu cuarto tu cama tu comida, y a la verdad, aunque ella se callaba, no le hubiera disgustado la idea de vivir junto con otras chicas, de dos en dos en un dormitorio, levantándose a la misma hora, paseándose por el colegio después de la comida, del brazo en filas de dos en dos y escuchar con burla a miss Thurston que con su voz de pito **girls lets keep a straight line now girls lets be serious** y los chicos del San Andrés o los de La Salle que salían muy tarde del colegio, sabían la hora del paseo y caminaban tras ellas siguiéndolas a cierta distancia o en la otra acera de la 28 de Julio oye mamacita qué churrita que eres, qué ricas chuletas, amorcito lindo, más me gusta la de la cola de caballo y a la misma miss Thurston que apretaba los labios hasta deformarse el cuello oye gringuita ¿y a tí qué te pasó, cuando es que te cayó la lluvia? Regresaban muertas de risa y las filas se deshacían apenas cruzaban el gran portón del colegió. No, lo del internado no iba a resultar, suspiraba Eulalia. La mamá de Moisés les había contado algo sobre una chica judía que se llamaba Irene Westman o una cosa por el estilo, sí sí yo la conozco se apellida Eastman y está en mi año y Pichuza yo también la conozco porque su hermana está en quinto. Irene no quería tampoco comer carne y la habían puesto interna y dicen que se desmayó porque las gringas decidieron echarle el jugo del

asado sobre el arroz y las papas y la ensalada y ya no quiso comer nada. Tuvieron que mandarla de vuelta a su casa ya que era mucha responsabilidad y Marcela asentía colmándose de importancia sí todo eso ya lo sé porque Irene es muy amiga mía. Ella no sabía cómo es que Marcela podía aguantarla, no solamente era mandona sino también de las más desaplicadas de la clase. Marcela se achinaba túquesabes el año pasado llevó toda su ropa al Hospital del Niño todita su ropa paraquesepas y se quedó con lo puesto y hace tiempo hizo algo parecido le regaló dos ternos de su papi y la bicicleta de ella al jardinero que por supuesto no se apareció más por la casa y le cayó una tunda tremenda pero a ella no le hace si tú vieras conmigo hemos ido cuántas veces a repartir pan frijoles y arroz por unos sitios en Breña donde ella conoce a varias familias pobres y donde la gente nos acepta las cosas sin insultarse. Ella le hacía recordar que Irene llegaba a menudo tarde al colegio, que faltaba muchas veces, que nunca abría un libro y que contestaba sin educación a miss Violeta. Marcela subrayaba con el ruido de los nudillos paraquetúsepas ahora mismo está leyendo el caso de Dreyfus y se ha leído casi todos los libros de Sinclair Lewis y lee mucho mucho hasta el amanecer por eso con qué ganas se va a levantar para venir al colegio y en los exámenes se le podía soplar que era una maravilla así no hubiese abierto nunca el texto, captaba las cosas como si hubiese estado chancando todo el fin de semana porque sencillamente era inteligente y no tenía miedo de meterse al Hospital del Niño a contarle cuentos a los chiquitos enfermos y una vez se fue a la Maternidad para ver cómo nacían los bebes pero la sacaron volando y la mandaron en un patrullero a su casa. Ella, por su parte, le oponía aquella mañana de abril cuando siendo inspectora le había tocado hacer el tur-

no en el baño durante el recreo y había visto a Irene Eastman abrir la ventana y treparse para salir a la calle ¿oye qué haces? ¿quién te ha dicho que puedes salir por ahí? e Irene con una pierna en el baño y la otra ya afuera, montando a caballo ¿quién dice? Atolondrada no es la hora de la salida recién son las diez y la otra túte-callaslaboca yo tengo muchas cosas que hacer y es la única manera de llegar a la calle o te imaginas que voy a ir a pedir permiso y ella a Marcela recalcándole paraque-sepas que cuando se escapó del colegio yo la hubiera podido acusar y no lo hice. Marcela ¿y qué tiene eso? Que no se las diera de héroe, Irene se aburría en las clases y que no se metiera a hablar de ella si no la conocía bien, nadie la comprendía y por eso en su mayoría las chicas del salón estaban de acuerdo en que Irene era una maleducada, hasta las mismas judías, quizá ellas más que el resto no podían verla, y caía mal a todo el mundo porque nunca se hacía la buena para nada, ni por favor, ni gracias, ni cholita, ni amorcito. Se pasaba el recreo caminando y mirando mientras que comía zanahorias y vainitas crudas junto a las otras que pelaban sus naranjas o comían sus membrillos. Rina se asqueaba trae camotes a la hora de almuerzo y se los come cáscara y todo. Lo que más les molestaba era que cuando la castigaban no parecía importarle. En silencio, pendientes de la puerta, incapaces de concentrarse en la voz monótona que dictaba, esperaban que regresase de la oficina de la directora, espiando en su cara lágrimas, por lo menos vergüenza. Irene se encaminaba a su sitio sin poner un gesto especial y se ausentaba como de costumbre de los sucesos de la clase hasta que algo o alguien venía a remecerla y entonces explotaba. Estudiaba hebreo para irse a Israel y el entrenamiento que recibía en un campamento durante los veranos, le fascinaba a Marcela fíjate

que eso va de verdad que es concreto no como nuestro L. T. C. que se quedó en la nada porque aquí en el salón son una flojas sin voluntad y ella no quería acordarse más del club aunque Marcela insistía si lo hacemos esta vez nos organizamos mejor ya se sabe por lo pronto quien puede y quien no. La prueba de la azotea ni la mitad de las doce chicas elegidas la habían querido llevar a cabo o siquiera hacer el intento. Marcela en el centro del círculo tenemos que levantarnos bajo juramento a las cinco de la mañana y ejercitarnos en el yoga y en la meditación hasta eso de las seis y media y las otras estás chiflada tú quétecrees ¿que mi mamá me va a dejar? y otra yo no puedo porque duermo con mi hermana, y yo tampoco porque en el único lugar que podría hacerlo es en la sala donde hay un poco de espacio pero allí duerme la ahijada de mis papis. Lo de sacar menestras, arroz, papas, leche en tarro o lo que se pudiera para repartirlos después del colegio en diferentes corralones que Marcela conocía, tampoco había dado resultado si se dan cuenta en mi casa me matan y sin cinema por un mes, yo lo mismo, y yo peor porque mi papi dice que esa gente es pobre porque quiere que se aprovechan de las caridades y que en vez de trabajar se gastan el jornal en los chinos de la esquina tomando pisco, y además eso era igual que robar. Marcela colorada mentira mentira y no daba enfermedad, pero sí, protestaban las otras, sí daba y no las dejarían por nada del mundo ir a San Juan de Dios a representar **La bella durmiente** para los niños lisiados que quién sabía si no eran contagiosos o no. Marcela se encaraba con las tres protestantes que integraban el club yo creía que ustedes eran distintas que de veras hacían esas cosas cristianas de las que tanto hablan. En las clases de historia miss Violeta las dejaba discutir sobre Lutero que era la encarnación del diablo, y algunas

dicen que los protestantes adoran en medio de su misa una sábana manchada con sangre, y un grupito del fondo, sí y tienen reuniones diabólicas los sábados por la noche. Matilde Llerena echaba una carcajada a ver pues por qué no vienen a la iglesia metodista a las diez este domingo a ver si alguien adora diablos y sábanas y ya han visto que para **Chapel** vienen pastores a dar charlas y no tienen cuernos, y la negra Beatriz Lucero ¿acaso las **teachers** están endemoniadas? peor ustedes que son religiosas de los dientes para afuera y que hacen maldades contra el prójimo para luego ir el domingo a que un cura que más que seguro es un tamaño sinvergüenza les limpie los pecados. Cuando empezaban los insultos miss Violeta cortaba las discusiones de una manera firme y después de unos susurros y risitas que se iban apagando en minutos, nadie más osaba replicar. Era cierto que parecían diferentes, en las de media se notaba más aún porque no se pintaban ni se hacían las uñas, una apariencia raída de sencillez. No ambulaban de un rincón al otro con chismes y entre ellas conversaban recordando los paseos que tenían con los de la Liga Juvenil de la iglesia, chicos y chicas reunidos en una camioneta o en ómnibus alquilado, se iban a Pucusana, a Ancón o al León Dormido algunos domingos en el verano y partían hacia la Cantuta en los domingos de invierno. Entonaban canciones populares al estilo de **Cielito lindo** o bien himnos religiosos, y al oscurecer prendían fogatas para tostar pan y salchichas. A la clase las protestantes traían las fotos de los paseos y comentaban muy serias los próximos casamientos, las visitas a los enfermos, las colectas del domingo anterior o los concursos que auspiciaba la iglesia entre los niños, composiciones sobre temas bíblicos o sobre lo que se imaginaban que había hecho el niño Jesús hasta los doce años. Ella a veces se intrigaba ¿y

por qué no pueden tomar alcohol? No tomaban ni fumaban porque era pecado. Ella con recelo mi papá toma un vermut todos los días antes del almuerzo y toma vino pero nunca se emborracha ¿y qué de malo hay en eso? Las otras con que el fundador de su iglesia Wesley Jones había prohibido que se consumieran el tabaco y las bebidas intoxicantes porque vivificaban las malas pasiones, las enardecían y atrofiaban el sentido cristiano de la vida. Pichuza se quejaba el colegio se llena de cholitas, zambitas y lo que caiga porque desde que dan preferencia a las metodistas ahora cualquier sirvientita que quiere aprender inglés va por uno o dos años a la avenida Bolivia los domingos y sanseacabó ya no tienen problema en ingresar al cole. Las Noriega asentían sí sí el colegio ese está decayendo mucho por eso mis papis no quisieron matricularnos ahí aunque qué cosa uno puede ser liberal y todo pero como dicen hasta en el cielo hay ángeles y arcángeles. A las chicas protestantes las bautizaban en el río con el pastor que entraba con ellas arremangándose los pantalones hasta las rodillas en una parte del Rímac, a las afueras de Lima, donde el agua siempre estaba baja y Margarita al escucharla se reía hasta las lágrimas de paso por qué no se quitan la ropa y se bañan pues. Marcela tirada en la otra cama con las manos bajo la cabeza un día fui a ver un servicio en la iglesia metodista y justo caí en un domingo en que algunos estaban para recibir la gracia y vieras como lloraban y algunas mujeres estaban por desmayarse luego de haber estado arrodilladas junto al pastor que rezaba con los ojos cerrados y retornaban a sus bancas a sentarse con el resto y si vieras tenían la cara mojada de llanto y Betty Wallace que era de la montaña y cuyo padre había sido un misionero cerca a Tingo María yo me voy a ir al cielo porque ya recibí la gracia. Un griterío con las católicas, especialmente

las que recibían instrucciones de catecismo después del colegio y que alegaban que las obras en la tierra y la voluntad divina, pero la otra insistía que cuando le llegaba la gracia estaba en el seno de nuestro Señor Jesucristo me ha hecho el llamado mientras caminaban juntas hasta la avenida Brasil. Por momentos le aturdían sus ojos verdes y alargados contra la piel oscura y amelocotonada, con esas pequeñas gotas de sudor alrededor de los labios entreabiertos puesto que en María Auxiliadora usaban el mismo uniforme en el invierno y en el verano. Se llamaba Lucía y sus padres la habían prometido a la Virgen de Fátima. Fuera del uniforme del colegio toda su ropa era blanca, solamente en octubre se ponía el hábito del Señor de los Milagros. Elena caminaba con Lucía en los días que las monjas les pedían que asistieran a misa. Lucía iba por su cuenta a la iglesia a confesarse diariamente y ¿qué se podía confesar de un día para el otro? Elena se encogía de hombros que es mala costumbre yo no sé seguramente los malos pensamientos de los que una nunca está a salvo. Ella confusa ¿y cómo sabes que de mayor vas a querer ser monja y si cambias? Lucía negaba con los labios carnosos no voy a cambiar ya no puedo Jesús y la Virgen de Fátima me dieron la vida para que se la dedicara a ellos y no tengo aliento sino para Dios y mi religión que ya ha separado un lugar humilde para mí. En su casa el padre eso es un pecado alguien en el gobierno debería de intervenir gritaba, cuando una vez que escuchaban juntos la polla en el radio se lo había contado y Eulalia ¿por qué te acaloras tanto? ¿acaso es tu hija? cada uno vive como puede y muy pocas veces como quiere esa es la única condición del ser humano. Un sábado que se había levantado temprano salió corriendo detrás de las otras dos que cruzaban la pista para alcanzar la calle que las llevaba hasta la

avenida Brasil y al llegar a la esquina Lucía mirándola de frente sin pestañear contra el sol mis padres no quieren que camine contigo. En un principio se había quedado quieta con las piernas que se enfriaban y el pecho que comenzaba a agitársele, para que inmediatamente alzara los hombros amíquémeimporta y sin darse la vuelta para ver cómo se alejaban se fue saltando los cuadrados de la vereda hacia la casa de las mellizas que ya habían terminado el café con leche, pero que no podían salir porque los viernes se lavaba y como la noche había estado húmeda no se les había secado la ropa. Delante de ella en el jol sin barrer, con las losetas que habían perdido su color inicial y las paredes desconchadas, ellas dos, sin nada encima más que los calzones grises, se daban golpes bim-bam-bum bim-bam-bum en las caderas procurando meter el pie en una zancadilla para hacerse caer y reírse con las piernas abiertas tiradas en el piso. Eulalia las divisaba cuando se acercaba al balcón para cambiar las cortinas o limpiar las lunas esas criaturas se crían solas ¿tú sabes cuál de ellas es su mamá? Creía que la mayor era la tía o la prima pero no estaba muy segura. Eulalia suspiraba ladeando la cabeza, qué se iba a hacer, unas madres se desviven por los hijos y otras viven como si no las tuvieran. Por las noches le asaltaba el terror que en castigo a sus maldades y a que no comiera por egoísta, sabiendo a ciencia cierta y lo peor, sin dolerle en lo más mínimo, que existía tanto niño hambriento, a Eulalia le fuera a ocurrir un accidente y se quedara para siempre huérfana, para sentir todos los ojos de las chicas en el salón sobre ella en el Día de la Madre cuando bordaban pañuelitos o pintaban pequeños cuadros de yeso con el fin de entregarlo el domingo temprano recitando un poema o cantando en inglés. Todas fijando los ojos en Flor Bermúdez que no tenía **madrecita mía corazón de**

Dios, se le tupía haciéndole daño la nariz **deja que yo llore y no llores tú** si quieres, musitaba miss Violeta acercándose al pupitre de Flor, puedes hacer alguna cosita para tu tía o si no a lo mejor prefieres pasar un rato en la biblioteca. Flor bajaba los párpados hacia sus manos sobre la madera no importa pero que no me miren, que no la miraran cuando estuviera encinta, entonces no importaría la vergüenza de estar con la barriga inflada como un tambor por la calle pregonando sin decir una palabra a mí me lo hicieron a mí me lo hicieron. Yo no quiero tener hijos aunque sea una anormal por no quererlos y Elena no digas eso nunca después cuando estés vieja te va a pesar mucho y vas a estar sola desamparada y en especial una carga para tu familia. Ella se envalentonaba mi tía Adelaida no es una carga para nosotros, pero claro a Elena en un comienzo se le mezclaban las dos lo mismo que a muchas de sus amigas ¡ay miravé si yo creí que no había dos sino que raro un día qué avenjentada tu mami y otro día qué joven se le ve si son igualitas parecen una réplica la una de la otra! Así, bajo la higuera en la que empezaban a brotarle los frutos, observaba el recreo azul de mandiles, las sogas creando círculos impalpables en el aire, los saltos de pieza en pieza sobre la tiza medio borroneada en el cemento y en la garganta el deseo que hubieran columpios o resbaladeras o aunque fuera tres subibajas para que las grandes no anduvieran matando con la pelota a las más pequeñas, especialmente esas que parecían ahombradas y Pichuza cuidado que te juntes con Carmen Ortega que es marimacho ni con Rosario la del sexto año si te dicen acompañame al baño ya sabes nunca nada de hacerles caso y aunque no parezcan machonas cuando te toque el turno de inspectora en el baño nada de meterte detrás de las puertas así te vengan a decir miravé entra a averiguar por qué no corre el excusado ya sabes, y sin em-

bargo, era Pichuza la que se quejaba en la mesa de diario las gringas son insoportables en el patio que **be careful** aquí y **be careful** allá no quieren que andemos del brazo solo a las internas se lo permiten en la calle ni les gusta que pongamos una mano sobre el hombro de la otra en el auditoiro Teresita me puso la cabeza en el hombro porque le dolían los ojos todavía no le han comprado los lentes después de que le robaron los otros y viene la miss Sullivan **girls now we better watch it** qué se creerán ellas. Adelaida se rascaba los bigotes tan santas como parecen quién iría a decir que son tan mal pensadas qué descaro tratar así a chicas decentes que se han conocido desde la preparatoria. El humo del cigarrillo de Coromina la mareaba. Hacía el truco de los ojos porque entonces todo parecía vago. No se distinguían las formas precisas, ni el cazador bigotudo que tenía saco azul profundo, ni su perro marrón, ni las perdices, todo se hacía sombreado y pálido. Isabel se había avergonzado a causa de los vestidos. Cuando Eulalia por fin accedió a que fuera a jugar con ella bueno pues y de paso llévale estos dos trajecitos que a ti ya no te sirven y ella es más bajita que tú están nuevos y son americanos. El panetón, que Margarita había envuelto en un papel de hojas verdes y frutos rojos, era diferente porque panetón no se comía todos los días, no obstante lo de los vestidos a ella también le daba rubor. Isabel se había sonrojado al recibirlos y ese color de subido acelerado se le notaba mucho en las mejillas de piel fina y blanca. Los colocó sobre la cama y solamente cuando ya estaba regresando a su casa la otra le había gritado desde la puerta gracias por los vestidos. El hermanito de Isabel estaba enfermo como la vez pasada, sólo que la vez pasada no habían podido jugar ni siquiera conversar, porque chillaba y se torcía, distrayéndolas y angustiándolas. Esta vez no, de lo más quieto en su cajón, con los ojos al mismo tiempo hú-

medos y legañosos, sin mover las manos ni patalear. Si no hubiese sido por ese ronquido desesperado que se desprendía de todo su cuerpo, ni se hubiese sabido que estaba en el cuarto. Isabel lo tocaba y con frecuencia, como por una costumbre repetida y mecánica, le echaba una mirada cada vez que tenía que acercarse al cajón donde dormía el niño. Sin cambiar de expresión le daba una vuelta y golpecitos en la espalda. A ella le molestaba el que le causara asco porque no olía bien. La pieza entera tenía un olor a fritura y a pañales aunque estaba arreglado y barrido. Isabel se desempeñaba muy bien en esa pieza diminuta, cocinaba y lavaba, todo conversando y riéndose como si estuviera jugando a la casa. El niño era feo a pesar de que Eulalia dijera que todas las criaturas eran hermosas. Tenía los ojos grandes y saltones, cara de sapo chinche, la nariz chata y manchas en la cara como si se le hubiera descolorido por partes. Le azuzaba un temor roto eso de no sentir ternura por los bebes, a lo mejor algún día algo malo le iría a suceder por latir en ella esos sentimientos. Nada de que Dios la iba a castigar porque él había dicho cuántas veces que esas eran pamplinas que destruían la mente de los niños, algo mala debía de ser, sin embargo, o le provocaría cargarlos y hablarles como a Pichuza que siendo tan tosca e impertinente en casi cualquier situación, apenas veía un bebe que se volvía loca haciéndole gracias sin tener miedo a hacer el ridículo delante de los otros. A la bebe de los ingleses, que andaba tan pulcra y que olía a talco, tampoco la había tenido en brazos y se incomodaba cuando la chiquita se le reía y babeaba frente a ella. Estaba pasando un vendedor de flores, hubiera querido comprar unos dogos para el florero del comedor, colocarlos con cuidado y si él estuviera en casa diría tienes gusto para estas cosas sigue nomás. No tenía plata y Eulalia se había olvidado de darle su propina, saliendo con Bigote-e-

Gato tan temprano esa mañana, que ella no había podido pedírsela. De haberse tratado de él no se le hubiera olvidado nunca. ¿Adónde habían partido las dos tan temprano y con tanto apuro y ella aquí con Coromina que sí jugó o no a la casa de Isabel? La judía estaba comprando flores, sabía que era la madre de Moisés porque hablaba a gritos en su afán de que le comprendieran el castellano. La esposa del calvito, bien lo sabía, no compraría nada. Una vez con Elena habían mirado por la ventana que estaba abierta y ni siquiera se veían muebles, solamente una mesa en el comedor con cuatro sillas de diario, la sala completamente desierta, ni una silla siquiera y Elena se espantaba qué brutos por lo menos podrían poner un florero sobre esa mesa destartalada del comedor y si no un vaso largo o hasta una botella para alegrar esto un poco. La rubia de las niñas no estaba en casa porque nadie lloraba. Cada año había tenido una niña y ahora tenía seis que parecían del mismo tamaño a no ser que las vieran juntas. Solamente difería mucho la más chiquita a la que nunca sacaban a pasearse, no sabía por que. Todo el mundo andaba fastidiando al esposo que para cuándo era el varón, que qué chancletero, y el sonreía satisfecho entre los bigotes no si la cosa no está sino por comenzar ya le he dicho a mi mujer que el siguiente tiene que ser varón porque para Marías no tengo más. Las niñas eran bonitas, con los ojos claros igual a los de la madre y aún las más grandes se pegaban la una contra la otra si alguien se acercaba a hablarles o bien escondían el rostro en el uniforme de una de las dos amas, ambas negras y reilonas. Los Mendoza, sí estaban allí, comprarían flores, alguien de esa casa saldría a bromear con el vendedor ambulante y a regatear por juego. Las carcajadas venían siempre del fondo del pasaje. Los Tassa las traían de la huerta de los suegros donde tam-

bién tenían pollos y los checos ya no estaban desde hacía unos meses. Quizá podría repetir las preposiciones antes de escuchar el pregón del que vendía flores mientras se alejaba del pasaje. Mirándose las uñas para concentrarse más a ante bajo cabe con contra de desde en entre hacia hasta para por según sin so sobre tras. Respiraba hondo porque había podido. Los adverbios se dividían en simples y compuestos y en adverbios de lugar de tiempo de modo de cantidad de orden de afirmación de negación y de duda. El periódico que tenía Coromina en las manos hacía ruido y no podía enterarse bien si alguna persona hablaba en el pasaje. Yazco yaces yace yacemos yacéis y yacen. Si se apretaba los párpados con el índice y el pulgar como si estuviera sobándoselos, veía a Coromina con cuatro brazos y dos cabezas. De ese pequeño pupitre que parecía un juguete, Marcela sacaba a los monstruos más famosos de la historia del mundo. Se sentaban las dos, un lado del cuerpo pegado al cuerpo de la otra, muslo contra muslo, pie con pie, y con la pierna que permanecía fuera del asiento presionaban fuertemente sobre la alfombra para así no caerse de la silla. Tenía torpemente el brazo izquierdo en la cintura de Marcela mientras que esta con la mano derecha sobre su hombro, la acercaba a sí, guardando lo mejor que podían el equilibrio. La luz, por instantes anaranjadas, de la tarde se proyectaba desde atrás, aclarando entre las sombras un espacio, el de ellas y el de las láminas. Miravé este grabado de Schmuck de 1679 una mujer gorda con cuatro brazos y dos pares de ojos y este de Paré que data de 1579 la chica de dos cabezas y este monstruo que sacaron del Tiber en 1569 con cara de caballo escamas de dragón y torso y vientre de mujer una pata de gallo y otra de cabra y fíjate del muslo izquierdo le sale un hombrecito con barba que está a su vez vomitando

un bicho que semeja un pájaro. La lámina que más le gustaba era la de los parasíticos de Licetus en 1630. El niño tenía medio rostro en la sombra. El pelo se le ensortijaba como una aureola alrededor de la cara cubriéndole solamente las orejas y una porción del cuello. El ojo visible era enorme, irreal en su proporción al resto de las facciones, especialmente en cuanto a la boca que cerrada con fuerza marcaba la redondez de la mejilla y del mentón. Por toda vestimenta llevaba una capa agarrada en un anillo a la altura superior del pecho, y que le tapaba los hombros y los brazos, dejando descubiertos los antebrazos y las manos. La mano izquierda cogía la punta opuesta de la capa para cubrir así los muslos y el sexo mientras que la derecha se elevaba en una posición extraña, el brazo doblado en un ángulo casi recto y con el índice levantado. En la mitad del vientre expuesto había otra cabeza viva, con el pelo parecido al del niño que la contenía, igual que la otra vista de tres cuartos de perfil, pero mucho más fea, la nariz respingona y los ojos pequeños y unidos a la nariz. El niño estaba de pie en un montículo de tierra en el cual crecían algunas hojas y flores. A la derecha de la lámina estaba el hombre viejo con el rostro enteramente de perfil y el cuerpo desnudo, los dos brazos extendidos a los lados para que se pudiera ver con claridad al hombre pequeño y adherido a su torso. Los senos del hombre semejaban dos ojos gigantescos y de su borde inferior arrancaban ese otro cuello, brazos, piernas, espaldas y nalgas que le cubrían el sexo. Este hombre de expresión triste y resignada, estaba, no se explicaban por qué, también dibujado en otro montículo de tierra donde se veían plantas y flores en ramilletes. La lámina de Lázarus Joannes Baptista Coloredo ya no le gustaba tanto. Tenía el pelo muy largo y sonreía orondo entre el bigote y la barba. Estaba de

pie muy tieso, pero el parásito de cabeza descomunal y hermosa, desnudo y con el dorso tirado hacia atrás de manera que la cabeza aparecía colgándole, creaba la ilusión de que Lázarus estuviera recostándose en la cadera derecha en la cual había colocado la mano bajo la capa adornada sobremanera, con varios botones que servían seguramente para cerrar al hermano cuando estaba dormido. Rosa y Josefa las siamesas daban la impresión de ser actrices por los vestidos transparentes de tul y los adornos en la cabeza, el cuello y los brazos. Rosa tenía un abanico o un plumero levantado detrás de la cabeza y Josefa leía un pequeño libro a su vez ornamentado con recargo. Los enanos y los gigantes no les interesaban, ni tampoco los monstruos alados o aquellos que eran mitad pez y mitad humanos. Coromina indagaba ¿y qué hacía tu amiguita? Isabel le había dicho voy a guardar el panetón hasta que venga mi mamá y lo había puesto en una mesa que tenía un hule amarillo con cuadrados verdes. La madre no llegaría sino hasta muy tarde pero no, a ella no le daba miedo quedarse sola porque en el callejón había varias personas y las conocía más o menos a todas. Esa vieja negra que parecía un cuco, arrugada y esquelética, con unos zapatos que le iban inmensos en contraste a sus piernas resecas, parado el alambre de sus pelos, la boca de labios flojos y amoratados, cubierta siempre por un chal negro y agujereado, se llamaba doña Guillermina y a pesar de su figura de fantasma, era de lo más buena. Había venido varias veces a preguntarle si todo andaba bien los días en que la madre se ausentaba y ella permanecía sola por horas y horas. En estos momentos la pobre vieja estaba enferma en su cuarto que era el más chico y miserable del callejón y nadie la iba a visitar sino Isabel y otra vecina soltera que hacía unos días había comenzado a trabajar en una fábrica de cartón. Sí, claro que sería una buena idea llevarle unas ta-

jadas de panetón con un café. Lo que a veces asustaba, había que confesarlo, era esa voz tan ronca, raspaba, hacía doler cuando se le oía y esa costumbre inesperada en una anciana, de lanzar escupitajos a cada rato. Estaban en la alfombra mágica y se escapaban del sultán porque habían logrado libertar al príncipe, no a la princesa, y volaban sobre cúpulas y mercados persas estoy que me mareo mira esa montaña azul, si la veo, y esas torres a lo lejos, si las veo, son torres de aguamarina, y fíjate más allá están las praderas de los gatos que vuelan y cuidado no te asomes tanto que te caes, yo ya no puedo tenemos que bajar o me mareo más me da miedo estar tan alto, está bien pero antes fíjate nomás en esa bandada de golondrinas no tienes que mirar abajo sino arriba están arriba, ya llegamos y ahora ¿qué? yo soy el sultán de las Graciasdádivas y se me ha perdido una hija favorita la tercera que borda con hilos mágicos creo que se la ha robado el Genio de la Malaventura, nosotras vamos a salvarla con nuestra alfombra mágica, no por favor de nuevo no a la alfombra. ¿Para qué lado se habría ido el vendedor de flores? Los dogos eran de varios colores y abrían la boca cuando se apretaban en el centro, pero Eulalia no regresaba todavía. Coromina cerraba el periódico dejando un dedo entre las páginas ¿a qué te gusta jugar más? Sus zapatos eran lo que pedían en el colegio, aunque no protestaban si compraban otros que fueran parecidos. Ya sabía, ¿por qué no el juego que les había enseñado Marcela? Isabel se echaba atrás no ese no que es muy triste, eso no importaba si era juego solamente Dios mío Dios mío que ha pasado en mi casa, así no vale tú te estás riendo, es que a ratos me da risa, pero si tú acabas de decir que es triste bueno de nuevo pues, Dios mío Virgen Santísima ¿qué ha podido pasarles a mis hijos se han ido para siempre a la región de donde no se vuelve más los buscaré en la otra pieza pero nadie me

abre por favor déjenme entrar que soy la madre que he vuelto del largo viaje y he sobrevivido un naufragio por qué no me abren, tírate ahora al suelo así está muy bien, ay Dios mío están muertos ya no tengo a nadie estoy sola ¿quién los habrá matado, yo tengo que matarme también pero he perdido el anillito en el que guardaba el veneno sin dolor adiós vida adiós crueldad adiós horror me voy con ustedes ahora te toca a ti, yo no quiero yo soy más bien la madre que se fue al cielo a buscar a su hijo perdido y lo reconoció por el llanto, pero el hermanito no lloraba, estaba durmiendo y respiraba roncando no pobrecito que está mal y no lo vamos a hacer llorar por gusto por jugar mi mamá está preocupada porque no quiere comer nada en estos días. Panetón no se le podía dar porque no le habían salido aún los dientes, no sabía por qué, Isabel se encogía de hombros, creía que a un poco más del año ya debería de tenerlos pero como aquel era tan chiquito y debilucho a lo mejor demoraba más, las manchas no sabían de qué eran, las había tenido siempre, eso de la cabeza es porque ha estado mal y no se la habían podido lavar, si lo hacían le podía traer un enfriamiento y era peligroso. Los granitos de Coromina estaban rojos, al leer se había estado sobando la frente y ella aprovechaba para agacharse y rascarse duro con las uñas el tobillo. Qué es lo que había ocurrido, no lo comprendía. Subió a la azotea con la intención de escribir un plan detallado de sus actividades, un horario minucioso para ver si podía hacer sus ejercicios, estudiar, dibujar en la carpeta de **Health** en vez de recortar figuras o comprarlas para pegarlas luego con goma, leer aunque fuera una hora de un libro que no lo pidieran en el colegio y jugar treinta minutuos de yaxes y treinta minutos de voley practicando sola contra la pared del porche o con alguien de la cuadra. Por costumbre había ido a rebuscar los cajones de la pieza de Margarita, y seguida-

mente con un gesto automático había tratado de abrir el otro cuarto, de redondear con la palma derecha la esfera plateada que le llenaba el interior de la mano y que a pesar de que girara los dedos hacia uno y otro lado, la manija continuara siempre firme y sin moverse, solamente haciéndose más y más tibia, más y más suave al contacto de la piel. Esta vez cedió con tal rapidez que de la sorpresa por poco no pierde el equilibrio y se cae de bruces. Se asombró de no haberse desilusionado más profundamente. Las losetas rojas estaban cubiertas de polvo y un catre de metal y sin colchón sostenía cuatro cajones de cartón que al abrirlos le hicieron estornudar de lo polvorientos que estaban. Vio que no contenían nada más que periódicos viejos, libros enmohecidos y sin pasta, que debían de haber sido de Eulalia o del padre, papeles amarillos que habían sido arrancados de revistas, y otros escritos con una letra dibujada en tinta negra y que estaban contenidos en carpetas verdes y que eran quizá las comedias que su padre escribía de joven y que se representaban en la sierra. Contra la pared vio unas cuantas sillas que hacían juego con las de la cocina y un pequeño mueble relativamente nuevo que se abría en dos hojas por el centro. Las piernas le comenzaron a picar y cuando se las miró, constató que se le habían llenado de pulgas que brincaban de un lugar a otro. Salió disparaba del cuarto a saltar y a darse palmadas en medio de la azotea para ver si las mataba o las ahuyentaba antes de que se le metieran dentro de la camiseta y el calzón. En el baño del segundo piso se quito toda la ropa y la sacudía sobre la tina, pero ya era demasiado tarde, tenía el cuerpo enronchado peor aún que si le hubiera vuelto a dar varicela. Tres puchos más en la sala y a hacer los ojos nublados para ver todo borroso así el humo no le molestaba tanto. El cazador tenía una pipa que no echaba humo. Los colores eran fuertes, el cielo chillón cholo

y había viento porque entre la hierba se veían hojas regadas y las espigas se iban arqueando hacia un lado. El cielo que le gustaba más era el rosado naranja de abril, con todos esos colores suaves y más le gustaban todavía las dunas en el camino a Ancón. El padre qué muchachita para rara se diría que tiene los gustos pervertidos. Eulalia se ponía muy seria y hubiera preferido que él no usara esa clase de lenguaje delante de la niña, pero él seguía no hay nada como un cielo azul de verdad, como se ve por la sierra o como lo recuerdo de España. Ella insistía en los tonos nublados y en la atracción que ejercía en su cuerpo el desierto. Ante el silencio del padre que se ausentaba con la mayor facilidad de una discusión, se ponía a cantar **Boda gris** que solo a Eulalia le agradaba en esos paseos en coche los domingos que el había venido a la casa, y de sopetón el recomenzaba con lo de los otros cielos, rezongando a media voz y describiendo azules puros y moteados exclusivamente por nubes formadas y caprichosas que le habían deleitado en su niñez. Coromina se desabrochaba el cuello de la camisa ¿estabas sola con Isabel todo el rato? Ella se detenía firmemente en el periódico para evitar así la bragueta que tendría botones o cierre relámpago. Elena le había dicho una vez que si tomaban jugo de naranja con miel de avejas les crecería una cosa igual a la de los hombres y podrían orinar paradas en la calle al volver del colegio o de la matiné. Margarita enojadísima señora estas niñas están haciéndome exprimir naranjas todo el día yo tengo otras cosas que hacer. Isabel se había reído lo locas que son ustedes eso es pura mentira uno no puede cambiar de lo que ha nacido. Marcela tenía esa forma especial de arrugarse mientras ladeaba la cabeza y ¿por qué no nos enseñan los órganos reproductivos? Miss Violeta asegurándose que la cartera estuviese bien cerrada y mirando hacia las pizarras como para convencerse que antes de

la salida no tuvieran palabras a medio borrar, que no se apuraran tanto, que cuando llegaran a media aprenderían lo que de acuerdo a la edad les convendría. Pichuza que no, que se podían esperar sentadas hasta crecer barba como Papá Noel, pero que no les enseñarían nada de eso y bajo los dedos firmes de Marcela que se deslizaban en voz alta glándulas salivales, gástricas, de Lieberjuhn, sudoríparas, sebáceas, mamarias, lagrimales, bazo, tiroides, timo, amígdalas, función digestiva, acción protectora en la piel, nutrición para lactancia de las crías, humedeciramiento del globo del ojo, diatasa que da origen a un elemento del jugo pancreático, función antitóxica que no existe más que en los niños y desaparece después, mucus que facilita la deglución porque en el índice de los capítulos no habían encontrado sino el esqueleto, los músculos, el sistema nervioso, los órganos de los sentidos, la digestión, la respiración, la circulación y nada por ninguna parte y ella es que debe de ser malo debe ser horrible dicen que duele por eso ni en las novelitas de amor que mi papi dice que son peste de esas que tiene Pichuza en su cajón de ropa interior al final de **Amor que no fue** se habían besado largamente en la oscuridad del muelle cuando las estrellas titilaban el firmamento y ellos solos y despreciados del mundo, sentían que el aliento de sus bocas, que los unía con un lazo de siglos, no sería suficiente para que volvieran juntos y con la cabeza alta y orgullosa en la luz de la mañana, sin decir una palabra el corazón les decía que el suyo había sido un romance de sombras, de penumbras culpables y en ese último beso sin voz, decidieron en entregar todo lo que tenían, la vida, la suerte, el amor, con una seguridad dolorosa de que ya nunca más se volverían a ver y convéncete que en alguna gente es solo besos y abrazos en los asientos del fondo en las matinés del domingo en el Mariátegui. Durante los cortos creyó haber escuchado

una risa conocida que la había regocijado. Buscó en la oscuridad el origen de esa voz, y no alcanzó a ver sino una multitud de cabezas, cuellos, espaldas y perfiles que no le eran extraños, que eran las mismas siluetas de otras matinés y de otros domingos. Solamente cuando John Derek, vestido de verde y con una pluma en el gorro, atravesaba el bosque y amanecía en la sala y en las butacas, allá, muy al último en la platea de su lado, vio a Pichuza que se besaba con Hugo Rosales. De Sherwood Forest y las peleas con arcos y flechas, de las lágrimas de Marianne, se dirigía a lo que la llamaba desde atrás, y después de haber rogado que no fuera Pichuza, que fuera otra que simplemente se le parecía en la risa, tuvo que admitir que no podía ser sino ella por ese vestido de margaritas que llevaba puesto y que nadie más podía llevar porque la tela había sido una muestra de la importadora y todavía no había sido repartida entre las tiendas para venta. Esperó otro instante de claridad y observó entre los tumbos de su pecho, aquel rostro cubierto parcialmente por la cabeza de Hugo y una mano grande y morena sobre el seno, la cual caía al segundo sobre el vientre que se mecía arqueándose, a veces con el apoyo que le daba su propia mano blanca contra las sombras que debían ser el pantalón de Coromina iba de aquí para allá de allá para aquí qué barbaridad si las cosas que me cuentan de tus berrinches por no querer comer cuánta cosa y oye pues no pongas esa cara yo no te estoy resondrando bueno sería que sin haberme dicho cuatro palabras en todo el rato que he estado aquí te me pongas a llorar de buenas a primeras. Si no estaba llorando y a Pichuza ¿qué tienes? ¿qué te pasa? cuéntame no seas mala. La otra salte de mi cuarto no quiero que me andes molestando con tus preguntas, y no iba ella a saber que algo le estaba sucediendo. Ojerosa y distraída, unas notas malísimas y por las tardes cuando se hacía

la que practicaba en la Underwood en el cuarto del balcón, el tecleo cesaba al poco rato y la hallaba con los brazos sobre la máquina y la cabeza escondida vete que andas aquí rebuscando me duele la cabeza. A la hora de almuerzo se quedaba dándole vueltas a la cazuela con la cuchara y al darse cuenta que ella la estaba observando, recién entonces empezaba a comer pero a la vista sin apetito, sin contar cosas del colegio, contestando a medias cuando le hablaban. Cada cierto tiempo anunciaba desde la puerta me voy a La Peruana a hacer una llamada por teléfono para ver si estudio esta noche con Teresita. Regresaba una veces sonriendo y saltando las escaleras de dos en dos para irse a su cuarto, y otras veces con la cara hecha un papel, cansadísima y de mal humor. La había pillado espiando a Eulalia, siguiéndola con los ojos por la casa, contemplándola como si nunca la hubiese visto antes y Eulalia se sorprendía ¿qué tengo? ¿qué me miras así? y se miraba las medias nilón por todos lados, acicalándose inmediatamente en el espejo del jol y arreglándose el cinturón del vestido o enderezándose la falda. Adelaida movía la cabeza a esta chica habrá que llevarla al médico en el verano se le veía muy bien de buenos colores y alegre ahora ¿qué le habrá pasado? El al volver de uno de sus viajes es la edad y qué esperan todavía tiene largo para crecer el organismo no se acopla como un reloj de cuerda y hay reajustes en el metabolismo de una muchacha que cambia de niña a mujer. Coromina se había sentado en el sillón favorito del padre y se agachaba hacia adelante ¿estabas sola con Isabel o estuvieron con otras personas del callejón? No, había estado también el hermanito enfermo y en el callejón esa mañana se habían ido todos a trabajar excepto una vieja que no la habían visto porque estaba también enferma. Coromina se aburría, se metía al bolsillo las dos manos que es mala educación y se paseaba

de un lado al otro en la sala, deteniéndose a veces a inspeccionar el reloj grande que una vez lo hizo saltar porque le sonó en la cara. Al capitán Fernández era igualmente lo que más le había llamado la atención y con gran aplomo a pesar de relucir su modestia, confesaba que militar y todo, era un experto en relojes, algo que con toda humildad tenía en común con varios personajes sobresalientes en la historia. Adelaida los hacía entrar muy contenta secándose aún las manos porque había estado ayudando un poquito a esa chica en la cocina. ¡Qué mujer se le notaba, como se había engordado y qué bien le sentaba! El capitán orgullosísimo es que todavía le esta dando leche al niño. Eulalia se acercaba a Rosita Luz y ¿llorará si me lo das? No. El otro se doblaba a coger el chupón que volaba por el aire qué va a llorar madrina es de lo más tranquilo este bebe. Por el arco del comedor ah fíjense quién está allí escondiéndose no se preocupen no está resfriada solo que por precaución la tenemos con chalina ven mira qué lindo el niño de tu prima si estuviera aquí Pichuza como gozaría de verlo tiene tan buena mano para bebes ¿y ya se han mudado ustedes? Sí, hacía poco y la casa estaba a su disposición, modesta pero con sus comodidades, les había costado un mundo encontrar una como esa y en realidad el ser militar tenía sus ventajitas, en la avenida Arequipa cerca ya a Miraflores. Adelaida ¡qué bien pero qué bien pues! Ella observaba al niño que sonreía sin dejar de mover las piernas gordas y embotinadas de lana, haciendo unos ruidos desesperados cada vez por sonreír demasiado se le caía el chupón. Rosita se dirigía hacia el comedor. ¿Dónde se había metido la Teodomira? y Adelaida está en la cocina con Margarita anda tú a llamarla. ¿Dónde podría cambiarlo que estaba tan mojado que ya se estaba pasando? Teodomira era un poco más baja que ella. Sin embargo cargaba al niño con mucha seguridad y la seguía por las escaleras.

En el descanso después del peldaño número once, se dio la vuelta para esperarla ¿cuántos años tienes? Tenía trece desde marzo y era de Huánuco, pero ¿dónde podía enjuagar eso? Allí en el baño y la llevaba hasta la puerta y el chiquito ¿no se cae? No se caía y la muchacha sostenía el calzón de plástico en una mano sin osar depositarlo en ninguna parte y con la otra iba enjuagando el pañal en el chorro que salía apenas del caño de la tina. No salía mucha presión de agua a estas horas y peor los sábados ¿por qué no se iba al patio donde lavaban la ropa? El chiquito se le reía babeando y oliendo a talco como la bebe de los ingleses. Cuántas veces al ir de visita con Eulalia a inclinarse sobre la cuna de tules que bordeaba entre el lila y el rosa de la habitación clara y alegre durante el día cuando la bebe estaba despierta pero ahondada en una penumbra violácea cuando los visillos estaban corridos y no se podían distinguir bien las reproducciones de Degás y algunas figuras en madera de Walt Disney que había traído la señora en uno de sus viajes a los Estados Unidos. Isabel le rozaba la mano sobre la frente qué bien que le había bajado la fiebre. Estos últimos días no había como quitársela y era difícil llevarlo al Hospital del Niño porque las hacían esperar tanto y tanto que el pequeño se mortificaba más y parecía sufrir mucho en los brazos y además mi mamá no puede estar faltando al trabajo todo el tiempo. Así mejor dormido, el dormir era señal de que se estaba recuperando. Casualmente por las cosas que le había contado acerca de Isabel era que Marcela había escrito la carta al presidente de la república pidiéndole que organizara cunas maternales semejantes a las que habían descrito en una revista de su padre y con las cuales se obtenían muy buenos resultados. Irene tenía grandes planes al respecto aunque no pertenecía al club y juntas habían compuesto la carta que todas las otras se negaron a firmar

porque se va a reír de nosotras y esto es una loquería que a ti nomás se te ocurre y a Irene que anda por la luna y nosotras creímos en un principio que iba a tratarse de un club para hacer picnics ir al cine juntas prestarnos revistas y discos ayudarnos en los deberes y por el estilo. Marcela adelgazaba la nariz cerrando los ojos y entonces ¿por qué L. T. C.? y entonces ¿por qué nuestros juramentos con sangre si no para unirnos todas a luchar contra la injusticia y el mal? Coromina se servía las aceitunas verdes con los dedos aún cuando Margarita había puesto los palitos de dientes sobre una servilleta recién almidonada ¡qué bueno este cinzano! tu papá siempre con lo mejor en casa dicen que es muy generoso y que cuando da almuerzos son unas tremendas comilonas. Se levantó para abrir pero desde la cocina Margarita yo voy a abrir y por la puerta de servicio la voz de la Chata que decía gracias y ella no había podido verle la cara ni tampoco había sentido sus pasos cruzando la pista o el pasaje. Eulalia reconocía lo puntuales que eran, lo decentes a pesar de ser pobres, lo pronto que devolvían las ollas o los platos en que mandaban las sobras, sí y la Chatita muy educada y señorita más fuera quieren mejorarse ¿acaso la hija mayor no está terminando la media en el Santa Rosa y quiere estudiar para farmacéutica? sí claro, Adelaida le daba toda la razón, eran decentitos. Eulalia con la cortina de la sala entre los dedos sí solo los varones les dan problemas el grandote ese acholado no ha querido terminar los estudios y dicen que es una maravilla en matemáticas y en mecánica pero debe de ser medio loco habrase visto darle unas pateaduras como las que da a los más pequeños, dejarlos como Cristos cada vez que al muy le dan sus rabietas. Y el papá, ¿cómo sería el papá? Ella lo había visto dos o tres veces en todos esos años, se parecía a Armando, era zambo

claro y no se reía nunca, no hablaba con nadie, decían que había sido marinero y que había cruzado medio mundo y hasta que hablaba inglés, quién lo diría y fíjate pues ahora no sale ni a asomar la nariz todo el día debe estar metido en el taller porque a la verdad yo nunca lo he visto ni siquiera de pasada, ni yo tampoco, y con once hijos encima que serían doce pero hacía tres años uno se le murió porque había nacido atravesado y la Chata les había contado que el parto la había cogido completamente desprevenida a su mamá quien nunca llamaba a la partera del pasaje ni a nadie porque tenía los hijos sola con la ayuda de las hijas mayores, pobres muchachas lo que tienen que ver a lo que una está expuesta cuando es pobre, sí y no hay que quitarles nada porque son muy agraciaditas especialmente esa que no sale mucho y que anda todo el año con el hábito del Señor de los Milagros y ella interrumpía es porque es enferma. Eulalia le hincaba los ojos ¿qué le da? no te alces de hombros que es mala costumbre ¿qué es lo que tiene la pobre? Le daban ataques y echaba espuma por la boca. Ah, la pobre sería epiléptica ¿y cómo era que el resto no tenía nada? A lo mejor era otra cosa, pobre muchacha, tan espigada y tan bonita y qué diferencia la que había entre los once aunque tenían por supuesto su aire de familia y ¿de dónde son? creo que de algún pueblo de La Libertad aunque no estaba segura, esa mezcla ¿no? unos blancos otros zambos otros acholados y qué buenamoza la madre si yo la he visto bien vestida cuando sale a visitar los domingos a su hermana que dice la Margarita está muy bien de costurera allá por Surquillo y ella de nuevo sin darse cuenta sí yo sé a mí me dijo un día si quería que la acompañase y que regresaríamos en unas dos o tres horas. Adelaida le sacudía los hombros ¡qué! ¿qué te dijo? Qué tanto lío hacían si ella no había ido, esa misma tarde se

fue con Jorge y Elena a ver una película en el Nacional. Eulalia qué coraje el de la mujer qué confianzas se toma esta gente es la ignorancia, es culpa también de tu marido eso de invitar a la Chata al cumpleaños de tu hija y forzar que los pobres comprasen un regalito con lo necesitados que deben de estar. Ella protestaba nadie forzó a nadie Chata mi santo lo vamos a celebrar el próximo sábado y quiero que vengas pero por favor no traigas regalo es solo para pasar un rato con unas amigas. Quién lo diría, se presentó por la puerta de servicio, nítida como siempre, el cabello crespo en rulos esmerados y parejos, un tremendo listón al lado izquierdo atándole, disciplinándole parte del pelo, un vestido celeste que había sido antes de ella y con su paquete muy bien envuelto y sonriéndole contenta te va a gustar. Cuando sacó con cuidado el papel de regalo leyó **David Copperfield** qué lindo Chata gracias ¿lo compraste en el **Nuevo Siglo?** La Chata asentía sin dejar de alegrarse sí como hace un tiempo me dijiste ese libro tengo ganas de leerlo le avisé a mi mamá y Adelaida después del **Happy Birthday** y de apagar las velitas y de prenderle la cola al burro, cuando ya se habían ido el resto de las chicas para qué que la Chatita no desentonó en nada es cuestión de la manera en que las crían la madre siempre en casa, y ella nunca les había contado sobre esa noche de verano cuando las mellizas y unas primas que habían venido a pasar unos días con ellas de Huacho, jugaron hasta que hacía oscuro afuera a los indios y los cowboys. Adónde se habrían ido los grandes no sabía, pero la Chata después de jugar y en la cocina de su casa jadeantes y tomando limonada ¿quieres ir a comer arroz con pato a mi casa porque es el cumpleaños de Carlitos? vamos pues y en la pieza donde habían camas y colchones por el piso, las paredes repletas de imágenes y de recortes de revistas y de anuncios que salían en los calendarios, le pusieron una banquita pri-

mero y más tarde mejor siéntate en la silla. La madre estaba sentada en la cama sin dejar de sonreir con una expresión semejante a las de las santas de las paredes. Los senos se le veían a través del camisón que fuera de ser escotado, se había desbocado por el uso. Tenía el pelo crespo amarrado en un moño que se arreglaba de vez en cuando sacando horquillas y sosteniéndolas en los labios antes de prendérselas nuevamente. Le habían sorprendido los brazos redondos y amarillentos, claros contra las sombras del cuarto, que la llevaban al rostro sin una arruga y con esa paz en él qué bien que hayas venido a acompañarlos yo misma he cocinado y lo contenta que estaba de que se llevara tan bien con la Chata y ellos por su parte vivían tan agradecidos por todas las delicadezas que tenían los padres y la tía Adelaida con su familia. La pieza era larga aunque le constaba que no dormían todos allí porque al fondo del corralón donde tenían un baño rústico, habían puesto a los mayores en dos cuartos que hizo mi papá le mostraba la Chata cuando recién se habían conocido. El cuarto no olía mal a pesar de que el bebe dormía en una cuna de paja como una canasta, colocada al lado de la cama más grande y delante de ella, al despertarse y llorar, la señora lo había cargado hacia su cuerpo y sacando el seno más voluminoso que había visto, de pezón casi negro que la impresionó mucho porque Eulalia los tenía, igual que Pichuza y como todo el mundo según había creído antes, de un rosado oscuro apenas rayando en el marrón ¿no quisieras tener un hermanito? No sabía y la señora miranomás qué gordo que está este y todavía ni he empezado a darle su papita a mí solamente me come y se recostaba sobre los almohadones que hicieron crujir la cabecera de la cama. Por allí llegaba la Negra con la comida. Caminaba hacia ellos manteniéndose erguida aun cuando la olla que traía debía pesarle mucho, bajando los ojos arrasgados

y ensombrecidos por tanta pestaña lacia. Le agradaba contemplarla sin temor a que la otra se ofendiera porque sospechaba que ese silencio y retraimiento no era timidez, sino más bien una tristeza colérica que a ella la confundía y la alegraba si por cualquier cosa que decía la Negra se fijaba en su persona y acababa por sonreírle cambiando enteramente de semblante, alargando aún más los ojos al pronunciársele los pómulos altos y la nariz aguileña ¿en dónde se va a sentar ella? Un alboroto de los chicos aquí aquí que se siente en esta silla, no allá junto a la mesa, sí mejor allá, no en la banquita pónganle esa silla que es más alta que coma con su comodidad. La señora sin moverse de la cama, el arroz con pato sobre la colcha gris y el resto en bancas o sobre los colchones alineados en el piso. Solo ella solitaria en la pequeña mesa sírvete pan que está fresco al que traen de tu casa le echamos agüita y lo calentamos y queda como salidito del horno. El arroz con pato estaba picante y habían presas para todo el mundo como en su casa. Se reían al comprobar que ella apuraba el pan y la chicha después de cada bocado del plato mientras que los más chicos oye miravé y se metían pedazos de ají fresco a la boca que les hacía lagrimear y que tragaban sin embargo sin toser o ahogarse. La señora se acomodaba de rato en rato en la cama levantando una y otra cadera mira pues como los tengo acostumbrados al ajicito y a ti ¿no te gusta? Sí, pero no podía. Pichuza se sacaba los ajíes de la refrigeradora y les quitaba las pepas en el baño de arriba para irse a su cuarto más tarde a comérselos y en las horas de la mesa, cuando el ají estaba en un plato para el que quisiera agregarle a los frijoles, Adelaida dándole manotazos en los dedos que alcanzaban deja eso ya has comido dos rodajas es malo para las niñas que están creciendo las mujeres no deben de comer ají como los hombres. Pichuza colorada, los ojos brillantes ¿por

qué? ¿quién dice? Lo decía ella y Bigote-egato arrimaba lejos los ajíes, lo sabía por experiencia, el abuelo nunca les había permitido comer sino muy poco ají y el vinagre también era malo, venía a ser lo que el alcohol, alteraba lo de adentro. En el cajón de la cocina donde guardaban algunas hierbas, la Margarita escondía el capulí que tanto les gustaba a las dos y que compraba a veces por unos centavos o que daban de yapa en la plaza y ella cómprame capulí cuando salían juntas al mercado. Margarita sí pero te lo comes en el camino porque tu tía Adelaida se pone como una furia casi me pega porque lo encontró en la refrigeradora un día dice que es malo. La Chata se sentó cerca a ella pero sin poner el plato sobre la mesa. Lo sostenía sin problemas en la falda y solamente cuando iba a servirse más chicha lo ponía sobre el mantel de hule. Cuántas veces Chata ¿quieres venir conmigo a la librería? En un minuto estaba de vuelta, vamos juntas, por la calle no pises las rayas y los huecos ahistá los huecos a la derecha si pero los de la izquierda no vamos a ver si en esa construcción encontramos una piedra firme para el mundo. Jugaban **yan quen po** todo el camino aun cuando no se iban a la librería **El estudiante** que estaba a dos cuadras de la casa, un lugar tan minúsculo que a lo más entraban cuatro personas a la vez. El señor detrás de los lentes y el mostrador, cabezón y tan bajo como ella, serio y malgeniado oiga señor esta cartulina no me la puedo llevar porque tiene manchitas que no se borran y él entonces tendré que guardarla en espera de una clienta menos quis-qui-llo-sa. Lo peor había sido esa mañana de diciembre por favor ¿tiene usted **Christmas cards?** No le entendió y ella repitió el pedido dándole esta vez pronunciación castellana. El otro oiga usted señorita aquí estamos en el Perú o sea que por favor me viene a comprar las cosas en castellano o si no váyase a los Estados Unidos a buscar lo que nece-

sita. Muerta de vergüenza no había vuelto a poner los pies allí en meses y cuando tenía que comprar borradores, papel de forro azul, tinta china, tinta corriente, cuadernos, blocks, libretas, figuritas, platinas, yaxes, libros Chata vamos **yanquenpo** hasta **El nuevo siglo** que quedaba frente al cine Opera y donde el librero, con una calva como la nalga de un niño, allá arriba porque el mostrador estaba muy alto, era igualmente malgeniado y hacía bromas pesadas. Eulalia había tenido que disuadir al padre que no fuera a hacer lío esa mañana en que faltando seis días para los carnavales había regresado a la casa con los ojos hinchados y la Chata asustada yo no hice nada pregúntenle a ella señoras fue el de **El nuevo siglo**. Después de pagarle y cuando esperaba su paquete de serpentinas y picapica el librero le había apuntado el chisguete directamente a los ojos que los tenía abiertos porque en nada le había prevenido, con una mano le había entregado el bulto mientras que con la otra derecho a los ojos. Le hacía burlas de su colegio, que era hereje, que estaba descomulgado, que eran gringas comunistas y que a ver si tanto inglés aprendes cómo se dice esto, y ella **cardboard** y esto **pen** y esto, **window pane** y esto **shirt** y dentro del pecho el terror de que le preguntara algo que no supiera y que no se le ocurriera inventar rápido cualquier sonido o decir lo que se le viniera a la cabeza porque le constaba que el otro no sabía inglés. Así y todo hasta el Opera con la Chata para no ver al de **El estudiante,** encogido y lúgubre en su hueco. Desde la otra acera divisaban a ver si está él mira Chata si está la señora o la chica entramos. La esposa y las hijas, más pequeñas todavía que ella, se mostraban siempre muy amables. La hija le hacía a menudo preguntas sobre su casa y le había enseñado a forrar de otro modo los cuadernos cuando crezca quiero ser arqueóloga y tú ¿qué vas a ser? Ella no sabía. La otra iba a estudiar arqueolo-

gía porque le encantaba leer acerca de las culturas preincaicas y le parecía una aventura ir a desenterrar huacos y momias. No se lo decía porque para qué pobrecita media enana qué iba a poder desenterrar nada y a ella ¿tú vas a irte a los Estados Unidos como tu hermana? Ella no sabía alzando un poco los hombros, a lo mejor le gustaría estar detrás del mostrador vendiendo cositas. La hija del librero qué chistosa eres a quién se le va a ocurrir hacer eso como ideal eso es lo que quiero hacer. Marcela cruzaba las piernas en el porche de la puerta principal voy a estudiar abogacía y ser diputado o senador y cambiar un montón de leyes o quizá si eso no resulta voy a unirme a un grupo de guerrilleros y hacer la revolución que derroque a los cachacos. Elena se quitaba el algodón sangrante de la boca y ¿cómo dijiste el otro día que querías ser poeta? Marcela se nublaba sin contestar. Elena yo creo que voy a estudiar farmacia aunque preferiría casarme a los veinte años y vivir en Miraflores en una casa que tenga un jardín interior y quisiera tener dos muchachas una para la comida y otra para la limpieza y el cuidado de los niños. Marcela hacía un gesto de hastío y ¿quién dice que tienes que casarte para ser feliz? ¿acaso no se pueden hacer otras cosas? Y luego se desataba a contarles biografías inventadas seguramente de mujeres que se habían destacado en los siglos. Lo único que aceptaba como una posibilidad de matrimonio era si tanto el hombre como la mujer se dedicaban a lo mismo y entonces, juntos y valerosos, pasaban los años persiguiendo siempre un sueño que tendría al realizarse un efecto profundo en la humanidad, así como los Curie. Pichuza también antes se empecinaba con eso de que nunca se maniataría en un hogar, que iba a buscar la esencia de su propia vida, ver como podía servir al prójimo o por lo menos luchar para mantener la certeza que en sus años habían tenido alguna importancia, algún pe-

so en el mundo. Ahora ya no, ni con libros quería saber. Al contrario, cuando se iba a estudiar los fines de semana y llevaba puesto el vestido de calle, escondía los libros en una bolsa o paquete envuelto con papel de cumpleaños. Esto es para ti le entregaba miss Violeta a Marcela que con su composición sobre un árbol se había llevado el primer premio no del colegio sino de la clase, de aquellos que organizaba miss Violeta para ver si mejoraban en comprensión. Marcela muy tranquila gracias y recogía el paquete y lo desenvolvía con mucho cuidado sobre la carpeta. Todo el mundo aver qué es a lo mejor es un libro es **Corazón** ¿lo has leído? con ansia la maestra y Marcela sin inmutarse mentía mirándola de lleno a los ojos no nunca todavía. En la feria del Campo de Marte Pichuza se había ganado con el número cuatro **Quo Vadis** y ella con el siete **Corazón** que la había hecho llorar una tarde entera en la pieza del balcón. Casi todos los días antes de que anocheciera se iban con Margarita y Pichuza y si era viernes podían salir después de la comida a darse una vuelta por la feria a ver deme el número siete que por cincuenta centavos le caía sin falta esa suerte flaquita y le entregaba chocolates, gomas, lapiceros, un cenicerito para tu papá, hasta que receló que lo hacía al propósito, que el encargado de mover esa ruleta podía controlarla a su gusto y le dio temor después de ganarse un marco verde de cerámica que a Eulalia le había gustado mucho, prefiriendo no apostar más su propina, quién sabría si al hombre ese no lo había puesto el Angel de la Guarda para probarla, para tentarla con el horrendo vicio de los juegos de azahar que tantos líos causaban entre Eulalia y él. Desde la cama oía con angustia la voz del padre te estoy aconsejando de buenas maneras que esto de jugar todos los viernes o los sábados hasta el amanecer va a acarrear consigo malas consecuencias y tú bien sabes ya que algunas de tus ami-

gas o tus primas mismas tienen lo justo para hacer la plaza y que se están endeudando de continuo para venir a jugar póquer te lo estoy advirtiendo ahora que no es demasiado tarde que le pongas un detente al vicio porque con esos asuntos en los que la razón termina perdiéndose se hace difícil desandar lo caminado y no te vayas luego a arrepentir. Coromina seguía agachado oye gorda te he preguntado si ayer te siguió alguien en el camino a la casa de tu amiga. No, nadie, ya se lo había dicho cuántas veces, no la había seguido nadie y no habían conversado con nadie. Casi todo el cuarto lo tenía una cama que no era muy grande, quizá como la de ella o Pichuza. Los **Penecas** estaban colocados en orden debajo de la mesa. Había dos cajones donde estaría la ropa y sobre la mesa, al centro como florero, un primus. Eulalia le acomodaba la chalina y ya sabes cuando estás donde Isabelita te aguantas hasta venir a la casa porque no sabemos cómo es su baño y no quiero que se te contagien enfermedades. Hacía tiempo oye ¿dónde queda tu baño? Isabel se había puesto colorada tienes que salir está ahí al fondo. No, si no tenía ganas quería saber por si acaso y nada más. Se echaron en la cama a hablar de las chicas del colegio. Isabel se acordaba de todas y le preguntaba por Marcela ¿qué está haciendo ahora esa loca? Estaban en clase de castellano y miss Violeta les había preguntado qué habían hecho en las vacaciones del verano. Marcela estuve en las montañas de Helvetia. Las de atrás que qué es eso que en dónde está, y miss Violeta un tanto recelosa no sabía que habías viajado y Marcela no con el cuerpo sino anímicamente. Eso dijo a-ní-mi-camen-te mi papá dice que quiere decir con el alma y Rina gritó qué dónde había estado era en Larco Herrera y nos moríamos de risa yo también y miss Violeta toda triste tú sabes cómo es ella con Marcela. Ya no podía oír a las mellizas pero dos hombres estaban hablando en la en-

trada del pasaje. Le parecía distinguir las voces del señor Mendoza y de Oscar aunque no podía estar segura. Oscar era un pariente del señor Mendoza, había venido a estudiar en San Marcos no sabía de dónde y hacía por lo menos dos años que vivía con ellos en la casa del fondo. Elena la llamaba cuando Oscar hacía ejercicios con la ventana abierta, de su casa se le veía claramente en camiseta y en calzoncillos. El sabía que lo miraban pero no cerraba las ventanas, al contrario, de vez en cuando asomaba el torso para respirar estirando circularmente los brazos y de reojo echaba una mirada hacia las dos cabezas que lo espiaban desde más allá. Cuando jugaban yaxes en la puerta del porche pasaba silbando **luna lunera** y ella tenía la impresión que al llegar a la parte de **por Dios que me quiera** siempre dirigía los ojos hacia ella ¿qué hacen mis novias tan santitas? Elena le apostaba a que te ganamos a los yaxes ven siéntate con nosotras, pero a ella le azoraba horriblemente el recuerdo de aquellos ratos anteriores al sueño, aquellos en que Oscar venía a buscarla y le decía te invito al cine y sin pedir permiso se marchaba y cuando se apagaban las luces Oscar la atraía a su lado y se besaban. ¿Y Marina? No había ido a su casa en mucho tiempo, por eso, con todos los detalles que cada repetición había continuado acumulando, volvió a relatarle lo que habían hecho ese sábado entre las tres en el salón limpio y de antiguallas relucientes y volvió a describir, sorprendida de lo diferente que le salía la historia a medida que la contaba, lo mucho que se habían entretenido durante la tarde con los juegos inventados por Marcela, los diálogos de los muñecos y las risas que terminaban por vencerlas y doblarlas sobre el piso sin alfombra de la sala de Marina. Isabel le cogía el brazo cuéntame cuéntame más y después hazme la imitación de las **teachers**. Ella seguía hablando de esto y de lo otro y a veces se daba cuenta de que

estaba aburriéndose y que no tenía deseos de inventar más cosas para hacer las narraciones más interesantes. Le entraban unos deseos intensos de ponerse la chompa a pesar del calor que hacía afuera y de irse a su casa. Al principio no le habían permitido ir a jugar al cuarto de Isabel, pero el padre había dicho las cosas no se hacen a medias que llegue a la casa y se lave las manos con alcohol y se acabó. Ahora podía ir algunos sábados siempre que prometiera no jugar con nadie más en el callejón no es por nada sino que eres delicada y de dónde sabemos que no atrapes una enfermedad y Adelaida claro y no solo es cuestión del cuerpo sino que con tanto pillo suelto y esos pobres aprenden todo desde muy chicos y con esa compañía sabe Dios lo que podría aprender ella también, y el alma de los niños era como un cristal y una vez que la inocencia se perdía el cristal se quebraba en añicos y ya no habría en toda la vida como reparar el daño. Ya te he dicho que ayer no fue nadie a la casa de Isabel que estuve solamente yo un rato ni siquiera me quedé hasta la hora que había pensado y Coromina ¿volviste sola o te acompañó ella? Margarita se quería zafar de su mano no te asustes ¿acaso no sabes regresar a la casa que queda solamente a media cuadra? ¿acaso no caminas al colegio sola algunas veces? y ella angustiada le cogía la falda qué exagerada nadie te va a robar ¿acaso esto es Bajo el Puente o te han metido en la cabeza que hay gitanas en el Campo de Marte? En un comienzo le había dado más miedo porque habían muchísimos puestos y colas larguísimas para entrar a la silla voladora que le estaba prohibida porque decían que una de las cadenas se había roto y una niña de cinco años se había matado mejor vamos a los carritos aunque nada más que una sola vez porque Pichuza se enrojecía de estar metida en esos coches que parecían de juguetes y además tan caros qué abuso. Su hermana y

Margarita preferían el cohete que a ella de verlo nada más le entraba mareo y con Elena se iba al gusano o a los caballitos que quedaban junto a la carpa de la Mujer Araña que en un cartel la anunciaban con una cabeza endiablada y ocho patas que le brotaban simétricamente de todos los costados. Pichuza oye no te andes colgando de mi brazo cuántas veces te vamos a explicar que no es sino puro truco, ¿y si era cierto que se había vuelto así a causa de un castigo que le mandó Dios por maldecir a los padres? Marcela no seas tonta fue probablemente el Hada Insectil que la encontró de niña buscando arañas en las matas de geranio y en los muebles viejos de los desvanes para triturar los huevos entre los dedos o para chancarlos en el batán que se usaba en la cocina de su casa. Marcela la empujaba hacia la carpa de los espejos en la cual se reían de las imágenes en contorsión, alargadas o chatas, desfiguradas y ridículas que se reían a su vez según se acercaban a ellas mismas. Por momentos el estómago le dolía de reírse tanto y Marcela qué bien que te ríes de ti y ella sí pero así no soy. Marcela muy seria claro que eres tú ¿quién dice que no? Ella se apagaba bruscamente, que se fijara bien que así como esa cabezona de allí no era, y la otra que así o no así, que qué importaba, seguían siendo esa gorda de la izquierda miravé y esa gigantona de la derecha miravé y también esa zancuda de más allá. Pichuza se hartaba contigo no se puede hacer nada ¿desde cuándo no te gustan los espejos? y ¿qué te pasa? ¿por qué pones esa cara cada vez que caminamos por este lado? Coromina le mostraba con el brazo las tres ninfas ¿esto también lo pintó tu abuelo? Ella negaba con la cabeza, y ¿cuándo pintó este cazador? aquí está su firma pero no hay fecha. No sabía, tal vez cuando aún vivían en la hacienda. Coromina se paseaba con la copa vacía entrecerrando los ojos y ¿el viejito tiene todavía buena

vista? Veía las letras grandes de sus cartas, orgulloso de su pulso, de su barba blanca en pera niña lléveme esto al correo y certifíquelas, bueno abuelito. Una que otra vez niña hágame bien este paquete que he comenzado pero que no puedo acabar porque no sé coser dele unas puntadas a los costados y ella sopesando el bulto cuadrado y ¿qué cosa es? El abuelo sacaba el vientre levantando la barba y ¿quién le ha dicho a usted que me puede hacer preguntas? ¿no le enseña buenos modales su madre? ¿desde cuándo un renacuajo de su edad va a venir a indagar lo que es o lo que no es? y Eulalia recomendándole con cariño tú tienes que ser paciente porque es viejito y está acostumbrado a otras épocas. Pichuza se rebelaba en ninguna de las casas de mis amigas se le besa la mano al abuelo por anciano que sea lo que sea en la casa de tus amigas mientras viva mi padre con nosotras los pocos años que le quedan todas haremos su gusto y no se me vengan a quejar que el señor poco pide y a nadie molesta tan callado y retraído que es. Salía a dar una vuelta a la manzana y los chicos y las muchachas sonreían al verlo pasar, hasta la mujer que vendía en el chino de General Garzón oiga ese señor del sombrero de copa con Chaleco y de bastón ¿es su abuelito? A pesar de que tenía casi ochenta años y Adelaida sabe Dios hasta cuándo lo podremos tener con nosotras, no le daba pena, tan soberbio, con su reloj de oro colgado del chaleco por una cadena, cuando bien sabía ella que no alcanzaba ya a ver los números y que se enteraba del almuerzo antes de que lo pudiera llamar a la mesa la Margarita solo por las campanas del reloj grande de la sala y al momento de oírlas, con pasitos tiesos subía de nuevo las escaleras a esperar el cucú del canario del otro reloj que tenía en su cuarto y que andaba atrasado por unos minutos. Lo único que quizá le doliera un poco era eso de que estaba perdiendo la memoria. A Eulalia y Ade-

laida les hablaba de varios acontecimientos de años atrás al tiempo que estas lo ayudaban a vestirse, le cortaban las uñas, lo bañaban o le hacían la limpieza del dormitorio porque el señor no permitía que Margarita se inmiscuyera entre sus cosas. Ellas dos lo escuchaban asintiendo con la cabeza y en coro sí papacito sí papacito, para luego espantarse en el jol asustadas de que el pobre estuviera hilvanando desatinos, que se le habían entrelazado los recuerdos y ya no le quedaba nada ordenado en la cabeza con tantos inventos que había sacado aquí y allá para rellenar los huecos del olvido. Marcela apuntaba amenazadoramente con el borde del zapato y hacía que la piedra se deslizara sin atacarse en las quebraduras de la vereda. Saltaba al siguiente cuadrado y al siguiente apenas usando de los brazos para mantener el equilibrio y ella sentada en el porche se hundía en los ruidos de sus bronquios ya no quiero jugar más y no es porque esté perdiendo. Cerraba los ojos echada en una de las camas del cuarto del balcón y procuraba traer con todos los rincones la casa de Tarma, la de la Oroya, los hoteles que había visitado en Arequipa, en Huancayo, la calle larga y triste de Barranca, las plazuelas en las que había jugado de niña, la cara de la enfermera que la cuidó en Chulec, los pueblos que cruzaban antes al bajar de la sierra a Lima, los botines que usaba de pequeña, los rostros que la habían perseguido por temporadas hasta cobrar tejido propio entre las sombras de su pieza, las manos de las muchachas que habían trabajado para ellos, la voz de miss Bonilla en preparatoria y mesa por mesa el semblante de las chicas que habían estado con ella a los seis años. No acordarse era morir y acercaba las palmas de las manos a su cara para ver si mediante el olor conjuraba al tío Miguel, tal como podía ser, sin distorsionarlo, sin agrandarle la frente o las espaldas. A Eulalia con desesperación ¿cuándo va a estar de vuelta?, y

su madre, pájaro a su hermana no sé piensa en él procura no olvidarlo. Se ahogaba con la chompa porque Coromina había cerrado el vidrio de la puerta de la sala oye peque te están distrayendo los ruidos de la calle. Se olvidaría de todo como se olvidaba de sentir por miss Violeta el cariño que había sentido por ella en las primeras semanas de la clase, esos días en que se le pasaban las horas contemplándola, auscultándole las manos sin pintura en las uñas y aliándose mentalmente con ella durante las humillaciones continuadas de las clases. Un lunes después de un feriado largo, entro al salón peleando con Sara Cohen y se volvió con cólera hacia miss Violeta que acababa de dar un golpe seco con la regla sobre la mesa basta ya de ruido, dos veces les había dicho que se callaran y se sentasen. Cómo había dejado de acongojarla el saberse reprimida no lo sabía. Se sentó y allí al frente estaba miss Violeta, una maestra cualquiera, extraña alejada y sin color. La escuchó fascinada pero no porque se tratase de ella sino porque era el verdadero libertador nuestro, el Santo de la Espada y miss Violeta señalaba con la regla un San Martín joven, de pelo castaño y rizado, la frente despejada y los ojos vueltos hacia la derecha, lado en el que sobre el hombro sostenía la bandera blanca y azul de nuestra hermana república argentina. Así habría sido de verdad, así con la nariz tan correcta y la boca pequeña sobre el mentón largo y redondo, disfrazado por las patillas hasta la altura de los labios. La voz de miss Violeta se ondulaba ¿en qué pensaba cuando lo pintaron aquel día? ¿sabría el valiente que iba a acabar ciego y pobre, viejo y olvidado en Francia, con una hija para cuidarlo y una pensión miserable que le mandaba solamente la nación agradecida del Perú porque los otros países ingratos no tenían la decencia de corresponder ahora que gozaban de su libertad? ¿Qué recibió en pago a su arrojo y en pago a su pasado

glorioso sin el cual no seríamos **somos libres seamos seamos seámoslo siempre** y se iban entibiando los ojos, quién sabe lo que se dijeron ambos en las aguas tranquilas cerca a Guayaquil. Bolívar, el ambicioso, el que tenía sueños de poder, queriendo por una parte tomar posesión del prestigio de las zonas liberadas y de la misma tierra santa sobre la cual tanta sangre y llanto se había vertido, y este libertador generoso, sin deseos de gobernar como un dictador, porque desde la cuesta de Chacabuco a través de Cancha Rayada en Chile y en el llano de Maipú hasta la batalla de Junín y de Ayacucho donde intuyó que debía llegar para destrozar el nido de las águilas ibéricas, en todo momento no se olviden niñas, en todo momento afrontó el peligro y arriesgó su vida desinteresadamente poniendo sobre el resto de las cosas en la tierra, el ideal de hacer patrias nuevas, democracias autónomas **despleguemos muchachos peruanos despleguemos,** cada una de ellas absorbidas en las palabras que las embrujaban manteniéndoles el interés de una manera igual a las veces que sobrando unos minutos de clase antes de que tocara la campana, miss Violeta les contaba las aventuras de Riquitiquitavi, imitando sin ruborizarse las voces de los diferentes animales de la selva y el timbre de sus palabras la atraía aún sabiendo no obstante, qué nunca podría ser como antes. Tirada en la cama procuraba volver a sentir las mismas ansias, aún la misma angustia, pero ni siquiera podía rescatarlas para revivir estos momentos que se le perdían cada vez más lejos de la cabeza y que al querer apresarlos se le escapaban con cualquier cosa, el ruido del agua, una voz gritona en el pasaje, las bocinas en el taller del costado, la voz hirsuta de Margarita **reír quién habla de reír si en la vida todo es solo llorar solo sufrir**. Miss Violeta le buscaba los ojos preocupada tengo esperanza en ti aunque es necesario que te organices antes noté un ligero cambio en tu vo-

luntad recuerdas lo bien que estabas aprendiendo las rimas de un libro que te presté y cómo empezaste con lo rápida que eres a captar las diferentes formas poéticas. Marcela se cansaba y ella ya sé ya sé lo que tienes antes te gustaba más y cómo una cambia por que sí, aún cuando el padre dijera que todo en esta vida tenía una razón y un porqué y de muy pequeña, la única vez que él le había pegado dos sopapos en plena cara no me vuelvas a decir que no sabes por qué porque algo hubo que me escondes. No le escondía nada, no sabía por qué había tirado la gorra del inglés al agua, un minuto antes no había pensado hacerlo, estaba absorbiendo el aire salado en la cubierta, mirando el agua para ver si lograba ver el salto de algún pez, escuchando al padre que en su inglés duro y errante conversaba con el pasajero en tweed a quien Pichuza había apodado tallarín con peluca, olvidando el camarote que olía a vómito porque Adelaida no soportaba el mecerse del Urubamba y se quejaba ¡ay Dios mío! ¿acaso teníamos que viajar en vapor para visitar Arequipa? alejándose de los gestos exageradamente sorprendidos de las mujeres que se reunían a jugar cartas por la tarde y que no podían creer que Eulalia tuviera una hija de la edad de Zeida porque parecen hermanas yo que usted decía que es mi sobrina o se conserva con brujería o la tuvo casi niña, tranquila entre el padre y el inglés mirando el agua hasta que no sé por qué papi te juro que no sé por qué, se soltó un momento de la mano del padre y alcanzo la gorra que el otro tenía cogida entre los dedos manchados de tabaco, una gorra a cuadritos blancos y negros y la tiró al mar sin pensar para luego repetir no sé por qué te estás enojando conmigo flaquita desde cuando me tratas como a un enemigo a ponerte tan modosa encogiéndote en el sillón y a no querer contestarme. A Coromina con el segundo vermut se le habían puesto feos los granos, se le pronunciaban más con-

tra la piel y a ella la camiseta le picaba hasta darle deseos de ir al baño, peor aún con ese silencio completo en la calle, tal vez a las mellizas las habrían llamado para almorzar. Coromina sacaba otro cigarrillo y era eso lo que le estaba cayendo mal. Prendida a la camiseta del niño vio un listón rojo muy fino y un frijol a su vez rojo y negro ¿qué es eso? Teodomira volteba al bebe para echarle talco a las nalgas eso le pone la señora para que no le caiga malojo, y sin importale más la curiosidad de seguir mirando el sexo del pequeño que crecería y haría pichi en las calles y más tarde otras cosas, volvió a la azotea y a darse cuenta por qué la tía Adelaida guardaba en una olla pequeña de barro huayruros, en ese armario junto a la pared del fondo en el cuarto que tenía con llave. Le había avisado a Marcela que la pieza aquella ya no estaba cerrada y Marcela insistía en verlo te regalo dos de mis cuadernos cartográficos nuevos si vamos esta misma tarde. La puerta había estado cerrada y al querer abrirla no había cedido como hacía unos días. Marcela sacó un alambre bastante largo del bolsillo en el cual había estado doblado y lo enderezó con esmero a ver si esto me ayuda esta vez. Encontraron en ese armario, además de la olla con frijoles mágicos, unos pergaminos, un frasco de metal que les dio asco porque al ponerlo contra la luz para ver lo que tenía dentro, creyeron oler sangre seca y pegada a la base y a los lados del pomo. En una caja de zapatos forrada en cartulina negra vieron pedazos de cera y en otra igual, unas raíces que parecían hombres en racimo. El olor que emanaba del cajón les llegaba al vientre en una mezcla de mareo y de placer. Sobre el armario habían dos macetas y ¿para qué guardará la tía esta planta rara que no había visto Marcela jamás, de hojas alternadas en el tallo, las flores rojas echándose ya al marrón y unas frutas negras que en Tarma él ¡cuidado nunca te las metas en la boca que son

venenosas! La otra maceta tenía unas flores semejantes a los dogos, en espigas moradas y que olían mal. Alrededor de esas dos macetas grandes, ordenadas en círculo había pequeñas macetas con ruda y culantro. Marcela se alocaba, le temblaban los labios de lo entusiasmada que se había puesto. Iba dentro de poco a romperse en una risa nerviosa, no porque hubiera algo cómico, tan claro y definido el cuartito, sino porque no sabía cómo esconder su alegría y ella por su parte no sabía qué hacerse, ni qué palabras decir en ese momento. Se movía de un lugar al otro qué no habrá aquí mira ese otro armario a la derecha de la puerta y allí inspeccionaban unos frascos de barro, escritos con distintos colores mirra, benjuí, sándalo y ¿qué más no tendrá? Tenía de esas galletas como de soda pero sin sabor que a veces llevaban las judías durante la semana de sus ayunos, y no solamente eso sino que sobre el armario había en pomos grandes de vidrio, semejantes a los del laboratorio del colegio y en donde se veían unos animalitos feos como lagartijas, pero de piel suave de gusano, negros y azules, algunos con pintas verdes en el lomo, mientras en otros frascos flotaban sapos verdosos y plomos. Abría otro cajón te apuesto que aquí tiene piedras negras y verdes y unas que parecían carbón y en un lado una especie de horno con pedazos redondos de leña renegrida. En el fondo a la derecha abrieron un ropero de madera oscura en el que habían colgadas tres batas de lino que al tocarlas les había sorprendido la sensación en los dedos de unas partículas diminutas de paja. Eran de tres colores, una blanca que llevaba la estrella de cinco puntas bordada en oro a la altura del pecho, otra negra con la estrella en rojo y la roja con la estrella en negro. Eran sencillas y toscas a pesar del adorno, amplias y recogidas por un cordón en el cuello y en la muñeca. Otro cordón, grueso como un lapicero, estaba amarrado al lado izquier-

do y tenía el mismo color que las batas. La capa fue lo que más les gustó. Era de seda por la parte exterior y venía forrada en satén, blanca por ambos lados, resplandeciente y fina con esa estrella enorme de seis puntas bordada en rojo y en negro. Las sandalias sin taco eran claras y no tenían el brillo del cuero encerado qué raro miravé ¿cómo le entrarán los pies tan grandes y gordos de mi tía en esas sandalias tan delicadas y pequeñas? Rebuscando cuanto podían abrir y destapar iban de un lugar al otro y ella creyó haber escuchado ruidos en la escalera de servicio apúrate a Marcela que revisaba unos libros de música, ordenados sobre una mesa, y los que no podían entender por más que se afanaba porque estaban escritos en latín. Ella sal rápido que estoy oyendo unos pasos en las escaleras de servicio pero la otra mira este pequeño altar, que más allá del círculo trazado en blanco sobre las losetas rojas contenía una calavera y unos candelabros. Se dirigía luego a una mesa que estaba dentro del círculo y a una especie de pedestal, ambos cubiertos por un mantel negro. Marcela jadeaba mira esto es lo que más me gusta, esta linterna de foco rojo y también esta bola de cristal. Daría su vida por esa varita de sauco que tenía un alambre de cobre al medio, que preocupadas ya no se acordaban de dónde la habían sacado y Marcela decidiéndose creo que en el armario cercano a la puerta de la sala tenía nuevamente el vidrio abierto y comenzaba a soplar una brisa chica que trataba de respirar volviendo la cara hacia esa dirección para evadirse de los cigarrillos de Coromina el cual se había recostado en el orejón estirándose al modo de un bostezo y hasta el punto de no poder quitarse de esa forma abultada bajo los pantalones y lo extraño que se le hacía el hecho que Coromina llegara a casarse o más difícil aún imaginárselo como en las películas besándose con una chica oye gordita que feo me miras y ella se había

quedado hasta muy tarde, agachada sobre las flores de madera que se delineaban contra el hilo amarillo, sintiendo voces que salían de diferentes sitios en el pasaje porque hacía tanto calor que había abierto ambas ventanas y de la casa de las cuatro niñas oía **tierra del Africa lejana** y **El escorial** que los tocaban una y otra vez desde hacía más de una hora. Los márgenes en la hoja blanca del cuaderno cartográfico de geografía tenían que ser dos líneas paralelas, apenas separadas por dos milímetros y que sirvieran de marco al mapa que dibujaría después. Había arrancado cuatro hojas porque estaba cansada y el pulso ya no lo tenía firme. Cada vez que procuraba sacar con cuidado la regla, la tinta china salía corriendo del margen y haciendo un manchón en el vacío de la página blanca. Cuando lograba hacer las líneas paralelas sin un error se quedaba contemplando esa blancura contenida que tendría inevitablemente que ser pintarrajeada con el mapa del departamento de Ancash o con el itinerario del río Amazonas. En su pupitre a la entrada al cuarto de coser arriba, tenía cuatro cuadernos, dos de dibujo con todas las páginas blancas y dos cartográficos. Le agradaba mirarlos, pasar las manos ásperas sobre la textura satinada del papel, luego los guardaba uno sobre el otro con cuidado debajo de las carpetas viejas de Pichuza y de figuras recortadas que había acumulado con el tiempo. Marcela los miraba codiciosamente cuando venía a jugar a su casa ¿para qué los guardas? si quieres me das uno y te escribo unos cuentos o poemas para ti sola. Siempre esquivaba una respuesta y al cerrar la tapa del pupitre ahora no después otro día. Adelaida era buena para las letras góticas. Todos los títulos de las carpetas y de los temas de Pichuza se los hacía ella en un dos por tres, sin siquiera tener que mirar el cuaderno de letras o dibujarlas primero a lápiz. Para los márgenes no servía, una vez ¡uy ya te lo manché! y se-

guidamente una tragedia porque de tanto arrancar hojas se le iba reduciendo el cuaderno de cuatro soles a dos y ¿cómo hacen las otras chicas de tu salón? Claro, siempre encontraban quienes se los hicieran, hermanas mayores, hermanos, tíos, primos, amigos, compadres, choferes, muchachas. A veces de deseperación entre las dos rayas procuraba disimular los errores de la tinta haciendo cuadraditos negros en los cuatro márgenes. Miss Violeta movía severamente la cabeza esto está huachafo tienes que aprender a ser cuidadosa con tus deberes son un reflejo de tu personalidad esos descuidos demuestran que no eres disciplinada y que buscas escaparte por el camino más fácil. Margarita subía más el volumen del radio a pesar de haber acercado ya la silla para oír mejor. La voz del locutor y ahora un aplauso para nuestro siguiente concursante que va a cantar se mezclaba con **llena mi pecho de candela** por la ventana. Los ojos le habían empezado a arder de tanto ir al cine rezongaba el abuelo ustedes dos se van a quedar ciegos. El reía no que es a la universidad que nos estamos yendo. Todos los días al Opera, al Nacional, al Mariátegui, al Arequipa o bien al Rívoli o al Roxy si la película era muy buena, salían los dos. Adelaida se iba a la azotea y al día siguiente Eulalia le relataba en detalle los sucesos del ecrán. Margarita también se sentaba a escuchar abriendo arvejitas o quitándole el hilo a las vainitas. Se hacía la que limpiaba igual que ella que fingía leer su libro de historia y palpitaba por Betty Davis que hace el papel de gobernanta y la esposa es una malvada que hace sufrir tanto al marido que este termina enamorándose de Betty imagínate la tensión en que viven ambos se quieren pero ella es honrada y nunca llega a ocurrir nada serio entre ellos entonces la acusan, Bigote-e-gato doblaba el cuerpo hacia la voz de Eulalia que entonces y después y si vieras continuaba modulando, citando frases, haciendo ademanes que la for-

zaban a saltar con el libro y que detenían el trapo de Margarita suspendido en el aire o inmóvil sobre un mueble. Cuando la historia era demasiado triste, Adelaida sacaba su pañuelo bordado y se daba toques a los ojos, a ella las amígdalas la ahorcaban y salía corriendo para el baño chico intentando pasar la saliva sin que le dolieran los oídos que ya los tenía de vértigo con el radio y el disco del pasaje. Si hacía el truco de los ojos, la madera se movía, las flores se hinchaban ondulándose, el florero de plata perdía la precisión geométrica de sus tallados incaicos y se iba mareando poco a poco hasta sentir el sueño en la misma cara. Esa noche en que se había quedado hasta tan tarde por los márgenes, Pichuza no había estado en casa. Tenía que estudiar para los exámenes porque durante los primeros meses en el colegio no había hecho nada. Él estaba perplejo con el cambio qué le habrá pasado a esta muchacha tan diligente y responsable que era ahora no mueve un dedo por los estudios, doces y treces en la libreta qué va a conseguir en la vida antes leía libros hasta se podía conversar con ella. Ahora desde que le habían crecido los senos y las caderas había empezado a ser otra. Ya no se sentía tan orgullosa de ser librepensadora ni leía en el cuarto rosado los trozos subrayados de **La guerra y la paz** jurando que no se casaría con nadie que no fuera como Pierre. En grupos, ahora se mantenía callada con respecto a la religión y a la política. En el colegio leía las novelitas de Corín Tellado porque desde esa vez de la hoguera en la azotea no se atrevía a traerlas a casa. Ahora su vida consistía en fiestas y en chicos y unos líos con la costurera que a veces venía de visita a la casa y que era muy paciente. Al medirle la ropa nueva Eulalia pero hijita cómo quieres que te meta más a la cintura si así no más ya no vas a poder respirar. Pichuza por cualquier cosa se encerraba a llorar a su cuarto una fiera gru-

ñía Bigote-e-gato una fiera se pone porque de vez en cuando tiene que asistir a reuniones de la familia ni que fuera una mujer sin parientes qué se creerá la señorita que puede darse el gusto solamente de sus compromisos como si en la vida los compromisos de la familia no fueran los únicos duraderos e importantes. Antes de irse a dormir se cepillaba el pelo frente al espejo del tocador del cuarto rosado **hello my name is Zoraida but I prefer to be called Pichuza**. Mentía en esos últimos tiempos con la misma facilidad con que caminaba graciosamente después de haber practicado con un libro en la cabeza que me voy al cine con Toya un día, que hoy hay un partido de bóleybol, que tengo que estudiar donde Teresita otro día, que hoy nos reunimos con las chicas del salón para planear la fiesta de primavera, que no se preocupen por mí si llego tarde de la reunión porque me trae la mamá de Clorinda que maneja. Detrás de la puerta con Adriana figúrate que mi papi dice que este es el siglo veinte que no quiere que haga las cosas a sus espaldas y que si tengo amigos que me vengan a visitar como gente civilizada a la casa muérete con las ideas que tienen a veces los viejos como si ellos estuvieran de lo más listos a poner un pie en mi san-to-ho-gar. Adriana que no tenía pelos en la lengua para acusar a Gloria siempre y cuando no se inculpara ella misma, iba corriendo donde su mamá con los cuentos, pero ella no hubiera podido hacerle daño a Pichuza porque la hubiera alejado aún más y ahora ya la sabía tan lejos. Cuántas veces antes bajo las mantas de una misma cama, juntas cuando les daba miedo porque los padres no habían regresado de alguna reunión o lo más probable que él estaba de viaje y Eulalia y Adelaida en la Quinta, ese olor fresco y tibio de su piel que siempre le traía el gusto de naranjas a la boca, esa piel especial de Pichuza, sus brazos suaves y lampiños, tan diferentes a los suyos, huesudos y de ve-

llos, y la inflexión de su voz que desde adentro no seas tonta si no oigo nada. Juntas a cada ruido se sacudían y luego en los instantes pequeñísimos de silencio cuando no ladraba ningún perro o no se oían bocinas o nadie gritaba borracho por la calle, se escuchaban respirar y armonizaban las dos tácitamente y podía acercar todo su cuerpo al de su hermana sin temor a sentirle los senos porque aún no los tenía, hasta que ella era la primera que se quedaba dormida y amanecía en su cama porque Adelaida las separaba o los padres al volver o quizá Pichuza misma, aunque nunca se lo había podido preguntar. Ya hacía un tiempo que dormían separadas. Pichuza quiero un cuarto para mí sola con una cama nada más y el padre qué sueños de grandeza una sola cama quiere ella ¿y qué hacemos con la otra? ¿la tiramos a la basura porque la señorita quiere una sola cama? Del cuarto del balcón que era también el del abuelo cuando no estaba en Chosica, varias veces había caminado durmiendo de regreso al dormitorio de Pichuza, y al día siguiente esta fingía no darle ninguna importancia, no prestarle ninguna atención durante el desayuno. Más tarde a Margarita ¡si todas las hermanas fueran solamente mayores! Crecía hacia la otra lejana que escribía largas cartas en su letra Palmer que entristecían a Eulalia y a él lo llenaban de una satisfacción sin palabras, las leía en la pieza rosada con sus amigas cada ser humano es único, tu vida es solo tuya, no debes dejar que te la vivan otros, llegar a ser un individuo total significa enfrentarse al mundo con sus propios medios, valerse por una misma, sentirse independiente y es cuando no le debes nada a nadie y todo lo has conseguido con tu propio esfuerzo que puedes decir ahora hago lo que quiero. Pichuza suspiraba entre las frases yo también me quiero ir a los Estados Unidos pero las gringas no me van a dar una beca con las notas que tengo aunque si trabajase dos o tres años

y juntara algún dinero mis padres me ayudarían en algo y me iría, sus padres no se opondrían porque aquí no se podía vivir como allá, con esa independencia de acción y de pensamiento, que se imaginaran nada más lo que debía ser vivir solas sin arrastrar la cola de los parientes detrás de una, el padre quería que fuera a San Marcos pero las tías pegaban el grito al cielo con eso de que se metiera entre tanta cholería y Teresita riéndose ¡como si en el colegio todas fueran rubias! Detrás de la puerta la aborrecía por quererse ir y porque algo sonaba a mentira en su voz como sonaba falso en las cartas de la otra de quien no se acordaba mucho y a quien no echaba de menos porque se le presentaba difusa. Le costaba hacerse creer que aquella tenía los mismos padres, que los suyos y los de Pichuza, que hacía años había vivido en esa misma casa en el cuarto del balcón, que esas fotos de promoción en la sala, la cara ovalada de frente alta, la boca carnosa, los rulos que le caían sobre el hombro era su hermana-hermana. El timbre de la puerta apagó el radio y Margarita pasen por favor, los señores se habían ido a la vermut y no tardarían en llegar, ¿les traía una tacita de té o gustarían una limonada? De la mesa del comedor los podía observar en un principio parados mirando furtivamente los muebles y los cuadros y las fotos y después se habían sorprendido de verla y se habían sentado el señor en el orejón, la muchacha en el sillón chico y a la señora no podía divisarla porque había tomado asiento seguramente en un extremo del sofá puesto en esquina. Margarita salió de la cocina ya vete a dormir son pasadas las nueve recoge tus cosas y acuéstate. Gracias muchas gracias, aceptaban el vaso de limonada y la muchacha lo sostenía levantando el meñique que según Eulalia era gesto de huachafos. Recogía los lápices, la cartuchera con los borradores, iba cerrando el pomo de tinta china y secando la pluma con las hojas

arrancadas, espiando el silencio de la sala. El hombre calvo se sentaba en el borde del orejón con la limonada torpemente en la mano y mirando el banquito de cuero repujado. La muchacha había colocado el vaso vacío a medias a su derecha en una de las pequeñas mesas y ahora sacaba una lima de la cartera y se contemplaba con satisfacción las manos. La Margarita ya apúrate pues ¡qué tanto demoras! El hombre había levantado el brazo y se jalaba la manga para ver su reloj y luego se habían encontrado dándose tan de pecho que ya no era posible bajar la vista ¿eres la menor? La voz era apocada como su piel amarilla y su calva. Respondió con la cabeza y apenas con permiso se dirigió hacia el jol y las escaleras. Me di cuenta que había algo raro la Margarita toda nerviosa queriendo deshacerse de mí mis papis llegaron y yo ya me había cambiado al piyama, que perdonaran la demora pero no era culpa de ellos, la película había comenzado con retraso y ellos qué ocurrencia si ya saben que tenemos un favor tan grande que pedirles que cómo nos iba a costar nada el esperarlos al contrario nos ha dado ánimo el estar un rato aquí en su sala tan bonita y acogedora ya saben pues nuestro problema, y la mujer se puso a llorar y Eulalia pero no pues cholita hay que ser valiente en estos casos y la mujer sollozaba muy bajo y el hombre la vergüenza la deshonra y aquí la tiene con solo dieciocho años y víctima, eso dijo Marcela víc-ti-ma la Margarita había dejado la puerta de la cocina abierta y también escuchaba como yo desde las escaleras, vino de pensionista a nuestra casa lo creímos un muchacho decente es de buena familia compadre hasta está relacionado con unos parientes de mi mujer en Ica le faltan nada más que unos dos años para su ascenso a capitán según me han dicho por ahí qué le cuento salió con la espada de honor de Leoncio Prado y es muy perseverante bien educado con sus cosas de muchacho

pero quién iba a pensar que se iba a aprovechar de la inocencia de esta muchacha y ahora se ha ido y no quiere hacerse responsable de nada y toda nuestra vida una vida basada en buenos principios en no hacerle daño a nadie siempre he sido respetado por mis colegas y mi esposa siempre ha caminado con la cabeza alta y con orgullo y ya nos ve hoy con esta tragedia este bochorno, Marcela si tú supieras yo creía que el hombre iba a ponerse a llorar igual que Eulalia y que la señora y de la escalera podía oír que Margarita se sonaba la nariz, háblenle por favor a su primo el ministro él tiene como hacerle cumplir su deber nosotros qué podemos contra ellos se trata de nuestro honor a eso por lo menos tenemos derecho los pobres el honor por favor Eulalia compréndenos, siclaroclaro y Eulalia consolaba a la señora que seguía llorando, y a la muchacha no podía verla desde las escaleras o sea que no sabía qué cara pondría, el padre continuaba si ya bien lo saben ustedes que nos vinimos de Ica solamente por Rosita Luz para que no se criara en provincia para que aquí lograra un mejor futuro hemos pagado un ojo de la cara para que se eduque en un buen colegio y ahora qué ¿qué hacemos con los pedacitos de periódico que tienes en la cartera? Marcela miraba a su alrededor como si de las paredes blancas pudieran surgir mayores que le arrancarían la prueba que traía abrazada al pecho. Partieron por la escalera de servicio tropezándose por el apuro y tapándose la nariz porque los sábados se lavaba con bencina en la azotea y el olor las podía privar. En el baño chico del patio cerraron el pestillo y Marcela abrió su cartera con toda calma para hacerlas esperar como siempre en esos casos, y lentamente fue sacando varios papelitos recortados y miren esto la señora Dominga Torres Callama, domiciliada en el jirón Cochabamba numero 44, fue hospitalizada ayer con múltiples contusiones después de ha-

ber sufrido un ataque bestial de la parte de Hernando Pérez, el cual se halla actualmente detenido en la penitenciaría de Barranco. La señora Torres volvía de hacer el mercado cuando fue asaltada en su propio hogar por Pérez, quien tenía la intención de violarla pero se encontró que la mujer defendía su honor con gran valentía consiguiendo escapar luego de cruenta lucha, hacia la puerta de la calle donde sus gritos llamaron la atención de los vecinos que se apresuraron a llamar a la policía. Ella silbaba sí pero el señor decía víctima y Marcela negaba con los puños insistiendo que no te lo pueden hacer si no quieres eso le he oído decir a mi abuela una mujer honrada puede contra un batallón de soldados si se propone defender su honor y miravé aquí este otro Gladys Correa Romero, domiciliada en Huáscar 230, estuvo a punto de ser ultrajada por Carlos Herrera, alias el Santito, al regresar del taller de costura al que asiste diariamente como alumna, en una parte desolada de Surquillo, pero se defendió, ya ves aquí dice se defendió a patadas y con la cartera hasta que propiciamente llegó Juan Hurtado Jaramillo, que pasaba en su bicicleta camino a su casa, ya ves ya ves, sí pero en una película Rosa Aguilar no se quería casar con un feo de bigotes y tuvo que hacerlo por los padres aunque estaba enamorada de un pintor sin dinero y después de la primera noche que dicen que es cuando se hace él le dijo tú ya no vales nada ahora eres una mujer más y estaba casada y todo. Sentadas en el suelo intentaban alejarse del excusado y no chocarse contra el tubo del lavatorio. Ella se atemorizaba al constatar que la séptima loseta de su lado estaba rota yo creía que el honor tenía que ver con ser pobre y no mentir y no robar. Elena se pelaba el labio con los dientes picados eso es para los hombres a la mujer le pueden robar el honor y de paso se lo roban a toda su familia a pesar de que es diferente con

las mujeres casadas que tienen hijos porque los hijos quitan la culpa. Marcela se jalaba los nudillos ¿y las que están casadas y no pueden tener hijos? Elena muy sabelotodo esas son diferentes porque cuando lo hacen piensan que a lo mejor van a tenerlos guardan hasta viejas la esperanza. Y entonces se turnaron para orinar porque se contagia de ver y se reían de otros tiempos cuando eran más chicas y habían creído en las cigüeñas y en la fábrica de París y en las píldoras hasta que un día en el closet del salón en el colegio, Aurora que según Pichuza se peinaba como mujer mala y se ajustaba el cinturón para provocar a los muchachos, junto con otra agrandada las habían acorralado a ella y a Marcela ay miren a las inspectoras a las niñitas buenas ¿a que no saben cómo se hacen los bebitos? Habían protestado tenemos que cerrar el salón y devolver las llaves, ya hacía rato que había sonado la campana de salida. De las ventanas abiertas del salón entraba el ruido de la 28 de Julio y de dónde sería también les llegaba un olor fuerte a floripondio que es flor de muerto y que envenena cuando se respira de noche viene el papito y le mete la cosa que se pone dura a la mamita ahora ya lo saben para que no se crean tan especiales tan únicas tan gringas hablando inglés y leyendo cosas tan importantes. Marcela salió disparada olvidándose de la maleta y de los libros y ella agachada contra el excusado vomitaba en esa otra tarde de abril hacía ya mucho tiempo, ella y Pichuza volvían del colegio y el soldado que estaba esperando a una de las muchachas de los Picón en la esquina, se había acercado hasta tocarle la oreja con los labios y Pichuza corriendo hasta la casa donde no había alcanzado al baño, dejando una mancha lechosa a la entrada del jol. Ese día bajo las miradas burlonas de las dos agrandadas de la clase, no había podido pensar sino en túneles y tubos y más túneles y más tubos hasta que

en la oscuridad le había penetrado un dolor fuerte de cabeza, unos deseos duros de llorar y la respiración se le había agitado que tuvieron que venir a su cuarto, sentarla en la cama y sobarle el pecho con Vicks. Más tarde, unas semanas después, cuando por fin habían podido abordar el tema casi naturalmente, Marcela le había esclarecido bien las cosas para que no andara preocupándose ni bajando los ojos ante sus padres. A ella y a Elena les había contado que sobre el Hotel Crillón y sobre el Embassy, habían unos cuartitos a los que iban las parejas casadas con unos billetes conseguidos de antemano de uno de los ministerios, ella creía que era el de Salud Pública, y que allí iban a hacer eso cada vez que querían un niño. Con desahogo calculaba que sus padres solamente habían solicitado billetes tres veces y Elena no sabía si en la Argentina donde había nacido ella o en Roma donde había nacido Larissa, habían esos hoteles y Marcela aseguraba que sí, que sí los había y todo el rato se le notaba muy orgullosa y condescendiente porque era hija única. Detrás de la puerta de las Noriega, una confusión horrible con las frases de Pichuza y de Gloria que le golpeaban el bajo vientre ablandándola y con los **Cuéntames** en los que Harry Gray y Becky McIntyre permanecían de buena voluntad ambos besándose en una camioneta hasta pasadas las tres de la mañana y las parejas en el Campo de Marte en las bancas o en la hierba no seas malcriada, la voz perejil de Bigote-e-gato no mires a esos sinvergüenzas que deberían estar en la cárcel por exhibirse de esa manera tan descarada. En el espejo de bordes dorados se reflejaba la mesita labrada con la planta de orquídeas de Eulalia y un poco de las losetas del jol. Cuando venía por la puerta de la calle tenía que pisar cada tres o la iban a jalar en **Spelling.** Pichuza le decía con burla mírenla **camina como chencha,** pero ella seguía pasito a paso hasta la alfom-

bra del comedor en el que los cuadrados solamente valían cuando venía de la cocina para ir arriba. ¿Nadie vino a verlas? ¿No habían hablado con nadie? A Eulalia le gustaba Coromina, lo invitaba a tomar lonche cuando sabía que Pichuza iba a estar en casa aunque Pichuza no lo podía ver. El cazador no podía verlas porque estaba andando hacia el árbol y miraba adelante siguiendo al perro que con la pata levantada ya tenía idea del lugar de la última perdiz. Tenía hijos en una casa con techo rojo que estaba lejos, escondida entre los árboles pero allí estaban, eran tres, dos niñas y un niño, esperando que llegara él con las perdices para que la madre, vestida de azul largo con un mandil a pintitas rojas, melliza de la madre de las seis niñas, un moño rubio y elegante en la cabeza, las cocinara. ¿Habían jugado solas todo el tiempo? Coromina vete a tu casa corre a la mina con tres granitos y sin pipina. Marcela escribía versos en la clase haciéndose la que estaba tomando apuntes. Rina nunca le creía te los copias de los libros y la otra nunca jamás y se iba llorando de rabia, no lloraba sino cuando se metían con sus versos. Marcela inventaba palabras que confundían a miss Violeta y a pesar de los consejos de la maestra, había dejado de contar las sílabas para que tuvieran el mismo número de línea a línea, y había tirado al cesto de la basura el libro de rimas que miss Violeta le había regalado como premio a una composición. Ella, en los días que Marcela la irritaba, en esos días que le hubiera gustado borrarla, deshacerla entre los dedos como se deshacían las alas de las mariposas disecadas, después de leer lo que la otra había escrito los poemas de verdad los que aparecen en los libros tienen rima y son de una clase o de otra estos están bien para juego o para practicar pero no para que se lleguen a apreciar en serio. Marcela cerraba el cuaderno ¿quién dice? ¿quién dice? ¿quién es el rey para decidir? Todo

el tiempo solas ya le había dicho. ¿Para qué le preguntaba tanto? Después al hermanito lo cargó Isabel por unos momentos, aunque estaba tranquilo tiene el pecho mejor porque ya no le suena está respirando bien ni se le siente. No se movía nada y dormía, mejor así dormido, sin los ojos saltones y tristes y la frazada amarilla que le llegaba hasta la barbilla, Isabel lo había tapado cuidadosamente. Era mejor no limpiarle las legañas secas porque se iba a despertar y no tenía que cambiarlo porque no estaba mojado, cuando no tomaba agua se quedaba horas sin orinar ¿por qué no le cantaba eso de **este niño tiene sueño y no tiene cuna** que le había enseñado su papá? Le cantó acercándose a él y jalando el colchón de un lado al otro, suavecito, porque no había forma de mecer el cajón. ¡Qué quieto estaba! Así era cuando dormía déjalo tranquilo se va a poner a llorar y ya no me vas a poder contar más cosas. Coromina daba unos pasos hacia el comedor y admiraba los objetos de plata cuánta cosa y aquí hay muy poco moderno ¿no? ¿todo esto les tocó de la familia? Se encogió de hombros. Coromina levantaba el florero de la mesa estos diseños parecen ser de la cultura Chimú ¿ya has estudiado en el colegio que en algunas momias del tiempo anterior al de los incas, conseguían hacer trepanaciones cerebrales y que el paciente se recuperaba en la mayoría de los casos? Lo adelantados que habían estado en agricultura, en astronomía, en la fabricación de textiles, en la perfección de sus caminos, en leyes sociales y ahora mira tú cómo andamos ¿siempre llaman al tío Germán cuando hay enfermo en casa? Sí, solo que era la partera de una de las casas del fondo del pasaje la que venía a poner las inyecciones. Pobre suspiraba Eulalia cuando Jacinta se despedía usando la puerta de servicio tan buena muchacha seriecita tranquila y cuando uno la conoce bien no se ve tan fea uno se olvida del bulto que tiene en la

mejilla llevando un luto tan cerrado por años y años desde que se le murió la madre y haber traído cuánto niño al mundo y no tener ni siquiera uno que pueda llamar de ella. Adelaida y para eso Dios le ha dado sobrinos que sin Jacinta no estarían correteando ¿no te has fijado lo debiluchos que son de apariencia? Pichuza era la que había tenido la idea cuando Jacinta había sugerido que podía hacerla engordar. Le sacaba sangre de una nalga y se la ponía en la otra y a la semana invertía el orden. Pichuza reclinaba la cara en la palma de la mano derecha además mami ahora ya grande me da no sé qué que el tío Germán sobrina a ver dame la nalga no te va a doler nada. Claro, no sabría ella que Pichuza detrás de la puerta del cuarto de Gloria en los sábados Noriega ¡uy si supieras que me estaba revisando la garganta y de repente tenía los ojos en los míos y peor cuando me tiene que oír el pecho ! ¡ah con que la sobrina ya lleva sostén! y si supieras que en las fiestas todas se mueren por él y quieren que las saque a bailar como su esposa está siempre encinta y desde los tres meses hecha un barril él se hace el difícil no creas como sabe que tiene su gancho no baila sino de rato en rato y a mí no me gusta la marinera pero cuando lo veo hacer los pases y atacar como un gallo se me hace que es el baile más **sexy** que existe. La misma Adriana oye qué churro tu tío cuando venga a comer a tu casa o si sabes que va a ver al abuelo pásame la voz pues no seas egoísta y no bromeaba. Quién iba a pensar Adrianita tan estudiosa y dócil en casa que solamente se distrae con deportes lo vivaza que era. El tío Germán las veía jugando yaxes en la entrada cuánto pollito hay en este barrio a ver un permiso y alto como era se doblaba unos segundos observando la pelota en el cuatro de leivis que torpemente se iba rebotando hacia sus zapatos porque a ella también la ponía nerviosa esa forma de hablar continuamente a media burla,

penetrándola con los ojos rasgados y boliches y el bigote negro que se distraía de la piel lampiña. Eulalia bromeaba con él sin aturdirse oye Germán cómprate un sombrero de charro y a Méjico a hacer películas ¿de dónde nos has salido tú con esa pinta de Jorge Negrete? Aunque él no tenía que irse a ninguna parte, era médico de señoras y en qué pocos años ha sabido subir ese hombre su oficina parece una sala americana y sin embargo con lo ocupado que anda qué servicial con la familia te acuerdas como estuvo aquí día y noche esa vez de la intoxicación? Eulalia bajaba los ojos por favor no me hagas recordar y Adelaida qué ocurrencia ¿todavía no se te pasa? ¡qué terca eres cuando quieres castigarte porque sí infinidad de veces te hemos dicho que no fue tu culpa que lo hiciste de caridad y que esos chiuches que andan sueltos como perros en la calle tienen un estómago de piedra ya ves como al gringo Echevarría no le sucedió nada y además Dios protege a esas criaturas desamparadas tú qué ibas a saber lo que ocurriría ese sábado que él después del almuerzo vamos a dar un paseo a La Punta Echevarría tiene que consultar a un socio en el Callao quizá el cielo esté más despejado por allá ¡hala chicas a cambiarse en algo más alegre! Pichuza en el baño mientras ella orinaba y Eulalia se ponía un poco de rouge en la cara mami yo no quiero ir ese español me carga comenzando que no le entiendo la mitad de lo que dice y se sonroja como una quinceañera solo cuando come se le ve tranquilo. Eulalia qué mala que eres pobre hombre solo en el Perú sin familia y Pichuza ¿y por qué no se casa? Eulalia se depilaba la entreceja sabe Dios hijita uno vive como puede y pocas veces como quiere no habrá hallado con quién de broma en broma ha dejado escapar cuando le he comentado al respecto vaya vaya señora tratándome de usted ese gigantón que las peruanas son muy engreídas y no po-

dría tener a la mujer contenta. Pichuza de todas maneras dile a papá que tengo cólico del período o que me duele la cabeza cualquier excusa pero no quiero ir además esa grosería de decir coño y culo delante de nosotras y por el espejo las dos tan iguales se sonreían. En un comienzo le había molestado que la sentaran en el asiento trasero entre Adelaida y Echevarría. Pichuza a sus amigas debe medir un metro noventa y se muere por mí con sus ojos azules y rubio pero yo ni la tos porque me da la impresión de un niño crecido. No encontraba cómo colocar las piernas y sentirse cómodo a pesar que el padre había movido el asiento delantero hasta donde daba dime José si estás cómodo atrás porque puedes venir aquí y mi mujer se cambia contigo. Esa voz de toro nada hombre nada que aquí estoy jugando con la maja que me adivina todos los trucos de mano que quiero hacerle y a ver maja qué tengo en la palma. Un medio sol viejo con el escudo casi borrado se veía real en la mano enorme y cerraba los dedos ¡epa chica qué tengo en el cuerpo? mira tú tras la oreja y allí estaba Adelaida con la boca abierta encantadísima mirenpués qué bien este sabía hacer trucos mágicos hasta La Punta donde le compraron de un heladero unos bombones que le hacían daño en la muela mala cada vez que mascaba por ese lado, a la vez que la boca seguía haciéndosele agua de observar a unos muchachos que salían riéndose del mar para acercarse a un grupo de mujeres gordas y morenas que hablaban en voz baja entre las risas y luego los ayudaban a secarse. Quería tocar el agua, que la llevaran y Adelaida qué cosas tiene esta chica no ha terminado con un catarro y ya quiere volver a asustarnos, pero Eulalia de buen humor anda quítate los zapatos y las medias y déjalos con tu papá en el auto dile que lo cierre con seguro a veces por conversar se le olvida. Juntas caminaron hacia la orilla, ella escogiendo con cuida-

do las piedras grandes y planas para poner los pies y Eulalia cogiéndola fuertemente de la mano para que su peso no cayera solo en las plantas. El agua le daba corriente en los pies como si se le hubieran dormido y la respiración se le cortaba cada vez que la ola venía contra ellas. Eulalia se había quitado también las sandalias y las había dejado un poco más arriba anda tu tía no está mirando remángate un poquito los pantalones y prendida de la mano suave de loción de almendras Yardley se atrevía un trecho más para chillar asustada cuando creía ver una ola demasiado grande y que le fuera a reventar en pleno cuerpo arrastrándola hacia el mar, separándola de su madre y ahogándola para siemprejamás ya no mami vamos a las bancas. Al volver pasaron junto al grupo que seguía haciendo ruido con las risas y las voces y el radio portátil **amor amor amor nació de ti nació de mí,** las mujeres de rostro ancho y el cabello negro en una permanente que les había enrojecido las puntas de los crespos igual que a la Margarita cuando había decidido hacía unos años cortarse las trenzas, y los hombres oscuros y macizos, en truzas de baño ceñidas sobre las caderas angostas, en cuclillas mostrando con precisión la línea firme de los músculos en sus piernas cortas y en el pecho todos con una medalla que besaban luego de persignarse al entrar al mar. Miraban a Eulalia de reojo y Eulalia no te pongas tú también a mirar así que es mala costumbre. Lo joven que la vio contra el sol que en ese momento casi brillaba entre el espesor de las nubes, con esa solera exacta a la de Pichuza, de **everglaze** lila, ajustada a la cintura y pronunciándole los senos y las caderas. El padre se había fruncido antes de salir cómo ese vestido ¿es tuyo o de Pichuza? Eulalia con un poco de sonrisa se aseguraba la cadena de oro en la muñeca ¿cómo crees que me va a entrar un vestido de Pichuza este es mío la tela es pareci-

da sólo que el color es distinto. Dense prisa hacía él con las manos vaya con las tías remolonas vamos a comer unos mariscos en ese puesto que tienen en la esquina. Echeverría le había enseñado no maja que así tragas aire mirabién no pongas todo el pico de la botella en la boca deja un espacio sobre el labio superior vaya así estaba mejor que no terminara toda la botella de Orange Crush porque por ahí no habían baños y los restaurantes estaban por lo visto cerrados y además las mujeres no entran en los baños de los cines los restaurantes y de la gente que una no conoce bien. Cuántas veces pero es que me estoy haciendo y Adelaida la cargaba levanta las piernas y no vayas a tocar el excusado con la piel porque te pueden dar enfermedades. Pichuza a sus amigas no es solamente eso sino que es verdad no es superstición se llama partonogénesis y que horror tener un hijo de cualquiera y no saber ni de qué color saldrá. Los mariscos estaban picantes, por eso comió unos cuantos del plato de Eulalia y ya no más dame Crush quiero otro helado. Echeverría comía una segunda porción abstrayéndose del contorno y sin fijarse en el niño que le jalaba suave del saco y al darse cuenta que Eulalia lo miraba, con cara de pedigüeño, ojos saltones y manchitas amarillas por toda la piel de la cara señora convídeme algo pues ¡señora que tengo hambre! Le habían comprado un plato de mariscos y una Crush ¿no pica mucho? y el niño feo sonriendo no pica nada señora nada habían sentido por el Callao yendo despacio en el carro porque a él le gustaba no sé qué tiene el Callao me cae bien su alegría su alboroto de gente su ruido mismo el aire de mar y solamente al ponerse camino a la casa, ella la primera tengo soroche mami voy a vomitar. En el asiento delantero no mejoraba. La cabeza le daba vueltas y sentía que de un momento a otro tendría que ensuciarse los pantalones. Se detuvieron junto a una fábrica cuyas ve-

redas se veían desiertas y mientras Adelaida le sostenía la frente estirando el brazo y colocándose lejos para que no se le manchara el vestido, arcada tras arcada, ensuciaba la acera sin importarle que le cayera sobre los zapatos y que los trozos de mariscos a medio digerir y gelatinosos se le pegaran a las medias. Después de limpiarle la cara, la boca y la barbilla con un pañuelito de claveles, Bigote-e-gato ya en el automóvil le sacó las medias a esta criatura tiene el estómago débil claro por no comer carne se va a quedar sin fuerza para mantener cualquier cosa de sustento en el cuerpo. Eulalia cerraba y abría los ojos haciendo muecas yo no sé si estoy también mareada o si será el olor ¡Qué vergüenza por su culpa se iba a enfermar el resto como Carolina Cáceres en su salón que devolvía todas las semanas hasta que la vio el médico del colegio esta niña tiene una ligera infección al hígado y la mamá de Carolina conocía un poco a Eulalia porque venía a recogerla antes cuando Carolina había sido su amiga y a Eulalia una tarde que conversaban ¿señora no tiene usted un médico conocido al que pueda recomendarme y que trate a Carol sin que me cobre un ojo de la cara? No quería llevarla al Hospital del Niño porque se sabía lo que era, iba lo peor de lo peor y los doctores la trataban a una como si viniera a emprestarlos, sin consideración a que una fuera una mujer sola en la vida y porque sabían que una estaba sin recursos, el padre de la niña la había dejado tan joven que Carol ni lo recordaba y aquí yo batallando como pueda cosiendo un poco ayudando en el colegio a inspeccionar la cocina o a cuidar a las chicas de media cuando están en sus **study periods** pero ya ve que ni casa alquilada tengo por eso a Carol le gusta tanto venir a su casa usted comprenderá, qué le vamos a hacer, así era la suerte. Eulalia decía con frecuencia pobre chica por eso cuando se queda a comer señora ya no puedo

más me guarda este pedazo de bistec apanado y me lo comeré más tarde o bien señora gracias pero esto es mucha torta me da un papelito y me lo comeré luego y te apuesto que lo comparte con la madre las dos solitas en el mundo. Adelaida eso es dar un mal paso, no tendría padres que la dirigieran al buen camino o sabe Dios si ella misma se las buscó por testaruda ¿sabes en dónde duermen? En la casa de unos parientes señora tenemos que sacar dos colchones pequeños al corredor de la entrada y nos han pedido que nos ausentemos durante el día porque la casa es muy chica por eso señora es que me quedo hasta tarde en el colegio y también recojo tantas veces a Carol aquí pasadas las ocho o las nueve de la noche. Eulalia insistía que no se preocupase pór favor, que ella tenía un primo que era muy buen médico y sabiendo su condición no le iba a cobrar nada, ella le arreglaba una cita con él, ni que pensarlo, nada de agradecer, para qué estaban los buenos amigos y ella a Marcela hay que ser generosa y más buena con Carolina que no tiene nada y que ella y su madre viven en malas condiciones a causa de un mal paso que dio en su juventud y por eso es que se apellida Cáceres Cáceres aunque Carolina mis padres eran primos hermanos ¿verdad tía? Bigote-e-gato se crispaba, qué cosas estaba hablando esa muchacha, no solo que era pecado casarse entre familia cercana sino que no se podía, la iglesia no lo permitía y qué cosa ¿no te han enseñado en el colegio que los niños de una unión así pueden salir retardados deformes o muy débiles? Al llegar a la casa Eulalia había vomitado en el baño de abajo y al poco rato cayó él y más tarde Adelaida. A ella las náuseas y los retorcijones le continuaron en el cuarto rosado. Con la cabeza sobre la almohada que se le iba por momentos, sacando la lengua para probar el almidón que sabía dulce y olerlo con fuerza de las funda, las piernas recogidas bajo el vientre así

qué bien se iría quedando tranquila en la vereda frente al Campo de Marte cerca al rosedal vio a la hermana pequeña de las mellizas, sola, sin la tía ni la madre, inmóvil, mirándose los pies y agachada en una posición que le dejaba descubiertos los muslos y una parte del calzón. Ella se detuvo qué estaría mirando la chiquita sin moverse tanto rato se estaba convirtiendo en estatua, sería el sortilegio del Hada Rama de Brotes que por traviesa cuando no la cuidaban y cuando no estaban junto a ella las hadas mayores se metía ella misma en líos o estaba de un lado al otro haciendo que las niñas tropezaran, se cayeran, derramaran los helados o las gelatinas en las fiestas sobre el vestido nuevo. La niña seguía sin respirar. Cruzó a rescatarla porque además le gustaba con unos ojos grises que a quién se los habría sacado, inmensos y expresivos y el cabello corto y negro ¿qué haces? La pequeña se puso el índice sobre los labios y muy despacio cállate que en una hojita seca he visto no sé si es una mosca o una avispa pero ahora ya no la veo y si es avispa no importa porque no te hacen nada si no las fastidias pero si es mosca te persigue y aunque te vayas lejos para continuar caminando te divisa y vuela rápido detrás tuyo y mi tía anda allá por el rosedal a ver si encuentras semillas y no quiero que la mosca se me acerque. Ella no seas tonta dame la mano y yo te cruzo hasta el rosedal, pero la chiquita nada, tengo que ver lo qué es y dónde está y ella de vuelta a la vereda entrecerrando los ojos sobre los agujeros del tejido del algodón de la funda, viéndola estática en medio del parque, tan pequeña en el verde y en el cielo rosado que era lo que más le gustaba en las tardes de abril. ¿Está durmiendo? la voz del tío Germán solícito y Pichuza exagerando el tono cuidadoso en sus palabras no sé déjame ver y se inclinaba junto a ella trayéndole naranjas en el cuerpo acércate creo que la fiebre le ha aumentado.

La mano áspera del tío, fría y segura sobre su nuca, no apenas un poquito de calentura déjenla descansar esta flaca es más fuerte de lo que ustedes creen siempre preocupándose como si les hubiera nacido enferma. Dejaban el cuarto rosado cerrando la puerta y recrudeciendo la oscuridad que entraba del pasaje y que se posaba allí pegándose al ropero de nogal, al tocador, al escritorio chico, y a la alfombra de cuadrados rojizos y plomos que no caracoleaba y que no servía para volar. Cuando salió de la pieza a la mañana siguiente, vio a sus padres con la cara del papel de dibujo que les daban en el colegio, recostados sobre varios almohadones y con una botella agarrada a un polo de cromo que les llegaba al brazo extendido mediante un cordón de goma trasparente. Se ahogaba al llegar al cuarto y Pichuza ¿qué tienes? ¿por qué toses tanto? Se estaban muriendo como en las películas, con esa cosa que les daban al brazo en los hospitales, entrecortada y Pichuza acariciándola el pelo no seas tonta el tío ha mandado que les pongan suero porque hasta la tía Adelaida que no tiene fuerte la intoxicación se estaba deshidratando tú la única con suerte supernena que no te gusta el ají y te pusiste a salvo ¡imagínate a mí como me hubiera caído! ¿Y el señor Echeverría? Ah pues dicen que ese tiene gusano solitario por eso come tanto y llamamos por teléfono de urgencia a la Botica Excelsior que está a dos cuadras de su pensión y muy amables fueron a averiguar para comunicarnos después que tal estaba y tan fresco lo encontraron cenando ya ves no te apures por él. ¿Y el niño? Que ni mencionara al niño, el tío Germán llamó al capitán Fernández para que lo buscaran o investigaran por todas partes alrededor del puesto ese y si vieras la policía se llevó chillando a la vieja que dicen que no es la primera vez que vende mariscos pasados pero al chico no lo han podido hallar nadie parece conocerlo. Se acercaba a ella susu-

rrando ya sabes ni una palabra de ello en casa mamá que estaba delirando anoche se quería ir a levantar a buscarlo al pobre y dice el tío Germán que para que se recupere tiene que estar tranquila no te preocupes por el chico tampoco será el único plato de mariscos malos que haya comido. Esa tarde se había levantado y por la casa arrastrando los pies y en la bata de Pichuza que le quedaba demasiado grande iba a ver a Eulalia que dormitaba quejándose o que hablaba en voz baja con él que en voz firme vamos vamos no ha sido tu culpa por qué quieres castigarte de todo podemos seguir indagando cuando estemos ya repuestos. A ella no le obligaban por esos días come esto come el otro te vas a debilitar si no comes una cuchara para tu mejor amiga otra para tu papá que te quiere tanto este poquito de arroz para Pichucita este trocito de papa para el tío Miguel que venía a verte y te traía juguetes. Tranquila solo le daban agua de manzanilla y hasta le habían permitido que bajase a conversar con Adriana que había venido de visita con su padre y con Gloria mi mami no ha podido cumplir porque la abuela se tiene que mudar del todo con nosotros y está en la mitad de cambiar la pieza que usamos como escritorio en un dormitorio para la abuelita era rara, se pasaba las horas coloreando con sus lápices **Swan** y charlaba con los locutores en el radio. Gloria se disculpaba antes no era así si vieras cómo nos contaba cuentos de ánimas en la cocina de la casa en el centro ¿no te acuerdas? Cuando los padres todavía seguían en cama oye puedes vestirte que la tía Adelaida ha dado permiso para que vengas a la vermut conmigo y con la Margarita y en la sala oscura y con pocas personas ni más te traigo qué haces llorando allí sobre el asiento esto es solo película pero ella sabía que Chopín existía y también Cornel Wilde y también George Sand y la mala de Merle Oberon haciéndolo sufrir y sangrar sobre el piano. Esa noche

sentía la cabeza que se le hundía de la pena, un dolor fuerte en las sienes y el pecho espinoso y no de la tos sino de saber que sí, que se había muerto tuberculoso y joven, que sí, que no era invento y que la tristeza que ardía no era forzada porque no la buscaba para no sentirse culpable, al contrario, la asediaba en el mismo cuerpo y Moisés que silbaba en el pasaje no ayudaba en nada. Lo mejor sería procurar una respiración profunda para controlarse. Empujó las zapatillas bajo la cama y en posición de loto a concentrarse, a no pensar, a buscar la calma interior respirando pausadamente y cerrando los ojos hasta que el cuarto mismo desapareciera. Llamaba con la mente gris gris gris y Marcela se impacientaba no tiene que ser gris ni nada no es cuestión de adentros sino que te atraviese tu vacío que es un consuelo a cualquier pena que te atore y en ocasiones conseguía por unos segundos ausentarse para hallarse al momento en los vertebrados se clasifican en acuáticos y terrestres peces batracios reptiles aves mamíferos la trucha es un ejemplo de malacopterigio y el atún de acantopterigio la respiración cutánea es muy activa y puede ser bastante para que el animal viva los batracios se clasifican en urodelos ejemplos salamandrinos anuros ejemplo la rubeta o rana de zarzal y la voz de Pichuza no voy a poder pasar zoología nunca a ver tómame de nuevo y no me digas los nombres a menos que te los pida y ojerosa tratando de estudiar a última hora porque durante el año se sublevaba me hartan esa infinidad de nombres no me los voy a aprender nunca y si me los aprendo se me han de olvidar en menos de tres días. Ella sabía que de querer hubiera podido ser la más aplicada de su salón, Pichuza desde chica según el padre había sido la más rápida y no se le escapaba nada, no como las que desaprobaban los exámenes todas las veces en su clase. Qué no hacía en el recreo tratando de repasarles antes de un test an-

da concéntrate puedes si te propones. Las otras dos oscuras y ya crecidas la miraban perdidas dándose por vencidas o bien en la mitad de una explicación **Philip the V was king of Macedonia he joined Anibal after the Cannae victory when the romans lost in the year 216 when the war had ended remember the Punic war in 201 the romans sent an army against Philip but it didn't succeed until Flaminius took charge of the situation and defeated the macedonians at Cinoscephalus in 197 forcing on Philip a treaty by which he accepted the Roman protectorate and it was here where those games were proclaimed which in theory made the greek cities free** se le iban hacia las sogas que chocaban rítmicamente contra el cemento o se sonreían con las de preparatoria que pasaban de la mano, el aire aturdido y torpe, o las encontraba siguiendo con los ojos a las del segundo año **buenos días mi señorita matatirutirulá** y cuando por qué es importante la batalla de Cinoscéfalos una de ellas apuntando hacia el otro lado en una de las ramas más altas tres higos están casi maduros. Más tarde al recibir ochos y nueves en las pruebas se achicaban borrándose en el pupitre, doblaban la hoja para que nadie se enterase y tenían en el rostro la misma congoja que ella cuando en el chino de Talara y General Garzón, las pocas veces que se había atrevido a ir sola en busca de Sublimes, las mujeres y las muchachas la atropellaban y no la dejaban hablar a pesar de haber estado allí antes y sabía que se burlaban de ella por no saber imponerse, o peor cuando en las fiestas de cumpleaños se olvidaban de darle torta o gelatina en vasitos de papel, que en todo caso no le gustaba, y luego la mamá de la dueña del santo ay mira a esta flaquita no le hemos dado y todo el mundo mirándola pensando pobre chica tendrá hambre y se levantaba sin decir permiso para regresar al sillón porque Coromina ¿oye adónde vas? Se incomodaba al confesar yo también tengo que ir al

baño, nunca sin embargo dejaría de hacer **Gym** años después cuando le llegara el período, nadie se iba a enterar que era su hora de sangrar y se admiraba de la manera en que Pichuza se había adaptado a esa ignominia. Al principio, aún recordaba, andaba sonrojándose y nunca decía tengo cólico, sino que se encaminaba a la cama con una bolsa de agua caliente que sostenía en el vientre con las rodillas y Adelaida subía a llevarle una agüita de yerba Luisa con paregórico. Ahora como si nada, hasta se le olvidaba echar al tacho de la basura las toallas envueltas en papel higiénico y Eulalia se agitaba ¿qué barbaridad qué falta de decoro qué te cuesta arrojar tus cosas con decencia y dirigirte al cesto de la basura en el patio por qué tienes que proclamar tu regla para que todos hasta tu padre cuando está en casa tenga que saber de ello? Adelaida torcía los ojos acorralada es uno de los castigos que uno paga por ser mujer será quizá la manera de que no olvidemos que fue Eva la que tentó a Adán es la sangre que nos recuerda el pecado original, y antes Pichuza no seas boba es lo que las mujeres necesitan porque si quedan encinta es la sangre que sirve de alimento al bebito que uno tiene adentro, y Marcela mentira yo sé lo que es no tiene nada que ver con el pecado original se trata de que Eva la primera mujer que tuvimos en la tierra y que salió de una gran concha en el mar porque a Dios le dolía la cabeza y buscaba una perla que eran las pastillas en ese tiempo entonces Eva se comió una rosa roja mágica que era la que hubiera protegido a todas las generaciones del mundo de penas y de zozobras y en castigo a su audacia derraman sangre y ya no pueden nunca más volver a cruzar hacia el otro lado de la zona secreta. ¿Ni ella? Marcela no respondía y le acosaba dentro de la piel el tiempo y la certeza cruda y angustiosa del pecado. Le rezaba al Angel de la Guarda por las noches y perseguía a Margarita por to-

da la casa que no que es la Virgen la que hace los milagros y si a ella no más le rezas y si haces un sacrificio y un voto ella te concede lo que quieras y cuánto no quería ella creer que pasarían tal vez los doce y los trece y los catorce y los quince y los médicos esta chica no sabemos lo que tiene ya debería enfermarse y en un avión a los Estados Unidos a la Clínica Mayo que según miss Sullivan era la mejor donde los gringos se preocupaban con la cabeza **this is so very strange oh dear and she seems healthy otherwise** y en la casa a resignarse Eulalia, Adelaida, el padre, Pichuza y el resto de la familia mientras que ella a poder respirar y a no preocuparse en tener hijos que dolían hasta la muerte al salir al mundo dos días enteros de dolores que me partían hasta la espalda qué castigo que pagamos por traerlos a esta tierra nada más penoso en la vida. No tendría tampoco que esconderse por nueve meses ni poner los pies en la calle una vez que había caminado un trecho con Lucía y Elena yendo al colegio y ¿cómo sabes que lo que le pides tú a la Virgen te lo va a dar? La otra apenas sonreía porque tengo fe. Quería ella también pero algo se le rebelaba quieres decir que si no estudias para un examen y le rezas a la Virgen ¿ella te da las respuestas? Lucía inmutable claro y más todavía y si no habías estudiado por floja ¿lo mismo la Virgen venía a socorrerte? Claro, al tener ella la fe y la Virgen la decisión. Se le desesperaban las manos entonces tú no sabes si ella quiera decidirse o no. Lucía sin impacientarse esa ya no es cuestión mía todo lo que yo tengo que cuidar es de tener fe y de no perderla. Elena le enseñaba esta es la del Pilar, la del Carmen, la de los Dolores, la de Fátima, Santa Rosa de Lima, Santa Teresa de Jesús y esta de aquí la de Lourdes. Le envidiaba las estampitas que la otra tenía con celos entre las hojas del libro de historia Sagrada. Elena no estaba segura a cuál escoger quiero hacerme

devota de una sola y mira a la beatita de Humay en esta de blanco y negro si la contemplas sin cerrar los ojos por tres minutos y miras contra el sol verás como aparece su imagen y ella protestaba eso es solo un truco yo hago lo mismo con mis dibujos en tinta china. Elena se jalaba los pellejos del labio y ella ahora con deseos de molestar ¿y por qué guardas tus estampitas donde no te las encuentre nadie? Porque sus padres son comunistas en la mesa de diario. A la tía Adelaida ¿qué es eso? era gente que había estado a favor de los rusos. Eso no tenía nada de raro los checos y los rusos eran casi lo mismo. Adelaida jugaba con sus hierbas sobre el mantel limpio que se llenaba de briznas y de olores ah pero aquí no se puede ser así son los que han estado en contra de los americanos en la guerra de Corea, y Pichuza no me vengas con ésas tía. Bigote-e-gato agobiada ante la falta de respeto paraquesepas señorita que es tu propio padre el que lo ha dicho que ateote como es dice que no tiene nada contra ellos que al revés que ese será el futuro del mundo especialmente aquí en los países pobres y no sé cuántas otras tonterías. Pichuza movía la cabeza ¿entonces por qué mandan a las hijas al **María Auxiliadora**? Adelaida limpiaba el mantel soplando cuidadosamente justo por lo mismo para despistar a tu padre le han contado gente que está muy bien informada en el asunto que lo de la fábrica de vidrio no es sino una excusa para ir a insidiar con ideas revolucionarias y que por eso es que tuvieron que salir de Venezuela y de la Argentina. Marcela hacía dibujos en la banca verde la Virgen es en realidad el Hada Mayor que se llama Noche y se llama Mañana y es de día tan rubia como de noche morena y entre el cambio se diluye entre la luz y las arcillas y la trasfigura el sol a quien adora como deidad suprema y nace y muere y renace y vuelve a morir siendo a la vez eterna y sin embargo dándose igualmente humana y la señorita

Lanatta que venía a sustituir a miss Violeta cuando esta estaba enferma para mí no hay como la Virgencita en cualquiera de sus apariciones, a Dios le daba recato y pudor hablarle pero a la Madrecita divina podía pedirle cualquier cosa y confiaba que intercedería por ella y nunca le fallaba. Cerraba la puerta con su taconeo y sus dengues que las hacían reír cuando estaba de espaldas para empezar por los labios abrillantados de rouge, por la ceja izquierda que levantaba con perfección y a su gusto, por sus brazos que las llenaba de perfume, su cantaleta de siempre ¿acaso si no estuviera necesitada por la reciente muerte del padre y con tanto hermano menor vendría nunca a enseñar a un plantel dirigido por maestras protestantes, misioneras de la palabra falsa? Unánimes ante ella que no, que estaba muy equivocada, que era al contrario un ejemplo entre todos los colegios particulares de democracia y de cristiandad, donde les enseñaban a hablar y a escribir el inglés del mañana para conseguir buenos puestos y donde para ingresar no les miraban el color de la piel. ¿Y la biblioteca? ¿Y los libros infames que dejaban al alcance de las muchachas jóvenes y castas? Apurada en casa y con el índice de la mano derecha castellano, castellar, casticidad, casticismo, castidad pero las letras impresas no las satisfacían. Castidad niñas es lo que toda mujer debe venerar en su persona sobre todas las cosas es la limpieza mental y espiritual de la mujer que se aleja de lo pecaminoso y de lo sórdido para mantener su pureza interior. Marcela en un papelito se refiere al fuste y al calzón y una de ade lante ¿y si una se casaba? Hasta dentro del matrimonio la mujer podía ser casta al cerrar los ojos voluntariamente a aquello que le manchara la mente o el espíritu a través de la tentación de la carne y teniendo en cuenta niñas siempre en cuenta que el amor que une a dos seres en el matrimonio es un acto dirigido a Dios y solamente

a Dios en su deseo de que el hombre siga procreándose para alabar la mano generosa de Nuestro Señor que no solo forjó el mundo que ven sino que en su amor para redimirnos del pecado envió a su único Hijo a la tierra. Cuántas veces en el comedor o en la sala o en el baño o en el cuarto del balcón, al bajar las escaleras o al subirlas ¿cómo rehuir del pensamiento que se le presentaba de sopetón sin que tuviera a mano una barrera firme e infranqueable que pusiera punto final siemprejamás a las braguetas, bancas del Campo de Marte, voces detrás de las puertas cinemas y a Oscar que antes de dormir la conjuraba con diversos sortilegios hacia las sombras? Pichuza qué te andas preocupando le voy a acusar a papá cuando vuelva que estás prestándole atención a esa amiga loca de Elena y a esa otra ignorante que no puede encontrar trabajo ni en los colegios nacionales y a Lucía oye ¿tú de veras que crees en el diablo? Lucía pestañeaba contra el sol. Sí, creía. Pichuza con su cara entonces de librepensadora, jugando con los labios para salir más burlona ¿y no te han contado nunca que el diablo es la creación de la clase privilegiada para tener sometidos a los pobres de la tierra y mantenerlos resignados en su condición de esclavitud? Lucía sin dejar de caminar, controlaba un lado y el otro antes de cruzar la Arnaldo Márquez si hay Dios forzosamente tiene que haber diablo y yo lo he sentido aquí mil veces y se señalaba bajo la corbata blanca de pintitas azules y si tú no crees allá tú pero mi mundo y mi vida yo sé de dónde vienen y hacia donde van no como tu hermana que anda toda confundida la mitad del tiempo llena de problemas, inventando y mintiendo y después enfermándose como castigo la mandaron al closet toda esa tarde. Bigote-e-gato enojadísima qué tal lisura haberse ido a la casa de esa gente así no más sin que los conozcamos nosotros y haber entrado y tomado lonche y jugado con la bebe y la esposa esa jovencita del señor Fessenden y noso-

tras preguntándonos dónde estaban y por qué no venían cuando ya era rato para que hubiesen vuelto y encima pierden las capuchas tan bonitas de muestra que le dieron a su papá qué atrevimiento ir a leer las **Confesiones** de Rousseau a los quince años ¡hasta dónde llegaría la influencia corrosiva de las gringas en esas criaturas! Coromina levantaba los ojos del periódico que hacía por lo menos dos horas le había traído la Margarita bueno pues anda otra vez al baño pero no te vayas a escapar por la otra puerta. Ya sabía y Marcela yo también sé cómo le podemos arreglar la fiesta sin que Betty Wallace se averigüe una jota tenemos que formar un comité de unas cinco para que organice los detalles de la despedida y esto debe ser fuera del colegio tienen que ser chicas con teléfono, y eso mismo facilitaba la elección del grupo porque a ver hay solamente ocho que tienen teléfono, yo puedo traer bebidas, y yo servilletas y vasos de papel, y yo alfajores, y yo unos **cupcakes** de chocolate ¿y el programa? Marina no podía cantar porque estaba de luto por su hermano. Ese sí que era un lío, no había más remedio que pedirle a Vanessa que cantaba **Granada** desafinando y Gladys tú recita **este era un inca triste** que recitaste para el Día del Indio y ahora ya nadie se acuerda y Adita t**oda vestida de blanco almidonada y compuesta** ¿de nuevo? qué importa si es solo para que en Canadá Betty se acuerde de las de su salón. Miss Violeta por su parte también había ayudado llevándosela al patio con el pretexto de que se le había perdido un anillo y Betty tenía ojos de lince y de vuelta todas se habían emocionado tan buena gente como era, tan reilona, tan tranquila cuando escuchaba que la apodaban la chuncha blanca, haciendo ruidos con la nariz porque se le había olvidado el pañuelo y al desmantelar los arreglos ya chicas apúrense que son más de las cuatro y media, el ahogo pudo más que ella y se atragantaba con el llanto. Miss Viole-

ta pero cálmate ¿acaso se va para no volver? Eulalia le pasaba un paño de agua fría por la frente para que le bajara la fiebre ¿cómo es que nunca me hablaste de ella y no la trajiste a casa? Bajo el hielo y los pepinos oía a Bigote-e-gato quién entiende a las criaturas no derrama una sola lágrima cuando se va su hermana y cuando los Malek tuvieron que salir a Chile ella de lo más tranquila y fíjate venir a enfermarse por una fulana que Pichuza dice que apenas si trata en el colegio. No sentía más pena ni azoro por haberse quedado tanto rato en el baño grande contando las losetas rotas de la pared, adivinando la posición de Margarita al buscar en el radio la estación que quería vino tinto y Ocucaje seguidamente la reina de la canción criolla nada menos que Jesús Vasquez **acuérdate Hermelinda acuérdate de mí** y qué chinche el Coromina llevando el compás con la cabeza oye que buen tono tiene ese radio es un Philip ¿no? esos viejos duran una vida y con el cuidado que debe haber aquí con pura mujer que no se le da por averiguar cómo funciona y desarmarlo y tu mami ¿escucha también **El derecho de nacer**? Ella mentía no con la cabeza porque el padre es una lacrimosería inaguantable solamente para el pueblo sin instrucción y sin gusto. Si él estaba en casa Eulalia no se acercaba al sofá del jol para acompañar a Adelaida y a la Margarita que se acomodaban a escuchar mientras tejían o bordaban. Nunca le permitían a ella por las noches bajar y enterarse qué pasaba, que el hijo era de quién, con quién y que no sabe quién es y desde arriba en el primer peldaño de la escalera escuchando a María Elena, Mamá Dolores y a Albertito Limonta, se distraía hacia el aire que soplaba las cortinas trasparentes para que entre más luz en el jol de arriba, la distraía también la puerta abierta a la noche, y absorbía los olores del patio de servicio, la basura que Margarita no sacaba hasta la mañana siguiente, las ramas de eucalipto que el tío Miguel había traído en cantidad

cuando se había enfermado, esa brisa nocturna que venía a ella con peso, casi con forma de manos y que la columpiaba en el peldaño de madera, adormeciéndola en ese movimiento que desde chica qué feo que se ve eso de que andes meciéndote de esa manera tan crecida que estás para escuchar **Las mil y unas noches** se anunciaban con la melodía del **Mercado persa** y Pichuza tú eres medio tarada yo a los ocho años ya me aburría con esos cuentos y leía cosas de más valor. Terminaba apurada el café con leche de la tarde para ganarle el mejor asiento a la Margarita que tejía chompas para sus hermanos en Palcamayo y a quien no le importaban los comentarios ¡qué vergüenza tan grandazas! de la otra que subía las escaleras con un libro en la cabeza porque si caminaras más bonito Pichucita serías casi idéntica a Pier Angeli pero eso de andar desgarbada te quita mucho. Coromina muy bajo y apuntando el torso hacia su sillón oye la Margarita se porta como si esta fuera su casa ¿no? esa manera de hablarte ni que ella fuera la patrona y prende el radio cuando quiere en mi casa es otro cuento no salen de la cocina porque a estas indias si no las plantas en lo sano se te suben hasta el codo y luego una insolencia que yo no soportaría milagro que sea aquí así porque Adelaida no es de las que aguanta y guiñándole el ojo con lo severa que es y con los bigotes que se manda para qué debería depilarse los pelitos que tiene alrededor de la boca. A ella le daba cólera que Coromina hablara de su tía aunque después del susto que se había pegado el día que por espiar la pilló afeitándose en el baño, cada vez que se la imaginaba frente al espejo con su propia maquinita de afeitar le hacía gracia. Coromina se acercaba a ella poniéndose en cuclillas a ver pues gordi por qué no me quieres contar lo que has soñado anoche y ella le repetía que no se acordaba aun cuando era mentira. Al despertarse le era penible desprenderse de sus

sueños. Trataba con desesperación de crear con la mente las mismas imágenes, especialmente los colores vivos y penetrantes que sin poder explicárselo tenían un aroma propio que duraba unos segundos en la almohada. El único sueño que la había aterrorizado era el de Pasamayo y que soñó el sábado en que habían aparecido las letras MUERAN LOS JUDIOS con hojas y con flores de geranio en la pared del pasaje. Estaba sola y caminaba por un camino estrecho, apenas de treinta centímetros de grosor y con angustia colocaba un pie delante del otro, tan angosta era la senda y abajo tan profundo el precipicio de arena y de mar que la invitaba a saltar y que tenía no sabía qué de algodones de azúcar. Se había despertado llorando y había corrido al cuarto rosado donde Pichuza quizá de lo cansada que estaba le había permitido dormir con ella en su cama y ya le había dicho que nunca se acordaba de lo que soñaba, que era como su padre que caigo rendido y hasta la mañana siguiente como una piedra. La Margarita venía ¿doctor no quiere escuchar las noticias de las doce? Coromina se desperezaba bueno pues y ella sonreía por eso de doctor como si fuera tan tonta para no recordar que era Coromina quien había traído a La Quinta las cartitas de Hugo, que pasaba las vacaciones de julio en Arequipa, en esos días que todos menos el padre y la Margarita se habían asustado porque pensaban que esa vez sí que se moría la tía Cornelia y Pichuza lloraba por qué tengo yo que venir a entumbarme, Eulalia pero hijita y Bigote-e-gato es tu tía tu tía abuela le debes consideración y respeto y aquí hemos venido a cuidarla a hacerle pasar más agradables sus últimas horas por si se nos va Dios no lo quiera. Pichuza se arreglaba para poder salir a tomar lonche con sus amigas al Crem Rica o irse al Metro que no quedaba lejos. A ella le daba miedo de acercarse a la barrera de hierro que formaba un rectángulo a las doce puertas. De

la mano de Eulalia había mirado, entre los barrotes, el patio del primer piso que era de los hombres que trajinaban en terno y sin risa llevando papeles de un lado al otro desde la mañana hasta el caer de la tarde. Le daba mareo ver hacia abajo de tan alto. Pichuza qué disforzada que eres si solo es el segundo piso. Eso era hablar por hablar, porque las escaleras de mármol no eran derechas como en la casa sino que daban una vuelta al medio. Si quería, sin embargo, ir al baño o entrar a ver lo que había en algunas de las otras piezas, tenía de todas maneras que caminar por allí, pegándose como mejor pudiera a la pared porque muy pocos cuartos tenían puertas entre sí. El segundo día, la cocinera que era tuerta la había asustado al propósito y como había salido corriendo a gritos ahora la esperaba riéndose con dos tapas de olla para hacer ruido ven chiquita para que prepare un guiso rico de tus riñones y Eulalia no hagas lío no le hagas caso la pobre está loca y la han tenido aquí desde hace años no la van a echar ahora que se quedó así después que se le ahogo el hijo en Agua Dulce no vayas por la cocina y no hagas lío en estos momentos. Se encaminaba al cuarto de los retratos que no tenía ventanas y la única luz que llegaba era por la entrada que era una apenas luz y que no alumbraba lo suficiente. Las sillas estaban tapizadas en granate oscuro, en mejor condición que el papel descolorido de las paredes en las que colgaban por lo menos treinta retratos. Mujeres en traje de novia, solas y distantes, mujeres paseándose de dos en dos bajo sombrillas claras, trajes largos y cinturas pequeñísimas. Parejas sonriendo tontamente, él parado y ella sentada con un libro en la mano puesto con delicadeza sobre la falda. Militares bigotudos y feos que fruncían el ceño y contemplaban más allá. Solamente la niña triste le había gustado hacía mucho tiempo. Ahora ya ni se acercaba a esos colores al óleo que habían perdi-

do sus matices y esos ojos que eran lo único que mantenían su intensidad, que le pedían algo, reclamándole una memoria, como si aquella otra la conociera o la hubiera soñado alguna vez, esas pequeñas manos arregladas sobre lo rosado entrelazando los dedos levemente ¿quién es la niña? y Eulalia la había abrazado sonriendo qué tonta que eres ese es tu bisabuelo de chiquito. Le había dado calor aunque tenía deseos de volver a mirar esos otros ojos que la seguían por el cuarto ya no lo hacía. Iba derecho al taburete del piano que no sonaba sino en veintitrés de las teclas y lo destapaba yéndose luego detrás del sillón. Allí los soldados se habían tranquilizado después de la batalla y le causaba pena el caballo herido en una pata mientras uno de los capitanes trémulo y vestido con unos pantalones bombachudos entregaba unas llaves enormes al otro capitán mucho más alto y que le sonreía gracias gracias. El antipático del costado izquierdo la miraba a ella de frente diciéndole tú qué miras. Tenía ansias de averiarle el rostro con el imperdible que llevaba siempre en la camiseta por si se te desata una basta fuera de la casa no vayas a pasar vergüenza raspaba Bigote-e-gato, pero el humo de un fuego también a la izquierda le daba atoro y se calmaba al asegurarse que las lanzas del lado derecho estaban de pie, en orden e inmóviles. Después salía el hombre feo y ñato que se agarraba ya sin fuerzas a las mantas de su cama procurando evitar al otro que lo sostenía por el cuello y procuraba darle un veneno que habían preparado unos brujos a su espalda. El murciélago inmenso aturdía al pobre a pesar de que intentaba esconder la cabeza entre las manos y el gato malvado miraba indiferente ese acoso, esas lechuzas borroneadas y sin color, distintas en su opacidad a la princesa que preparaban para una fiesta. El cuarto era parecido al granate y su hermana mayor se le acercaba insistiendo que esta-

ba muy linda, que no se preocupara, al tiempo que el ama las apuraba y la monja suspiraba porque había que tener paciencia en esos casos y lo comentaba con el oscuro. Las chicas feas, de cabeza grande y abultada en la frente, estaban allí muy tiesas observándola insolentes junto al perro que era hermoso y de raza. El mismo antipático de antes se hacía allá lejos el importante con su brocha y por fin avanzaba hacia ella el vagabundo. Venía sin ropa y con hambre porque había vagado por el mundo sin que nadie le diera ni un mísero mendrugo de pan hasta que llegó a ese pueblo y al pedir una caridad para los pobres y los caminantes, un viejo de barbas blancas le tendía los brazos tú eres mi hijo amado y yo te esperaba deseoso de llegar a verte antes de morir. Le traían ropa y un perro blanco le lamía la rodilla entumecida de estar en la misma posición desde hacía cuánto rato ¡no me gusta que te escondas qué has estado haciendo aquí sola y te hemos buscado por todas partes con la cantidad de piezas que hay en esta casa! Aunque fuera para eso, no era buena educación estar metida como un gato detrás de los sillones y de los tocadores la tía Cornelia está despierta anda a darle un beso y a decirle que la quieres. De la mano de Eulalia caminaba junto a la barrera de hierro divisando el patio vacío de losetas rojas y desiguales. El cuarto de la tía Cornelia olía al mismo tiempo a medicinas y a podrido y entre las almohadas se distinguía una forma borrosa como la lechuza, a lápiz, pequeñísima ¿dónde está? Pero cómo era posible ¿no la veía allí echadita la pobre sin moverse que casi no tenía aliento pero que se negaba a renunciar a este valle de dolor? Tanteaba varios lugares ¿aquí? Tan nada que por poco no la deshace con la mano al buscarla. Las otras tías, tantas y tantas daban un chillido qué tosca que eres ven a tomar lonche con tu tío Miguel. Contenta salía a reunirse con él. Cuántas veces sobrina

vamos a hacer cometas. Sacaba una hoja de su cuaderno cuadriculado y hacían dos huequitos, uno para la cola y el otro para el pabilo vamos a la ventana. Sus piernas se sentían gruesas y tibias haz tu magia tío Miguel haz tu magia y a los carros que pasan alto y de veras Marcela el tráfico se detiene él me agarra fuerte por la cintura porque me da miedo ver la calle desde tan alto y en La Quinta si vieras el segundo piso está allá arriba y la gente se veía como pulgas con sus paquetes, las cholas arrastrando a sus hijos mendigos, los suerteros y los hombres que salían del trabajo y las secretarias y las chicas que se iban a vermut muy bien vestidas entre bocinas y el ruido de los omnibus al frenar y detiene el tráfico cuando quiere le enseño las palabras de algunas canciones como **Sufrir** y **María Bonita**. El la escuchaba sonriendo y cantaba **Garibaldi** y la cosquilleaba y se reían como locos hasta la hora en que el lonche ya está servido señor. Después se iba con su chofer y no llegaba hasta muy tarde cuando todos dormían o no se aparecía en dos o tres días. Adelaida es un desconsiderado más respeto debería tener por la tía con la manera que tiene de gastar el dinero y luego metiéndose en política una vida tan disipada derrochando con los amigotes que ni lo son sino por puro interés porque con dos copas encima toma aquí y toma allá. Eulalia no respondía y la otra lo peor es eso de fastidiar a la tía con que es hora de dejar La Quinta diciendo para qué tanto trasto viejo vamos a comprar una buena casa en Miraflores el terremoto del cuarenta ha hecho que este lugar sea peligroso a venderla claro para el vender vender tirar los soles como lluvia ¿dónde podrían entrar esos muebles enormes y generosos si bien lo sabe de sobra la tía no se despegará de ellos nunca sería como sacarle las uñas de los dedos y las casas modernas tienen tan bajos los techos y las puertas tan angostas y él insiste que esto se va a convertir con el tiempo

en oficinas o en casa de pobres qué hombre sin reparo a los sentimientos de los viejos, y esas tías que aparecían de Huancayo, de Tarma, de Huánuco, de San Rafael movían la cabeza suspirando tú qué haces allí con las orejas paradas es mala educación escuchar la conversación de los mayores anda tu lonche está servido en el comedor el tío Miguel la esperaba con los ojos fijos en la puerta. La mesa era tan grande que hubiera podido invitar a todas las chicas de su año pero qué lo iba a hacer en una casa tan oscura y tan extraña. Solo ponían un mantel pequeño en la cabecera, el pan francés en un plato al centro, la mermelada de durazno y la mantequilla a ambos lados de guardianes. Casimiro anda a ver si hay jamón y Casimiro salía arrastrando los pies de lo viejo que estaba con la familia desde hacía cincuenta años, borrado por la viruela y sin que nadie pudiera entenderle lo que hablaba con la excepción de Eulalia y del tío Miguel a los que había criado. Eulalia entraba en el cuarto en el que dormía para ver si no le hacía falta algo, aunque la mayor parte de las veces Casimiro no pasaba las noches en su pieza. Se quedaba hasta el amanecer en la salita de entrada junto a las escaleras, sentado en una silla y con los ojos abiertos, arrastrándose de vez en cuando a la cocina porque era él el que hacía pasar el café tan cargado que le gustaba al tío Miguel aquí está señor y colocaba con gran cuidado las tajadas delgadas de jamón sobre la mesa. Con el tío era fácil tomar lonche. Le permitía que remojara el pan en el café con leche y ya al terminar, él sacaba sus cigarrillos y le dejaba dar unas piteadas pidiéndole a ver recítame algo antes de que me vaya. Eulalia le había enseñado **Volverán las oscuras golondrinas** y en el colegio **Del rincón en el ángulo oscuro.** El recitaba **Los heraldos negros** y **Los dados eternos** que la acongojaban con una pena que tenía que apretarse con ambas manos las orejas. A Marcela tambié

le gustaban y los leían juntas hasta el momento de estar tan tristes que Marcela traía su **David Copperfield,** marcado en ciertas páginas con tiras de papel secante en las que con un lapicero muy fino había copiado unas palabras del texto aunque el intento era vano porque la tinta se había dispersado de todas maneras y los signos resultaban ilegibles, juntas, cabeza con cabeza, leían especialmente aquello de la despedida de la madre y entonces se ponían a llorar hasta que a una de ellas las lágrimas ya no le caían por más que tratara. No podía recitar tan bien como el tío Miguel. Sus ojos empequeñecidos por los lentes se ennegrecían aún más y la frente tan parecida a la de Eulalia se arrugaba apenas haciéndolo mayor y más querido. Eulalia venía al comedor ¿vas a quedarte a comer con nosotros? El recogía sus cigarrillos y tenía reunión del partido esa noche. Eulalia de pie en la puerta se apenaba te estás metiendo en camisa de once varas Miguel y para qué el mejor día te deportan, se volvía dura hacia ella tú no te asustes y anda a jugar siempre escuchando lo que no debes. Se iba a la pieza contigua al salón más grande, ese cuarto pequeño que tenía sus tres gradas florecidas y donde estaban puestas en orden las muñecas de biscuí que no hay que tocarlas porque se pueden romper y se las trajeron a la tía desde Francia cuando vino a estudiar a Lima y lloraba echando de menos la hacienda en la sierra. Ella tocaba con la yema de los dedos ligeramente, casi sin sentir, los vestidos de tafeta amarillenta y los encajes apolillados. Podía jugar con el chumbeque negro que tenía los ojos inmensos, pintados de blanco y una sonrisa muy cómica. Los ratones le habían comido ambos talones y no se podía tener de pie, andaba tirado de cualquier manera en un rincón había un estante con mil cosas minúsculas, bailarinas de porcelana, cisnes de cristal, retratos tan diminutos que se hubieran podido usar de medallón y mue-

bles de filigrana Marcela créeme chiquitos más que chiquitos los más grandes son del tamaño de un dedal y hay de todo mesas sillas sofás mecedoras aparadores camas cómodas con cajones que se abren y se cierran y en el estante mismo hay un rompecabezas tan pequeño que todas sus piezas caben entre los dos dedos de una de tus manos. Marcela entrecerraba los ojos y Coromina oye tú no te duermas si no llega tu mami dentro del cuarto de hora yo me tengo que ir y encendía un cigarrillo y apretaba el paquete vacío entre los dedos dejándolo sobre la mesa junto a las pepas de las aceitunas. Isabel quería que le copiara la letra del Robinson Crusoe y también quería aprender la tonada. Lo peor es que tiene que atravesar el muladar se quejaba Eulalia y ella no tenía que ir por allí, podía coger un camino más largo y llegar como a dos cuadras del Palermo, otra cuadra más y ahí estaba la casa de Isabel. Siempre prometía no cruzar el muladar pero cuando llegaba a la orilla respiraba hondo mirando en la dirección a su propia casa aunque ya no alcanzaba a verla y luego corría todo el trecho que le quedaba tapándose la nariz y sin mirar a los lados cuando algún hombre estaba orinando o con los pantalones bajos. Ayer sin darse cuenta había seguido al regresar el camino más largo y había caminado sin pisar una raya en la vereda. Solo una vez había puesto el zapato entero en una quebradura profunda cuando una mujer gorda que salía de una bodega, la había empujado de casualidad y aquello no contaba. La tía Adelaida y Eulalia abrían la puerta de la sala. Coromina de pie sonreía estirando la mano para saludar y con un movimiento negativo de cabeza no tiene nada no hay por qué preocuparse. Eulalia sacaba un pañuelo blanco de su bolso y se sonaba la nariz y Bigote-e-gato la besaba haciéndole daño qué barbaridad Virgen Santísima en este mundo ya uno no

puede respirar ni estar tranquilo con las cosas que suceden. Eulalia la abrazaba y ella ¿qué pasa? ¿por qué has llorado? y la otra no he llorado es la mañana anda sal a jugar. La puerta todavía estaba abierta, a no pisar las rayas y jugar en la vereda.

19 de junio, 1975.



Esta novela de Laura Riesco EL TRUCO DE LOS OJOS, se terminó de imprimir el día 6 de febrero de 1978, en los talleres gráficos DESA, en Gral. Varela 1577, Lima, Perú.

Este libro es la reflexión sobre un mundo social urbano asfixiante, estrecho, mezquinamente segregacionista, propio del sectarismo social de nuestro tiempo. Cada acción, gesto o movimiento están captados cinematográficamente, capturados por un narrador que obra con una paciencia y una sabiduría entomológicas para describir inconteniblemente y sin parar hasta el fin la vida diaria de una familia anodina de un barrio de Lima. Su técnica deliberadamente es no tener ninguna y su estilo el evitarlo.

El truco de los ojos desde su esencial lenguaje femenino, es verdaderamente la versión narrativa que le faltaba a la novelística peruana contemporánea y desde este punto de vista puede asegurarse que la peruana Laura Riesco logra un perfecto engaste del tono femenino en las frases, las expresiones naturales, los simples giros, los rasgos sicológicos y la idiosincracia propia de la mujer, sin ese excesivo lenguaje forzadamente femenino, afectado, que tenemos que leer con enfado en los autores del boom narrativo.

Su riguroso trabajo es consagratorio, no obstante ser el primero.

Laura Riesco Malpartida nació en La Oroya, Junín, en 1940. Hizo estudios secundarios en Lima y superiores en Estados Unidos, en las universidades de Wayne State en Detroit y de Kentucky en Lexington. Actualmente enseña literatura en la universidad norteamericana de Maine en Orono.

Carlos Milla Batres

FOTO / Victor Chambi

CARATULA / C. Liendo

Edit. Imp. D.E.S.A.

